FRAY MOCHO



"MARGARITAS"

N.º 729

Z
13135 : 15, 729 (1926)

ESTAS MARCAS *proporcionan*

SON LAS PREFERIDAS PORQUE

CALIDAD - PRESENTACIÓN Y AHORRO POSTAL GRATUITO

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS
Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los BONOS DE AHORRO y las ORDENES DE DEPOSITOS respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	$ 181.925
Febrero/926 -Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
TOTALES	25.876	$ 186.770

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, febrero 27/926.

F.

Sub-Contador

AHORRO POSTAL

PRACTICAR EL AHORRO ES COMBATIR EL JUEGO, EL ALCOHOLISMO, EL LUJO, EL DESPILFARRO; ES DIGNIFICARSE ANTE SI MISMO Y ANTE LOS DEMÁS.

C. N. A. P.

25.876 PERSONAS

DISTRIBUIDAS EN TODA LA REPUBLICA

HAN SIDO AGRACIADAS

SEGUN EL DOCUMENTO ARRIBA REPRODUCIDO

CON LOS BONOS DE AHORRO

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

QUE OBSEQUIAN

SIN RECARGO DE PRECIO PARA EL CONSUMIDOR

LOS FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despegue el Bono de Ahorro.

EN TOTAL se han pagado

186.770

Pesos

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑIA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

FRAY MOCHO

Año XV | Buenos Aires, 13 de abril de 1926 | Núm. 729

LIA Y RAQUEL

Por Amado Nervo

Eran dos hermanas, las dos hermanas de todos los cuentos, y, como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y a visitas, en tanto que dicen a la otra: "¿Tú no has de querer ir, verdad? Debes estar cansada..."

La morena era una verdadera "Cenicienta", la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca a buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapín de cristal hallado en el camino...

Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir a todo el mundo perdón de atreverse a brillar; perdón del desacato de ver como los otros—los ojos que son bellos y amados,—el jubiloso color de rosa de las mañanas en oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y las flores en la landa y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos...

Sabía la fea—a la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitañosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob como premio de siete años de trabajo;—sabía la fea ejecutar mil primores; era, como las augustas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: ¡cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios "hilos de la Virgen" o con la substancia misma de la ilusión! ¡Cuántos manjares dignos de la mesa de un emperador! Y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos seres llenos de misericordia y de abnegación que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros a la eternidad.

Abundan, por cierto, tales seres en la familia hispanoamericana; casi siempre hay en una casa una Cenicienta que da su parte a los demás y que se siente feliz por haberla dado. Almas raras que nacen atormentadas por una misteriosa sed de oblación, divinas sitibundas que jamás se sacian de sacrificio: Lía era como éstas.

Si acertaba a cocinar uno de esos manjares sabrosos y deleitables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban, porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedara, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después de todos ante Jove cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras de haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, estaban allí los ahorros de Lía. Si su hermana, a la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía los dedales y las tijeras, y acababa primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres, y se dejaba robar por las criadas.

Lía tenía siempre la culpa; era éste un principio establecido en la casa.

Y era Lía también quien dormía en el suelo, sobre una estera, a hurtadillas de sus padres, cuando huéspedes inesperados llegaban y faltaba un lecho. Lía era quien al alba estaba de pie, disponiéndolo todo, recorriendo la casa como una bendición, mientras que los demás holgaban entre sábanas, disfrutando de esa voluptuosa e intermitente prolongación matinal del sueño.

—

Pero un día, aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban laso y con insistencias a su puerta, y pálida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban a su hermana, bella como éxtasis, y a quienes Raquel correspondía con un amable y coquetón desdén "colectivo", uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido poco a poco alejándose de la hermosa para acercarse directamente a Lía, a la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental, que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engañarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos los lados en la zona de su vida, para ver si alguno de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, a fin de dárselo... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, muy grande, y entonces, la infeliz (como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en derredor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue, y al ver que nadie le persigue se aleja glorioso, recatando su tesoro) echó a correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y ahí se llevó aquel amor recién nacido a los labios, con unción infinita, y púsose a besarlo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después, como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos y temores y esperanzas...

¿La amaba Carlos? ¡Oh, sí, sin duda; no hay en el mundo un ser bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y pudorosa de su alma!... ¡Carlos no era malo, y Carlos le había dicho que la quería así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija, ñoña y mísera! Tenía, sin embargo, un miedo cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar a su Carlos generoso:

—¡Por Dios, no lo digas, por Dios, que nadie lo sepa!—y añadía para su coleto:—¡Si supieran que poseo

Caricaturas de Sanguinetti



Señor Ernesto Padilla, que, por sexta vez acaba de ser reelecto, por unanimidad, presidente de la Bolsa de Comercio.

Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preußischer Kulturbesitz

este tesoro y viniesen a pedírmelo... tendría que darlo!

Pero nadie lo supo, por más que magüer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era tan fácil darse cuenta de ello con sólo mirar los pobres ojos de Lía, aquellos ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando "a grito herido", como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida...

Lo que aconteció fué diferente y mostruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia; aconteció que Raquel empezó a enamorarse de Carlos. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque Carlos era el único que se substraía a sus encantos inefables; el único que, sin que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje, y—¡esto es y ha sido siempre tan humano!—nació en ella, como en tantas otras en casos semejantes, un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe a luchar con el arsenal de todas sus gracias, que echa mano de todos sus recursos. Empero, el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron a turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada; amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis... Pero al fin fué nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esta obra había acabado por enamorar locamente a la bella testaruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de conciencia.

—¡Hermana, hermana; yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos!

Lía sintió al oír el grito lo que el niño del símil cuando le piden el juguete que había encontrado; algo como un rápido y doloroso convencimiento que podría traducirse con estas palabras o con palabras semejantes a éstas: "¡Es claro! ¿Cómo pude yo pensar que era para mí una cosa tan bella? Pues qué, ¿he tenido yo algo alguna vez en la vida?"

Pregunta esta última formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática a la oblación, había ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma... casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo, Lía se defendió esta vez; tuvo un impulso, ¡el único de rebelión! No tan fácil se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia.

—No—respondió Lía;—tú no estás enamorada de Carlos...

E iba añadir: "Carlos me quiere. ¡Me lo ha contado!"

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras:

—Sí, lo quiero, hermanita; lo adoro; es el único hombre que he querido en mi vida; es preciso que me ayudes con papá, con mamá, con él mismo..., ¿eh? ¡Tú sabes cuánto le quiero!

Lía se asió a la última esperanza débil y alirrota que pasaba:

—Pero Carlos... ¿te ha dicho algo?

No; Carlos no le había dicho nada aún. Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos será bueno en el fondo (como todos los infidentes y los tránsfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía fué porque, visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo en el número de sus probabilidades la de ser amado por ella; y luego, porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia, que la compasión se vistió de cariño... Mas, ahora, Raquel venía hacia él desplegando todas sus gracias, "hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla..." ¿Cómo resistirla?

—Le quiero mucho, hermanita, ayúdame...

Lía enmudeció algunos segundos..., los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó a Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído:

—¡Sí, hermanita; yo te ayudaré!

Al día siguiente, Carlos recibía estas breves líneas.

"Carlos: Mi hermana le quiere a usted y usted quiere a mi hermana; yo, por mi parte, había imaginado quererle; pero me engañaba; le quería sólo en nombre de Raquel, y mientras llegaba... ¿Desea usted hacerme feliz? Pues hágala dichosa."

Esto que refiero pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para los nietos, por quienes también empezaba a sacrificarse.

Pero en la pasada primavera, una pulmonía se la llevó a la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver, observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él, me llevó al hueco de una ventana para decirme con acento piadoso:

—Ahí donde usted la ve, es muy posible que esa buena de Lía esté a estas horas en el infierno...

—¿Por qué?—le pregunté sorprendido.

—¡Ah!—me respondió alisándose la barba, ademán que le es peculiar. —Porque si encontró en el camino de la muerte a un pobre réprobo, es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad...

El suplicio del péndulo

En Chicago se está experimentando un nuevo y curiosísimo medio de obligar a los asesinos a confesar sus crímenes. Al efecto, se encierra al criminal en una celda alejada de todo ruido y en la cual sólo se escucha el tic tac monótono de un enorme reloj de péndulo que está fijado al techo. A todas las horas el reloj, como si fuera un despertador, deja oír una ensordecedora música. Parece ser que este incansable tic tac y ésta música ejercen una influencia tal sobre el sistema nervioso, que los criminales, por escapar de esa obsesión y obtener cambio de local, confiesan sus crímenes.

La primera experiencia hecha dió el resultado propuesto. Un individuo llamado Castillo había asesinado a una joven; sometido al tormento del péndulo, confesó, al cabo de treinta y seis horas, su delito.



CIENCIA Y PRESTIDIGITACIÓN

Por Luis Araquistain

El hombre no se resigna a creer ni a no creer. No le basta la fe y busca el conocimiento. No le satisface el conocimiento y recae en la fe. De esta oscilación incesante del espíritu humano ha nacido la historia de las ciencias y de las religiones. A veces se quiere conciliar ambas actitudes, la fe y el conocimiento. Otras, como en esta época, son muchos los que las confunden, queriendo convertir lo que sólo puede ser artículo de fe en materia científica o experimental. Es lo que ocurre con el esperitismo y con las prácticas de la llamada ciencia — ¡ciencia! — metapsíquica.

Siempre ha habido entre el sujeto y el objeto de la fe relaciones de apariencia corpórea, apariciones, voces misteriosas, contactos invisibles. En otro tiempo, a esas manifestaciones se las denominaba milagros, lo que está fuera del orden natural. Hoy se las llama ¡metapsíquica!, y se cree haber dicho algo nuevo. Puesto a elegir, yo me quedaría con los milagros antiguos, porque si eran impostura, por lo menos nada se sabía del impostor. Hoy no se hace nada en materia milagrosa, digo metapsíquica, sin intervención del médium. La impostura tiene lugar a ojos vistas y con las cartas sobre la mesa. Y los más engañados no son por lo común las gentes del pueblo, que creen o no creen porque sí, sin mistificaciones seudocientíficas, sino graves hombres de ciencia, que así prestan su prestigio a la superchería, con detrimento para la dignidad de la ciencia misma.

Causa risa y pena ver a eminencias científicas como William Crookes, Oliver Lodge, Richet, Lombroso, Flammarión y tantos otros creer a pie juntillas en los "ectoplasmas" a supuestas materializaciones producidas por prestidigitadores como Douglas Home, Florencia Cook, Eusapia Paladino, etc. Conmueve el candor de un Crookes ante las manipulaciones de Home y la Cook. Una vez el fantasma cogió un acordeón que había en el cuarto donde se hacían las operaciones, se puso a tocarlo y avanzó lentamente hasta una señora que asistía a la sesión; la señora lanzó un grito, y el fantasma desapareció. Esta clase de fantasmas suelen ser, a más de filarmónicos, burlones. A veces golpean en el rostro o en otras partes a los sesudos experimentadores o les hacen indiscretas cosquillas. Recíprocamente, los experimentadores no se paran en barras, y palpan y auscultan al fantasma, tal vez con delectación morosa cuando es femenino.

Crookes pudo comprobar que Katie King—el fantasma que hacía aparecer Florencia Cook—era dueña de un hermoso cabello castaño de reflejos dorados, del cual cortó un mechón, autorizado por la aparecida; que tenía noventa pulsaciones por minuto, y que el corazón del ectoplasma, dulcemente auscultado, latía con más regularidad que el de la señorita Cook; pruebas todas de que la médium y la aparición materializada—en una de las sesiones Crookes obtuvo de ella venia para levantarla en brazos, comprobando que estaba de buen año—no eran la misma persona, aunque no pruebas suficientes de que el fantasma no fuese el cuerpo de alguna fámula al servicio del propio Crookes—como ocurre en la deliciosa comedia espiritista de Tolstoy—o el de alguna amiga de Florencia Cook, trabajando de común acuerdo. Hay que tener una extraordinaria dosis de fe para auscultar el corazón de un fantasma de mujer. O una dosis, ya no tan extraordinaria, de curiosidad libidinosa. En muchas de estas prácticas de ocultismo o metapsíquica, la erótica suele desempeñar un papel importante. A veces sólo son disfraces de la lujuria, como en las antiguas prácticas de brujería. Sorprende que la literatura cómica no haya abordado con más frecuencia este picaresco tema.

La historia de estos fraudes, constantemente repetidos, a pesar de los numerosos desenmascaramientos que se han hecho y se siguen haciendo, confirma que los hombres de ciencia no son siempre los testigos más seguros y fidedignos de estos ensayos "metapsíquicos"—ectoplasmas, levitaciones, escrituras directas, etcétera. Al contrario, hay que desconfiar por principio de estas experiencias sobrenaturales cuando vienen acreditadas por personalidades científicas. Si me dicen que un grupo de porteras o de verduleras asegura haber visto y palpado un ectoplasma, me inclinaré a pensar que puede ser cierto, porque estoy convencido de que esas honradas y agudas gentes no dejarían al fantasma desvanecerse así como así una vez que lo tienen entre los brazos, como Crookes el de Katie King. Pero si me lo juran unos cuantos grandes físicos, químicos o biólogos a lo Richet, la duda, y muy honda, es inevitable. Los hombres de ciencia, sobre todo en edad provecta, acaban por adquirir un pliegue profesional que les venda los ojos del cuerpo y del espíritu para todo lo que cae fuera de sus especialidades. Finos linces en su técnica, la mayoría son topos para el resto de la vida. Acostumbrados a operar sobre una materia orgánica o inorgánica relativamente dócil, y desde luego exenta de malicia, proceden con pasmoso candor ante casos algo complicados de psicología malabarista. Esto es un grave descrédito no sólo para ellos, sino para la propia ciencia en general. Bien están la curiosidad y la duda como impulsos de investigación científica; pero el exceso de candidez puede llevar a confundir la ciencia con la prestidigitación. En un tiempo se hablaba despectivamente de la fe religiosa del carbonero; pero ya la está haciendo buena la fe seudocientífica de algunos grandes hombres de ciencia.



No lo conozco a usted...

Por Sara Insúa

Entre un grupo de hombres de frac que murmuraba en un ángulo del salón, Eduardo Irmez contemplaba con intensa curiosidad las evoluciones de las parejas de bailarines sobre el *parquet*. De pronto se fijó en una persona que no sólo atraía su mirada, sino la de todos los espectadores. Era una mujer alta y flexible, envuelta artísticamente en un trozo de terciopelo color fuego que le servía de vestido. No era precisamente bella; pero unos ojos magníficos, de pupilas irisadas y cambiantes, llenos de vida y de expresión, iluminaban todo su semblante.

Irmez creía recordar aquellos ojos. ¿Dónde? ¿En qué otra ocasión los había visto? Y por un sentimiento de curiosidad raro en él, pero que aquella noche provocaba quizá el cambio de ambiente, preguntó al caballero que tenía cerca:

—¿Quién es esa señora o señorita del vestido de terciopelo?

El interpelado le miró un instante como extrañando la pregunta.

—Lena Bornés. ¿No la conoce? La *disseuse* de fama mundial, una de las artistas de más talento...

—¡Ah!, ya...—exclamó Eduardo.

Acababa de reconocer a Lena Bornés. Pero no recordaba haberla visto en ningún escenario. Habíala conocido y tratado quince o diez y seis años antes, merced a una circunstancia casual.

A raíz de terminar la carrera de Medicina obtuvo un puesto de ayudante en el Laboratorio. Poco tiempo después se inició una epidemia de viruelas, y el novel doctor tuvo que dedicarse a la tarea de la vacuna. Entre la multitud de mujeres de todas las edades que diariamente ofrecían el brazo a su bisturí y que desfilaban ante su mirada indiferente hubo una que atrajo su atención. Era todavía una criatura, de delgadez inverosímil, de mejillas y labios pálidos, pero con unos ojos fantásticamente atrayentes. Eduardo no tuvo que hacer un examen muy detenido de su persona para darse cuenta de que se hallaba en la más absoluta pobreza.

Sintió lástima. Quizá si hubieran esperado la vacuna otros brazos desnudos su interés no habría ido más lejos. Pero no había nadie aguardando, e Irmez, cediendo a un impulso humanitario, empezó a hacerle preguntas a la niña.

Supo una de esas historias angustiosas que se esconden en los míseros arrabales de las poblaciones. La madre, muerta; el padre, casado por segunda vez; la madrastra, cruel y dominadora, y sobre todo esto, la escasez, el hambre... Eduardo, conmovido, quiso ser el buen protector de aquella cenicienta de ojos luminosos.

Previo el permiso del padre, entró Magdalena interna en un colegio, en el cual debía educarse y reponerse, gracias a la generosidad de Eduardo.

Pocos meses bastaron para que cambiase el aspecto de la chiquilla. Eduardo iba a verla de vez en cuando, y ante aquel rostro, en el que aparecían ya colores de salud, y aquel cuerpecito, que adquiría redondeces y vigor, se enorgullecía de su obra. ¡Había librado a un ser de la muerte o de la perdición! Porque ni una sola idea torcida cruzó por su mente. Cuando Magdalena, convenientemente instruída, pudiese ganarse dignamente su vida, él se consideraría más que recompensado con su gratitud.

Y Magdalena salió del pensionado para entrar como tenedora de libros en una casa de comercio. Pero, de pronto, Eduardo dejó de saber de ella... Había desaparecido. Algún tiempo después llegó a sus oídos que tenía un nuevo protector—un protector *como todos*—que era empresario de teatros. Pasaron los años, y Eduardo casi olvidó la desagradecida criatura que él tan desinteresadamente favoreciera.

La vida de estudio y de trabajo continuados tuviéronle alejado del mundo *que bulle*. Y he aquí que una noche que por casualidad asistía a una fiesta de la *high-life* se encontraba frente a Magdalena, convertida en brillantísima constelación. Y Eduardo, que años antes se sintiera herido por su ingratitud, olvidaba ahora su disgusto al verla triunfante y esplendorosa. Sin darse cuenta, se encontró cerca de ella, y un amigo hizo ademán de presentarle. Eduardo le detuvo, sonriendo.

—No hace falta—dijo.—Nos conocemos. ¿No me...—titubeó y sin decidirse a tutearla,—no me recuerda usted, señorita?

Lena fijó en él un instante sus grandes pupilas, y en sus labios finos hubo una contracción rapidísima. Después contestó sin inmutarse, secamente:

—No, caballero; no recuerdo... No lo conozco a usted...

Eduardo la miró con sus ojos ingenuos de sabio, que pudieron penetrar hasta el fondo de su pensamiento.

Lena, la triunfante, la engrandecida por su arte o por su suerte, no quería recordar su pasado triste y mísero, y menos aún a aquel que la pusiera en el primer peldaño de su ascensión milagrosa.

Entonces, por un momento, a la vista de tan cínica ingratitud, le acometió el deseo de vengarse revelando las páginas de la historia de Lena que ésta habría querido borrar.

Ella, con una ansiedad que sólo Eduardo podía adivinar en el fondo de sus pupilas, esperaba, temía algo...

Pero Irmez se inclinó respetuosamente, y con una sonrisa irónica dijo:

—Perdón, estaba equivocado. Dice usted bien, señorita; no me conoce usted—y acentuó con fina y desdeñosa ironía,—¡no puede usted conocerme!

Andar, andar...

Es encantador andar, como ovejuela perdida, por el sendero interminable, bajo el oro del sol en tarde de primavera, mientras la fantasía nos teje ilusiones maravillosas.

El goso espiritual hace que el mundo interior sea como jardín reflorecido, y se absorba el perfume de las evocaciones familiares de horas desamoradas o de amor, en que la de los ojos negros nos hacía cautivos por encantamiento y por dulzura.

Cuando se anda, como ovejuela perdida, por el sendero interminable, sin agobios ni inquietudes, hay que loar la grandeza del mundo y embriagarse de plenitud.

Oscar Alberto IBAR.

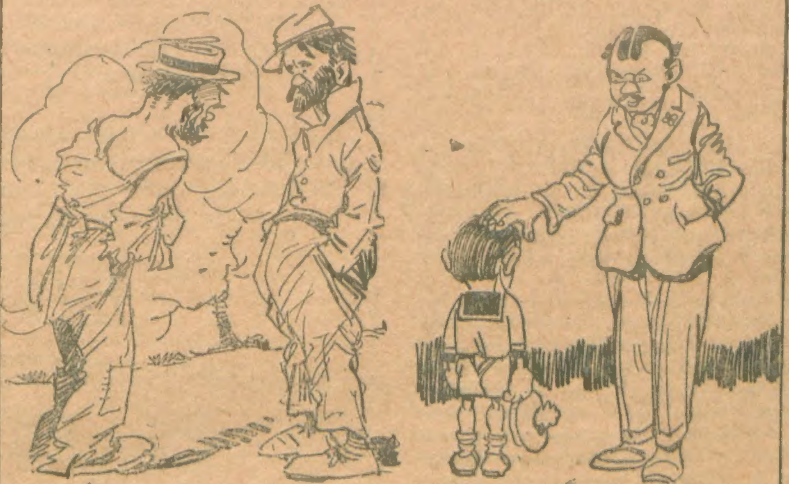
ACTUALIDADES, *por Rojas*



—¡Abre la puerta, mujer!
—¡Te he dicho que no, y no!
—¡Ni que fueras Alvear con el Congreso!...

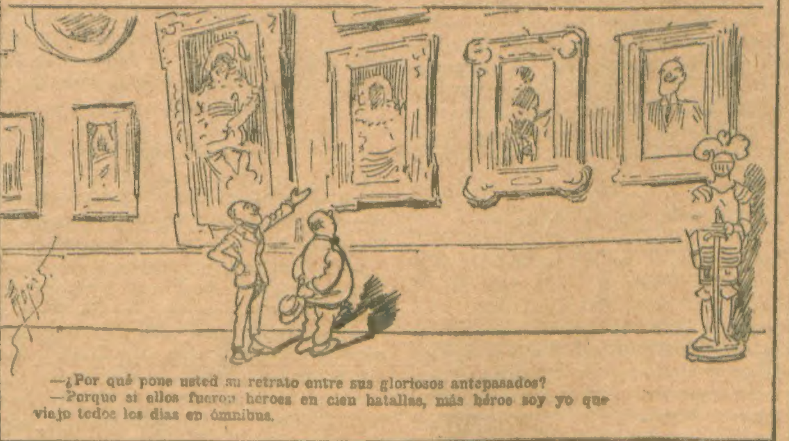


—¿A que adivino que el libro viejo que lee trata de arboricultura?
—¿En qué lo conoce?
—En que se le caen las hojas



—Se nota que llega el invierno. Anoche no pude dormir de frío.
—Haber hecho lo que yo: me eché boca abajo y me abrigué con la espalda.

—Te pareces mucho a tu papá.
—Más se parece mi papá todavía.



—¿Por qué pone usted su retrato entre sus gloriosos antepasados?
—Porque si ellos fueron héroes en cien batallas, más héroe soy yo que viajo todos los días en ómnibus.



LOS POLOS ERRANTES

Conquistar los polos y plantar la bandera de su país en el punto exacto donde convergen todos los meridianos de la Tierra ha sido y es la ambición de cada explorador de las regiones árticas o antárticas. ¡Cuántas dificultades tienen que vencer estos conquistadores de los polos! ¡Cuánto heroísmo han tenido que desplegar para aproximarse a estos puntos matemáticos a los cuales pensaban dar una existencia material! Y ¡cuántos han encontrado la muerte, gloriosa sí, pero también espantosa, en el curso de estos viajes difíciles y peligrosos!

Estos polos tan codiciados ¿son susceptibles de ser conquistados o son inaccesibles? Vamos a estudiar rápidamente en este trabajo la segunda de estas hipótesis, que es la verdadera, ya que los polos de la tierra se desplazan sin cesar en la superficie de las llanuras heladas que los rodean.

El balanceo del globo

La Tierra, entre otros movimientos, tiene dos que se pueden calificar de fundamentales: el de *traslación*, alrededor del Sol en órbita elíptica, y el de *rotación*, en virtud del cual vuelve sobre sí misma en el curso de veinticuatro horas; este movimiento, como sabemos, es el que origina la duración del día. Volviendo sobre sí un punto cualquiera del Ecuador, marcha a la velocidad de 450 metros por segundo. La Tierra, por efecto de este movimiento de rotación combinado con su aislamiento en el espacio, adquiere una estabilidad análoga a la de los trompos o a la de esos aparatos que se llaman *giróscopos*, estabilidad tal, que se emplean estos instrumentos, como sabemos, para oponerse al movimiento de vaivén de los navíos sacudidos por las olas.

Pero esta estabilidad no podría ser definitiva más que a la condición de que las masas, cuyo conjunto constituye el Globo, conserven la misma distribución en profundidad, la misma repartición en la superficie. Mas está lejos de ser así. En el conjunto de materias incandescentes que componen la mayor parte de la Tierra, se producen movimientos de convección que impulsan a esos formidables conjuntos de lava, provocando, a veces, los volcanes y los terremotos; y en la superficie de la corteza terrestre otros conjuntos se desplazan continuamente: son las masas gaseosas de la atmósfera.

Acumulados durante el invierno bajo los continentes más fríos, pasan durante el estío por debajo de los océanos, que entonces son menos cálidos que las tierras. De aquí la verdadera "caza cruzada" de la atmósfera, yendo de los mares a los continentes, y viceversa. Estos desplazamientos de aire que a primera vista parecen despreciables a causa de la débil densidad del gas que lo constituye, son, en realidad, formidables. Se ha calculado que el exceso de la masa de aire frío que se encuentra durante el invierno por debajo de los continentes, sobre la masa de aire caliente que existe en la misma época por debajo de los océanos, es de 14.000 millones de toneladas. Un desplazamiento anual de masas de tal importancia puede tener como consecuencia un balanceo del eje de la Tierra.

Un polo que se aproxima

Así es posible que el eje de rotación de nuestro Globo no conserve, en el espacio, una dirección invariable, sino que, por el contrario, esté sometido a incesantes fluctuaciones. Para la ciencia positiva de hoy no es suficiente saber que un fenómeno *debe*, es preciso *probar* su existencia y *medir* su importancia. ¿Cómo, pues, se ha podido probar y medir el desplazamiento de los polos? De una manera muy sencilla, pero que demuestra la perfección de los instrumentos de la Astronomía y la precisión con que se sirven de ellos los astrónomos. Todo el mundo conoce la definición de la *latitud* de un lugar: "la altura angular" del polo bajo el horizonte de este lugar. Esta altura se puede determinar con un círculo dividido de gran precisión, cuyo plano sería vertical y sobre el cual se aplicaría un anteojo. Se apuntaría, ante todo, al polo; después, al horizonte; el ángulo en que faltó cambiar el anteojo, mide así la latitud del lugar de observación. Por medio de los círculos meridianos de los observatorios modernos, se puede obtener esta latitud con la aproximación de una centésima de segundo de ángulo. Ahora, un segundo representa cerca de 30 metros en la superficie de la Tierra; se puede entonces determinar la posición de un observatorio en latitud a 30 centímetros casi.

Durante los años 1889 y 1890, los astrónomos de los observatorios de Praga, Potsdam y Berlín comprobaron que las latitudes de sus tres observatorios, determinadas con toda precisión, parecían variar constantemente, y más aún, *variar en el mismo sentido* de manera tal, que parecía que el polo Norte se aproximaba a ellos.

Las latitudes vagabundas

La Asociación Geodésica Internacional, deseosa de investigar esta cuestión, ha hecho una experiencia decisiva.

Consideremos dos puntos, A y B, de la superficie de la Tierra, situados sobre el mismo paralelo (es decir, a la misma distancia del polo, P), pero diametralmente opuestos, de manera que sus longitudes difieran 180 grados.

En estas condiciones, si el polo Norte, sufriendo un desplazamiento viene a ocupar la posición P, se aproximará al punto B; pero al mismo tiempo, se alejará del punto A en la misma extensión; de suerte que si la latitud de un punto disminuye, la del otro aumenta en la misma cantidad.

Las observaciones, hechas con los mismos métodos, con instrumentos idénticos, duraron más de un año y proporcionaron los resultados comprobantes: mientras que la latitud aumentaba en Honolulú, disminuía en Berlín en la misma proporción.

Entonces, la Asociación decidió cerrar la cuestión y estableció en 1895 seis observatorios, instalados sobre un mismo paralelo a igual distancia del polo y separados entre sí por diferencias de longitud idénticas. Al mismo tiempo, se instalaron dos estaciones alrededor del polo Sur. El resultado, en todos los puntos, fué de conformidad absoluta con las precisiones de la teoría: *los polos terrestres se desplazan continuamente.*

El período de este desplazamiento es de 430 días, es decir que el polo repasa durante esos catorce meses por un mismo meridiano terrestre. La importancia del desplazamiento es muy débil; la mayor desviación, que se comprobó entre los años 1900 y 1910, fué de poco más de tres décimas de segundo.

Una fórmula de dos términos

¿Qué explicación se puede dar a este sorprendente fenómeno? La mayor dificultad estriba en explicar el período de 430 días, que regula la variación, y que es muy diferente de los períodos astronómicos que intervienen en los movimientos de la Tierra. Por esto se ha apelado a las matemáticas. Agrupando todas las observaciones hechas de 1895 a 1910, se ha podido llegar al resultado de que el movimiento del polo podía expresarse por una fórmula de dos términos, ambos periódicos, siendo el período del primero de 430 días y el del segundo de 365.

En lo que concierne al primer término, o sea al de 430 días, se ha comprobado que esta cifra concuerda con un *residuo* astronómico que proviene de la acción perturbadora de la Luna sobre la prominencia de la Tierra en el Ecuador por efecto de su forma elíptica. Y por otra parte, de las observaciones del nivel del mar hechas con la mayor precisión en Holanda y California, que mostraron que existían, en estas dos regiones, elevaciones y depresiones periódicas del nivel oceánico cuyo período era, precisamente de 14 meses. En cuanto al segundo término, o sea aquel cuyo período es de 12 meses, es decir, de un año, se explica, como dijimos, por el desplazamiento de las masas de aire de los continentes a los océanos, y al contrario. Y siendo este fenómeno de orden meteorológico, sigue, forzosamente, la periocidad general de los fenómenos atmosféricos, que es de 12 meses.

La locura de las longitudes

De hecho, las revueltas del polo, es decir, del punto a partir del cual se miden las latitudes, no tienen más fijeza: son invariables, y la "fluctuación de las latitudes" es, hoy día, una verdad lograda. Pero al menos, ¿van a quedar fijas las longitudes y a consolarnos, por su invariabilidad, del vagar de sus hermanas? Es de temer que también ellas sean presas de la locura del desplazamiento.

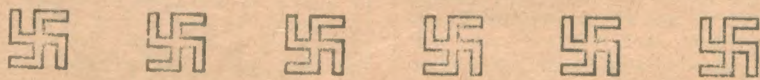
En la teoría del alemán Wagener, llamada *desvío de los continentes*, las masas continentales *flotarían*, de algún modo, sobre una masa plástica que le permitiría efectuar, lentamente, pero de manera fatal, desplazamientos muy pequeños actualmente, pero que no harían sino continuar los desplazamientos análogos y mucho más importantes, que habrán tenido lugar durante los períodos geológicos. Si ello fuera así, verdaderamente, las longitudes variarían; el meridiano que pasa por Nueva York, por ejemplo, se alejaría del de Greenwich, que es el punto de origen a partir del cual se cuentan las longitudes de todos los puntos del Globo. ¿Es posible, entonces, medir esta *fluctuación de las longitudes?* Si es posible, gracias a la telegrafía sin hilos y al servicio internacional de transmisión que regula la hora por la torre Eiffel.

La diferencia de la longitud de dos puntos se mide por la diferencia de sus horas, estando éstas reguladas por el Sol medio. La telegrafía sin hilos permite la transmisión exacta de la hora *una centésima de segundo después*, utilizando las señales "científicas" emitidas por la torre. Y si, verdaderamente, las longitudes están también marchando, no tardaremos en saberlo, pues los geodestas de todos los países están estudiando la cuestión.

Se concluye de todo esto que las latitudes varían sin cesar y de una manera indiscutible; que las longitudes, sin duda, hacen otro tanto, y en cuanto a los polos terrestres—estos polos cuya conquista ha suscitado tantas nobles emulaciones y hecho entrar a tantos héroes en la historia de la ciencia,—que están fugitivos, y si un día un explorador afortunado pudiese plantar el pabellón de su país en ellos, ese pabellón no estaría precisamente en el polo, porque éste habría huído para escapar a la conquista.

Y todo lo que se podía hacer era plantar alrededor del punto donde se encontrase el polo ese día cuatro postes a 20 metros los unos de los otros, cerrados por cuerdas, y escribir a uno de los lados: "El polo Norte está en el interior", pues, como hemos visto, dado el desplazamiento constante de los polos es dificilísimo determinar el lugar exacto en que éstos deben estar situados.

Esta locura de las longitudes es uno de los hechos más curiosos que ha comprobado la ciencia moderna y una de las confirmaciones de cuan extenso es el campo de investigación a que ésta puede dedicar su actividad.



SOLEDAD

Soledad, has venido esta noche de estío
a golpear de mi espíritu, su invisible aldabón.
¡Viajera silenciosa que apenas te deslizas
como una ala impalpable, te daré el corazón!

Haz de él, cual si fuera un pedazo de arcilla;
modélalo a tu antojo, dale una dulce voz,
para que así la encierre estoicamente, luego,
en la dulce canción!

¡Oh, cuánto te he esperado: no encontraban mis ojos
entre los seres, nada profundo, encantador;
Soledad, en tu seno suave, tibio y tranquilo
el poeta descubre su anhelada visión!

Fabio D. Vitulla





¡Twfik - Avram - Pashá!

Uno de los muchos y espeluznantes dramas a que ha dado lugar la nueva ley del gobierno de Angora, suprimiendo los serrallos y obligando a los musulmanes a no tener sino una sola esposa, como los cristianos.

Según las leyes de la nueva república de Angora, desde el 1.º de enero de 1926 la esclavitud y la poligamia quedaron suprimidas absolutamente en Turquía, castigándose con inmediata pena capital a los infractores. Por consiguiente, al rayar el primer día del año en curso, de hecho no debía existir serrallo ni esclavo alguno en toda la Nación.

Entre los grandes potentados del país, figuró siempre Twfik-Avram-Pashá. Como su título indica, era un noble de pura cepa, de grandes riquezas y de bien cimentada figuración política. Educado en universidades occidentales europeas, poseía una cultura profunda y firme, habiéndose iniciado en la vida pública, cuando el reinado del sultán Abdul Hamid, como segundo secretario de la Embajada otomana en Londres. Con el correr del tiempo fué ascendiendo en la carrera diplomática, habiendo sido sucesivamente ministro en Atenas, Bukarest, Viena y Lisboa. Posteriormente fué llamado a servir en la Cartera del Interior de su país, cargo que desempeñaba cuando el derrocamiento del sultán. Después fué Director General de Postas y Comunicaciones en Turquía Europea, gobernador de Anatolia y Visir en Armenia. En los últimos tiempos, después del triunfo de Turquía sobre Grecia, se le designó como Inspector General de todas las comunicaciones de la República. Además de su cultura occidental, Twfik-Avram, era hombre muy inteligente, rico, y para colmo de felicidades, buen mozo. Ya se comprenderá que para un mahometano que reunía tales condiciones la vida era un casi reflejo del Paraíso de Mahoma.

Cuando en los últimos días del mes de diciembre del año pasado, sus íntimos le preguntaban si se iba a volver monógamo (es decir a tener una sola esposa) o si iba a desobedecer la nueva ley exponiéndose a ser ahorcado, con resignación verdaderamente musulmana, Twfik-Pashá se concretaba a responder:

"La vida con una sola mujer no vale la pena de vivirla. Cuando llegue el último momento, Allah me iluminará, porque El es grande, porque El es poderoso. Lo que sí puedo asegurar es que mis esposas no serán arrojadas al arroyo para que vivan de la caridad de los cristianos."

Twfik poseía en Constantinopla cinco palacios, guardando en ellos 46 esposas, a cada cual mejor. Cada uno de sus serrallos estaba guardado por gigantescos eunucos negros traídos de Etiopía; eunucos llenos de esa ferocidad y ruindad de la que tienen tan triste y proverbial renombre. Jefe de todos los eunucos era un fiero anciano macedónico, que aunque de religión mahometana, estaba bastante influenciado por las teorías cristianas, porque, como se sabe, en Macedonia existen simultáneamente ambas religiones.

Avram Pashá, acostumbrado a lamer los pies del sanguinario y tiránico Abdul-Hamid, de quien fué favorito preferido, no pudo recibir sin rencor la notificación enviada de la Asamblea de Angora, para que libertara sus mujeres, quedándose con una, deshiciera sus serrallos, anulara la esclavitud de sus siervos y diera puerta libre a sus eunucos, dándoles compensación monetaria en pago de haberlos privado del supremo atributo que otorga a los seres la naturaleza: el sexo. Además, sus creencias mahometanas se sintieron profundamente heridas por el derrocamiento del Califa, la abolición del turbante, el traslado de la Capital a Angora y la igualdad de todos los hombres, es decir, que después del 1º de enero, él, el satánicamente orgulloso Twfik Avram Pashá, sería exactamente igual a sus propios eunucos acabados de emancipar por la fuerza de las leyes de unos cuantos improvisados.

Como él bien decía, Allah tenía que inspirarlo, pero lo inspiró otomanamente, conforme a los sentimientos de un turco del siglo XV, que a pesar de su permanencia en universidades europeas, no había evolucionado a la par de los tiempos.

El 30 de diciembre en la mañana, todos los palacios de Twfik habían sido completamente desocupados. Sus tesoros y sus 46 esposas, habían sido trasladados al palacio más suntuoso que el magnate tenía en el Pasaje de Hassan-Visir, en el centro mismo de Stambul. En este palacio desde las primeras horas de la mañana, pudo notarse una actividad sin precedente. Sus esclavos y eunucos, llegaban incesantemente cargados de cofres, alfombras, muebles, vajilla, joyas e infinidad de cosas más. Pero sobre todo, lo que más traían eran provisiones, lo que comprobaba que se trataba de un gran festín babilónico.

El 31 a mediodía había cesado toda aquella febriciente actividad, externa, en tanto que dentro de los muros del palacio aquello era un colmenar humano. Todo eran órdenes y grandes preparativos pasa la memorable noche de ese día. Algunos hambrientos que se atrevieron a pararse frente a las puertas del palacio, con la esperanza de algún socorro, fueron pronta y cruelmente dispersados a latigazos por esclavos y eunucos. Debe agregarse que entre los restantes magnates de la ciudad estaba aconteciendo cosa casi parecida; pero en ninguna parte con la intensidad del palacio de Twfik, porque éste ha sido hasta el último momento el hombre más poderoso de Turquía.

A las 10 de la noche todo estaba absolutamente listo para iniciar la trascendental orgía. Twfik estaba completamente listo para su desarrollo y desenlace. Entonces llamó al anciano y fiero eunuco macedónico, o sea Ali-Khazán y con tono de humildad y resignación de la que nunca había dado muestras le dijo:

"¡Allah lo quiere y hay que cumplir su voluntad! El me ha inspirado y por eso El me premiará. Esta noche, durante el festín, pondrás un veneno graduado — tú que eres especialista en ellos — en todos los alimentos y bebidas, de manera, que al rayar el día, todos seamos cadáveres. Ni mis esclavos ni mis mujeres, irán a la calle a dar lástima ni a pedir misericordia a los americanos. Ya tengo preparado un circuito, eléctrico, que en momento oportuno provocará el incendio que reduzca a cenizas todo lo que fué mi terrenal grandeza y motivo de placer."

El eunuco hizo una profunda reverencia y salió. Salió a cumplir las órdenes del amo; pero a medias, pues como ya hemos dicho, Ali-Khazán estaba bastante influenciado de cristianismo y sintió remordimiento de cometer un asesinato en masa. De consiguiente, se concretó a poner en los manjares una droga sopirífera, lo mismo en los vinos, a fin de que a todos sobreviniera un estado de amodorramiento que permitera la intervención de la policía y la frustración del malvado plan.

A cerca de la medianoche se sirvió en la sala principal del palacio un festín que habría causado las envidias de Baltasar. Las viandas y los vinos odoríficos circulaban profusamente entre los convidados que consistían en las 46 esposas y Twfik-Avram. Los demás hombres que había en la sala eran esclavos o eunucos. Las escenas de orgía, embriaguez y locura no son para descritas ni creídas para un cristiano de la más dudosa moral. Por fin, cerca de la madrugada, el magnate hizo una seña a su jefe del harén, Ali Khazán, para que procediera a repartir el veneno fatal.

Hemos dicho con anterioridad, que Twfik fué uno de los cortesanos favoritos de Abdul Hamid. Como buen súbdito de un déspota y criminal, Twfik fué un ser ruin y depravado que sólo se ocupó de arrastrarse a los pies del sultán, explotar los puestos que se le dieron y engrandecerse a costa de robos, latrocinios delitos y sufrimientos o muerte de cuanto podía hacerle sombra. De esta manera fué como el potentado llegó a ser lo que fué. Cuando se derrocó al sultán, Twfik, como todo adulador y ruin, tuvo muy buen cuidado de mostrarse instantáneo simpatizador de la nueva forma de gobierno, aunque en el fondo de su corazón odiaba de muerte a Kemal Pashá, el nuevo presidente de Turquía y a toda la legión juvenil que trata de convertir al país en una nación modernizada. Pero en los días en que el sultán fué despojado de su trono, Twfik supo darse maña para robarse de los palacios imperiales cuanto pudo, incluso varias de las más bellas mujeres de los serrallos del sanguinario mandatario. También se robó, entre muchas cosas, la maravillosa copa en la cual se daba el veneno a las favoritas que habían caído de la gracia del sultán. Esta copa, que según dice la leyenda, fué del Emperador de Hungría, según unos o de la Catedral de Kazán, según otros y que fué robada por los otomanos

---

Figuras científicas

CLEMENTE ADER

En mayo de 1925 falleció en la pequeña villa de Muret una de las figuras científicas a la cual es necesario dedicar un recuerdo cuando se trate de historiar la aviación y los trabajos que para desarrollarla se llevaron a cabo.

Ader, en su juventud, soñó con imitar el vuelo de las aves; pero tuvo que dedicarse, antes de realizar sus investigaciones, a la ciencia eléctrica, la cual le hizo célebre en 1881 con el teléfono que lleva su nombre. Después viajó durante algún tiempo, y en la India observó a los murciélagos, cuyas alas había de imitar después con una perfección maravillosa. Entonces abordó el doble problema de construir el inmenso murciélago y dotarlo de un motor de vapor muy ligero que permitiese el vuelo.

Tomó un murciélago, lo hizo hervir y le sacó el esqueleto, el cual midió con minuciosidad. Entonces se dedicó a crear lo que él llamaba huesos de su aparato. Imaginó un nuevo procedimiento de construcción: tomó bambúes, los cortó, los talló cuidadosamente, los encoló y los forró, aplicando un procedimiento parecido al que hoy conoce la aviación para reforzar las junturas de las maderas encoladas. Las membranas del murciélago se formaron de seda fuerte; las alas, articuladas, podían replegarse y moverse hacia adelante o hacia atrás del aparato; en conjunto, era una especie de avión sin cola, de una forma rara e ingeniosa.

Para construir las hélices, Ader tomó barbas de pluma y las encoló con unas hojas pequeñitas de papel de China y de minúsculas briznas de bambú para aumentar su resistencia. Después de este trabajo le faltaba crear el motor; el motor usual de vapor era demasiado pesado, y entonces hizo uno que sólo pesaba tres kilos por caballo. Para seguir sus ensayos abandonó en 1882 su puesto en la Administración de Puentes. Poseía entonces una fortuna de millón y medio de francos, con la cual se dispuso a realizar las ansiadas pruebas.

Su primer aparato Eole se ensayó secretamente en el parque de Gustave Pereire en Armainvilliers, sin gran éxito. En el mes de agosto de 1891, el Eole 2 realizó un vuelo de doscientos metros en el campo de Latory; una avería detuvo los experimentos cuando su autor se encontraba arruinado. Entonces dispuso el gobierno que los ensayos prosiguiesen y que los gastos corriesen a cargo del ministerio de la Guerra, y Ader construyó un tipo más perfecto, la que denominó Arion. En 1897 se nombró una comisión para comprobar las pruebas, la cual fijó la fecha del 14 de octubre para éstas.

La comisión se reunió en la llanura de Latory; el tiempo parecía desfavorable, pero el inventor se dispuso, no obstante, a hacer los ensayos. Puso en movimiento el aparato sobre un triciclo de ruedas movidas por medio de pedales. El aparato abandonó el suelo, las ruedas cesaron de señalarse sobre el terreno enfangado; pero en aquel momento una ráfaga fuerte lanzó el avión fuera de la pista. Ader paró el motor, y el aparato, tomado de costado por el viento, fué llevado a un terreno desigual, donde se destrozó.

Durante este tiempo cayó el ministerio, y el sucesor de M. de Freyeinet consideró los ensayos demasiado costosos y se negó a seguir sufragando los gastos. Los personajes oficiales que habían asistido a las pruebas dijeron que "la espesa niebla les había impedido ver otra cosa que no fuese el aparato roto", y Ader, desalentado, quemó sus proyectos y se retiró a Muret.

Tal fué la parte activa que Ader tomó en el intento de resolver la navegación aérea, y tal es el final de unos trabajos que, de haber tenido los ensayos la continuidad necesaria en esta clase de inventos, quizá hubiesen encontrado la solución al problema con algún tiempo de antelación a los que realizaron otros inventores más afortunados.



cuando saquearon las principales ciudades rusas y húngaras en el siglo XV, es una joya primorosa de oro repujado, con cinceladuras geniales y cubierta totalmente de esmeraldas, zafiros y ópalos de valor incalculable. Dicha copa había sido buscada afanosamente por el gobierno de Angora, sin haber logrado descubrir su paradero.

Pues bien, como decimos, en la madrugada apareció un eunuco regiamente vestido, con la copa en la mano, repleta de licor. Antes de ofrecerla a la primera esposa del Pashá, éste juzgó oportuno pronunciar un discurso a sus esposas, pues todas ellas sabían la suerte que esperaba a la que apuraba el contenido de la copa conocida con el nombre de "copa de las lágrimas", debido a que nunca odalisca alguna tomó el mortal brebaje sin antes haber llorado copiosamente. En este discurso les explicó que para él la vida con una sola mujer, como los perros cristianos, no era digna de ser vivida; que abandonadas a la miseria y a la piedad de los extranjeros, su existencia sería peor que la de un esclavo judío; que Alah lo había inspirado y que por eso había decidido escuchar la voz del Profeta y matarse rodeado de sus mujeres en un festín desenfrenado de embriaguez de alcohol, sangre, crimen, alaridos de dolor, maldiciones, plegarias, incendios, en fin, una apoteosis de locura, de delincuencia.

La turba femenina escuchó consternada una decisión que nadie esperaba, pero comprendiendo que no había más remedio que acatar la voluntad del amo, todas aceptaron la "copa de las lágrimas", sin lamentaciones y trataron de buscar en la embriaguez, la insensibilidad, para no sentir el helado beso de la muerte.

Pero como Ali-Khazán, no había puesto sino un soporífero, los esperados efectos mortales se convirtieron únicamente en un letargo. Cerca del alba, cuando el día comenzaba a clarear y los humos de la embriaguez se habían disipado, Twfik Pashá se dió cuenta de que había sido desobedecido. Pero sonrió con una resignación genuinamente musulmana.

"¡Perro judío, dijo, sólo siento no poder castigar tu traición de última hora. Pero la voluntad de Allah se cumplirá, porque El es grande, porque El es poderoso!"

Y diciendo esto, tranquilamente sacó de su cinto una hermosa "gumia" (daga o puñal) damasquina, primorosamente tallada y recamada de piedras preciosas. Y frío, tranquilo, sereno, sonrientemente, comenzó a apuñalear a sus infelices esposas, hasta que victimó a las 46. Terminada su faena displicentemente oprimió el botón eléctrico que debía ocasionar el furioso incendio concebido. Pero todo permaneció igual. El cruce había sido aislado.

"¡Perro judío!" Maldito seas que así me deshonras!" fué la única frase que con un dejo de amargura salió de sus labios.

En esos precisos instantes estalló un clamor inmenso en el palacio. Un verdadero escuadrón de tropas, encabezadas por Ali Khazán y rodeadas de esclavos eunucos y sirvientes, irrupcionó en la sala; pero ya era tarde. Cuando Ali-Khazán denunció a la autoridad lo que sucedía, en el palacio de su amo, nadie lo creyó, pero ante la insistencia del judío, el jefe de la policía se decidió a enviar un piquete de fuerza para convencerse de los fanáticos temores de "un perro judío".

Twfik vió llegado su último momento. "¡Cobardes, traidores a su fe y a su pasado! Allah que es grande, Allah que es poderoso me recibirá en su seno y me dará mejor vida que la que abandono, porque he sabido proceder como un caballero conquistador de Constantinopla, como un verdadero musulmán. Sólo Allah es grande y Mahoma su Profeta!" Y después, con un desdén y cinismo, propios de su maldad y depravación, en presencia de los circunstantes se hundió en la garganta la "gumia" que aún estaba tinta en la sangre de sus 46 víctimas.

Los periódicos griegos son los que más horrorizados se muestran de esta tragedia, evidenciando lo lejos que están los turcos todavía de la civilización y lo imborrable que es aún para sus almas, el asesinato en masa como en el caso de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones de "Las mil y una noches".

Con razón o sin ella los griegos, lo cierto fué que al caer de la tarde, fueron muchos los musulmanes que marcharon a rezar a los templos por el buen creyente Twfik y sus 46 fieles esposas, mientras que el muezzin cantaba la hora en los minaretes e iniciaba la plegaria con la frase sacramental: "Sólo Allah es grande. Sólo El es poderoso!"

La moda y la teoría artística de los complementarios

Un sastre que conoce los paños

I

Un maestro del color (esta vez no se trata de pincel, sino de aguja), el sastre italiano Piergiovanni, dice que a la ciencia de los colores pertenece la propiedad del color complementario. El color complementario es el que nace en el borde de otro color, mirado intensamente por unos minutos. Observando, por ejemplo, un pedacito de género colorado sobre un fondo blanco, veremos al cabo de medio minuto, alrededor del rojo, una esfumadura verde, y cortando el pedazo colorado, mirando siempre el blanco, veremos unas manchitas verdes donde antes estaba el trozo cortado. En esa forma, del colorado surge el verde, del amarillo el violeta, del azul el anaranjado. El color verde, pues, es un color complementario del rojo; el violeta es complementar del amarillo y el anaranjado, del azul. Y viceversa.

Ahí está el porqué del reflejo rosado que muchos tonos de verde comunican a los cutis blancos, mientras que el mismo color no sienta a las caras coloradas. Asimismo, una tapicería roja hace parecer verdoso el cutis de las personas que están cerca de ella.

El color violeta es el que más difícilmente sienta a quien lo lleva, mientras que el lila muy pálido, con rosado, sienta sobre todo a las rubias. El violeta, según hemos visto, tiene por color complementar el amarillo, es decir, comunica al cutis un reflejo amarillento, más o menos verdoso, que no puede favorecer.

El color negro hace resaltar a los otros colores que se le acerquen, porque tiene la propiedad de hacerlos más brillantes. Lo mismo ocurre con el blanco, aunque con menos evidencia. Por la clasificación de las armonías y de las disonancias entre diferentes colores, puede sacarse la conclusión de que los colores diferentes y parecidos al mismo tiempo, como el gris y el blanco, no van de acuerdo. Falta, en este caso, el contraste, que es el que produce la armonía.

Blanco y colorado también nos producen un efecto agradable, porque al lado del blanco, el rojo se hace más brilloso y el blanco toma un reflejo casi verdoso. Lo mismo pasa con el blanco y el verde vivo, cuyo color complementar es el rojo. Cerca del gris, el anaranjado toma reflejos azules, lo mismo que el gris cerca del anaranjado; aquí tenemos otra vez dos colores diferentes y, sin embargo, parecidos, con absoluta falta de armonía. Cerca del violeta, el gris se acerca al amarillo y el otro parece más fuerte, y desentonan.

También desentona el gris con el amarillo. Al lado del violeta, el color blanco toma reflejos "paja", mientras su vecino se hace más brilloso, y juntos son muy buenos amigos. Lo mismo que el negro con el anaranjado, porque el primero se hace casi azul obscuro, y el segundo más amarillo.

Blanco y amarillo armonizan, lo mismo que blanco y azul, porque en ambas combinaciones el color blanco pierde un poco de su fuerza, y es dominado por el otro. Sin embargo, la segunda combinación es mucho mejor que la otra.

Entonan también los negros con el verde no muy brillante, porque éste tiene reflejos amarillos, y el negro toma esfumaduras de violeta y colorado. Por eso es necesario que uno de los dos colores sea opaco. Negro y violeta armonizan porque el primero parece menos fuerte, y el segundo más vibrante. Sin embargo, es ésta una alianza que a muchas personas no gusta. Sobra decir que las reglas arriba citadas, no siempre están en regla con el buen gusto. Si el género es transparente, ¡adiós mis armonías! Un *voile*, un *chiffon*, un tul, un *crêpe* blancos o colorados, en contacto con el cutis, nos dan un conjunto de colores que van desde el del género hasta el del cutis. Sin hablar de los contrastes de luces producidos por los vainillados los entredós, los *plissés*, etc.

Las complicaciones entre género, cutis, transparencia y cabello son tantas, que al seguirlas todas correríase peligro de salir desnudos, como aquel que, por leer los tratados de la higiene en la comida, se murió de hambre.

Y aún así, habría que tener en cuenta los reflejos producidos por el sol y por las nubes sobre el cuerpo desnudo; el mismo concepto, quizá, que inspiró los afeites a los salvajes.

Nos queda el consuelo de saber que el amor no entiende nada de armonías, más bien parece reconstruir sus fuerzas en las más curiosas disonancias.

II

El color marrón tiene su mejor aliado en el color blanco. También armoniza con el rojo obscuro brilloso y con los grises que se acercan al marrón claro. Puédese llevar: marrón con blanco, marrón con gris humo, marrón con avellana, además de las combinaciones entre diferentes tonalidades de marrón, que resultan siempre las más acertadas.

El color azul tiene muchos amigos, pero tiene también muchas tonalidades y, por lo tanto, es preciso hacer distinción entre azul obscuro, azul claro y azul verde.

Con el primero armonizan perfectamente los colores tórtola, cereza, blanco y ladrillo sin brillo. El verde no desentona si se emplea con discreción. Con el azul obscuro puede llevarse también: anaranjado, plateado, *champagne*, citrón opaco, rojo obscuro, colorado opaco.

Con el azul claro nada mejor que el gris perla y el negro. Armonizan, además de éstos, el anaranjado *obscuro*, blanco marfil, *champagne*, coral *obscuro*, ladrillo opaco, sepia, rosa antiguo. Anaranjado y coral tienen que ser obscuros, y en este caso el azul debe ser un poco fuerte. También el *champagne* es preferible que sea opaco, mientras que el sepia y el negro, aunque brillosos, armonizan siempre con el azul claro. El rosa antiguo se entiende en géneros de mucho cuerpo, como el *taffetas*, y, por lo tanto, es reservado en los vestidos de estilo.

La tercera tonalidad del azul es la que las modistas llaman azul-verde-pavorreal. Este color sólo armoniza con el blanco, el negro y el oro viejo. Para traje de noche se le acompaña también al gris o el *champagne* pálido. En fin, sobre los géneros de paseo, lanas o sedas, de color azul, es preferible no añadir otro color que el blanco, o mejor, el negro, si el cabello es castaño y el cutis blanco.

Hay, además, el verde obscuro (verde botella), que armoniza con blanco opaco, gris claro, ladrillo obscuro, nuez, *gristaupe* y todos los grises claros con excepción del perla, y, en fin, el marfil. Ofrecen contrastes de armonía, sin desentono, las combinaciones del verde obscuro con el oro y el plateado, no muy brillosos. El color ladrillo puede llevarse con verde obscuro si los verdes son *souples*, preferiblemente sedas con poco brillo, el gris claro; y si se quiere llevar verde con nuez, cuídese que el primer color tenga más brillo que el otro.

El color ladrillo armoniza, ante todo, con el blanco, el azul obscuro, el negro, y todos los grises que se acercan al plateado y al avellana. Con todos los otros colores choca desagradablemente a toda persona que "siente" el color.

Las armonías y los contrastes se evidencian cuando los colores son aparejados más o menos con iguales proporciones. Por ejemplo, un traje por mitad blanco y por otra mitad colorado, o verde-bandera, resulta una barbaridad. Un vestido de *crêpe* violeta con mangas coloradas es otra barbaridad, a pesar de ser una reciente creación parisiense.

El blanco desentona con: amarillo pálido, gris, lila brilloso, rosa brilloso, colorado, verde-bandera, verde-cobre violeta-desteñido.

Con el negro desentonan: azul obscuro, azul, gris plomo, marrón obscuro, morado, arena obscuro, violeta cargado. Si el violeta es opaco y en proporción menor de negro, puede sentar.

El gris juntándose con el negro nos da una impresión de tristeza sin armonía. El color arena claro queda muy bien con el negro.

El gris desentona en los casos siguientes: *gris beige* y colorado, gris pálido y plata gris perla y verde vivo, gris y lila, gris obscuro y violeta, gris y rosa.

El azul obscuro no armoniza con: celeste, gris-verde, lila fuerte, marrón obscuro, negro, morado, verde vivo, violeta brilloso. Lila y *bleu* pueden juntarse si uno de los dos es opaco. El azul claro desentona con el amarillo-cromo, lila, marrón, colorado, verde claro y obscuro y violeta, y con todos los otros colores no nombrados, sobre todo si el azul es brillante.

Por lo general las tonalidades del color azul no armonizan entre sí.

El oro del Rhin

El Rhin lleva en sus aguas pepitas de oro. El asunto no es nuevo. Ha sido hasta puesto en música. Pero hasta ahora no se había hecho el cálculo de la cantidad de oro que arrastran las ondas del aurífero río. Un profesor de química, de Berlín, después de profundos estudios, ha llegado a la conclusión de que por un metro cúbico de agua se pueden recoger tres milésimas de miligramo de oro. De donde este sabio deduce, bajo su propia responsabilidad, naturalmente, que cada año el río famoso arrastra 200 kilos de oro puro.

El negocio es cosa baladí. El mejor día surge una Sociedad anónima, de unos cuantos millones, para explotarlo.



LA CHÚCARA

Por Javier de Viana

—¿Me podría decir ande queda la estancia de don Higinio Fuentes?...

—¿Del finao Higinio?...

—¿Ha muerto?

—¿El pardo Higinio?... ¡Hace rato!...

—No sabía... ¿La estancia queda?...

—¡Qué estancia!... ¡Una chacra, y gracias!... Vea... Agarre ese camino que va pu'el bajo y al llegar a una tapera con tres ombuses que va encontrar pa la zurda, dispués de vandiar un arroyito pelao, tuerza pa la derecha, derechito a un tala que se ve allá lejos... Al lao del tala hay una portada que se abre sobre un camino. Dueble a la izquierda. Como a una legua va'encontrar un boliche; deje el boliche a la izquierda y siga rumbo al cerro Ladiáo, cargando a la derecha, pa despuntar un bañao fierón. Di'ái arranca una senda que lo lleva al paso'e las Tacuaras, en el arrayancito..., el paso es malevón..., cáiga del lao de abajo y al llegar al medio — está bastante lleno el arroyo, le ha de dar pu'el cuadril a su overo, — ladéese un poco p'arriba, enderezando pa la punta'el arenal... Allí ya encuentra la ladera; la sigue costiando hasta llegar a una gran isla'e molles. Deja l'aisla a la izquierda, y allacito no más, v'a divisar los ranchos del negro Benito... Allí pídale algún pichón de cuervo que lo acompañe, porque sino, sin ser baquiano, no llega nunca a la chacra del finao Higinio, qu'está escondida en la sierra con más espinas que nido'e chimango. Y abra el ojo, porque perdices no son capones y en la sierra hay sabandijas de tuitas layas.

—Gracias, amigo; hasta la vista.

—De nada, amigo; que le vaya güeno.

Lisandro Ortega continuó el camino indicado, a trote lento, porque el overo llevaba comidas ya muchas leguas y comenzaba a ponerse pesadón, y el mozo era suficientemente gaucho para recordar que "al caballo y al amigo, no hay que cansarlos".

Hacía dos días que viajaba. Al abandonar la estancia de la Víbora, a raíz de un altercado con el patrón por haberlo reprendido groseramente y sin motivo, un forastero le dijo que en la estancia de Higinio Fuentes, en los Arrayanes, se necesitaba un peón de confianza. Y como no le gustaba estar de holgazán, ensilló y se largó para los Arrayanes.

No conocía el pago, y menos aún al nombrado Higinio Fuentes; pero una y otra cosa le eran indiferentes. El quería trabajar y en esta época las colocaciones escaseaban. En todo caso, si el acomodo no le convenía, contaba con el tiempo y el caballo para pegar la sentada y rumbear para otro lado.

Siguiendo las indicaciones que le dierá el viejo encontrado en el camino, encontró la tapera con los tres ombúes, vadeó el "arroyito pelao", pasó de largo por el boliche, atravesó sin contratiempos el "bañao fierón", pasó a velapié el arrayancito y llegó a los ranchos del negro Benito.

Allí volvió a indagar y una morena vieja le contestó:

—Nu'está mu lejo lu'el finao ño Higinio..., pero es adentro mesmo 'e la sierra y la sierra es más fiera que lechuzón... Carculo que no v'a dar con l'estancia 'el finao ño Higinio.

—Si me indilga un poco.

—Ni asina... Yo lo vi'a hacer acompañar con uno 'e mis muchachos... A ver, Niceto, montá en el petiso cebruno y acompañá al hombre...

Un negrito de ocho años, panzudo y de pata en el suelo, montó sin hacerse rogar. Lisandro dió las gracias, se despidió y partieron.

Serpenteando por entre las breñas, molles y talas por todas partes, espina-de-cruz en unos sitios y en otros sombra-de-toros; ora trepando y ora descendiendo y ora ladereando el cerro adusto, tranquearon cerca de una hora y ya se iba instalando la noche cuando llegaron a la casa del finado Higinio.

Eran unos pobres ranchos, negreando en el fondo de un vallecito, recostados a la espalda boscosa de la sierra.

Hacía seis meses que Lisandro estaba a cargo del establecimiento, que no era propiamente una estancia, pero que tampoco merecía el despreciativo calificativo de "chacra" que le diera el viejo paisano encontrado en el camino.

La hacienda mayor no pasaba de doscientas reses; pero en cambio prosperaba una linda majada de más de tres mil ovejas.

Y todo aquello, en un campo incomparablemente "sucio" y a merced de vagos y bandoleros, no era tarea fácil, ni tranquila, ni exenta de peligros.

Sin embargo, el forastero se encontraba muy a gusto en aquel medio cerril y taciturno, muy en consonancia con su carácter. Y además muy contento con la gente de la casa, que eran, la viuda de Fuentes, su hija Macaria y su hijo Nepomuceno, un muchacho de doce años.

La patrona personificaba ese antiguo tipo de paisana llanota y buena a carta cabal. Contentísima con su mayordomo, que trabajaba mucho, hablaba muy poco y se mostraba siempre serio, sin pecar de torvo ni malhumorado — encantada con tan singular adquisición, le fué cobrando cariño y no demoró en considerarlo como de la familia.

Nepomuceno era un excelente muchacho, que quería y respetaba al capataz. El y un pardito de poco mayor edad, constituían el personal de la estancia.

La menos accesible era Macaria.

Tendría diez y ocho años, pero representaba más. De poca estatura, estaba, sin embargo, admirablemente formada. Ancha la espalda, el pecho recio, pero armonioso; un tanto gruesa la cintura, que jamás conoció las torturas del corsé; amplias las caderas, rollizos y bien dibujados los muslos; pequeñísimos los pies y las manos... El rostro, color de trigo, era casi redondo, la nariz algo roma, los labios gruesos, los ojos grandes y negros, las cejas copiosas, la frente recta y la cabeza tapizada por frondosa y luciente cabellera de azabache.

Pasaba casi todo el tiempo en la sierra, trepando riscos, buscando nidos y frutas silvestres, matando víboras y lagartos.

Era aun más silenciosa que Lisandro. Su fisonomía, habitualmente plácida, descomponía de súbito cuando alguien la sorprendía en sus continuos embebecimientos. Como los gatos, en caso semejante, se encrespaba, fruncía el ceño y se le dilataban enormemente las pupilas, dando al semblante una expresión mala, de desconfianza, de agresividad.

Si llegaba a las casas un forastero, acontecimiento raro, huía al matorral y no regresaba hasta que aquél hubiera partido, o hasta que las sombras le permitían volver disimulándose, rampando así, como un felino.

Su hermosura atrajo a más de un mozo del pago; pero todos, uno tras otro, tuvieron que marcharse cariacontecidos. No había forma de acercársele, ni de hablarle cinco minutos seguidos; ante la más inocente lisonja su rostro adquiría la dureza del gato arisco; ante la insinuación de un requiebro, pegaba un brinco y huía para no aparecer mientras no se hubiese marchado el forastero.

La habían puesto por apodo la "Chúcara", y si bien muchos la codiciaban, ya no quedaba en el contorno ningún mozo que se atreviese a cortejarla.

Lisandro no escapó tampoco al encanto, a la seducción de la linda y extraña criolla. La sufrió tal vez más que otro cualquiera, porque su propia alma tenía un punto de contacto con la de Macaria.

Empero, demasiado observador, reflexivo y receloso, era él también, para aventurarse en peligrosas tentativas.

Supo dominarse y guardar severamente oculto su cariño que sentía crecer dentro de su corazón, día por día.

Sin embargo, observó que ella se iba mostrando menos huraña y hasta solía



En una Copa de Agua puede Ud. hallar la Muerte

Tenga cuidado con el agua que usted consume; cerciórese si es buena. Sepa que el AGUA es el vehículo de muchas enfermedades peligrosas.

NO OLVIDE QUE PREVER ES CURAR

No consuma AGUA alguna que NO SEA PURA EN SU CASA PUEDE USTED PURIFICARLA CON

El Botellón Esterilizador del Prof. Dr. HOTTINGER

que en el corto tiempo de una hora, esteriliza el agua más contaminada. Hoy mismo debe adquirir uno para su tranquilidad y la de los suyos.

EN LA CAPITAL DE VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.—Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901.—Droguería del Indio, Rivadavia, 1501.—Beretervide y Leonardini, Piedras, 170.—Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301.—Heinlein y Cía., Av. de Mayo, 1402.—R. Martínez y Cía., Rivadavia, 1001.—Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.—Guanziroli y Cía., Sarmiento, 1431.—Angeleri Jacuzzi y Cía., Callao, 98.—Cerini Hnos., Sarmiento, 1202.—Juan Faccaro, Bmé. Mitre, 2599.—Medina y Cía., Rivadavia, 865.—Schmitz Hnos., Alsina, 2639.—Alejandro Colven, Viamonte, 933.—Spinedi y Grundwald, Callao, 666.—Rafuls y Cía., Moreno, 862.—Casa Ubalde, Maipú, 327.—Pablo Kolbé y Cía., Moreno, 1202.—R. Greshake, Esmeralda, 146.—Federico Clarfeld y Cía., P. Colón, 746.—A. Pfeiffer y Cía., Perú, 425.—Portes Hnos., Rivadavia, 1982.—Vicente Scannapieco, Tucumán, 800.—Farmacia del Norte, C. Pellegrini y Santa Fe.—Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512.—Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302.—Farmacia Mugica, Chile esq. E. Ríos.—Carlos Dietsch, Las Heras, 3501.—Souto y Cía., Rivadavia, 3000.—Dr. Carlos A. Peiti, C. Pellegrini, 163.— Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11.—Farmacia Nelson, Suipacha, 477.—Farmacia Vázquez y Cía., Florida y Lavalle.



A quienes se pueden solicitar precios y detalles.

EL NOMBRE DEL JAZZ-BAND

Las danzas modernas se han extendido tanto, han conquistado tantos lugares, que se puede decir que no existe aldea en donde no hayan entrado, y contados serán los pueblos donde no se sepa lo que son esas orquestas que, originarias de Norte América, se conocen con el nombre de "jazz-band".

Aunque la armonía de éstas no sea muy apetecible, no se puede negar que han influído bastante y han tenido su papel durante algún tiempo. El nombre es lo que primero ha llamado la atención, y ya se preguntan las gentes cuál de las infinitas explicaciones que acerca de él se han dado es la verdadera. La que se tiene por más auténtica que el ruido de tales orquestas arman, al acordarse de las cacerolas, es la que damos a continuación:

Un tal San Have, propietario del café "Schiller", de Chicago, tenía en 1915 para entretener a sus clientes y acompañarles en las danzas, un negro llamado Jasbo Brown. Este tocaba varios instrumentos, tales como la flauta, el oboe y el pistón. Cuando estaba en estado normal, el negro tocaba bastante bien, pero cuando el alcohol le visitaba con exceso, pasaba de un instrumento a otro con una facilidad asombrosa, lo cual originaba un guirigay de mil demonios.

Ahora, este negro, como todos los negros, tenía un sentimiento notable del ritmo, y su sinfonía "futurista" divertía a los parroquianos, que le excitaban gritándoles "¡Vamos, Jasbo! ¡Ahora, Jasbo!" Después, este nombre se transformó en "jazz", y bien pronto surgieron infinidad de imitadores que, sin aguardar a encontrarse en el estado de Jasbo, obtenían el mismo resultado con sus instrumentos.

Tal es lo que parece más verosímil de todas las leyendas acerca del origen de unas orquestas que durante algún tiempo han tenido sus entusiastas.

ocurrir que fuese hacia él, sin objeto, sin motivo determinado.

—¿Trabajó mucho hoy?—preguntóle una vez, mirando al suelo.

—Como siempre—respondió el mozo con su seria cordialidad de siempre.

—¡Ah!...

Y Macaria guardó silencio para decir, al rato, haciendo un esfuerzo:

—Lindo el día, ¿no?

—Muy lindo. Es el otoño bueno, sin calor, sin frío, sin lluvia y sin viento.

Ella permaneció en silencio y con la vista baja. En ese momento el peoncito preguntó desde el galpón:

—¿Largo el lobuno, don Lisandro?

El capataz volvió la cabeza para contestar. Luego, al ir a reanudar la conversación, su mirada se encontró con la mirada de la "Chúcara". Esta, sorprendida, dió media vuelta y salió corriendo.

Esta escena se repitió muchas veces, con escasas variantes; y Lisandro comenzó a impacientarse, creyéndose víctima de una cruel coquetería.

Una tarde, regresando del campo por una senda de la quebrada, la encontró muy preocupada, fija la vista en la copa de un enorme sombra-detoros.

—¿Qué mira? — le preguntó. — ¿Algún nido?

—Sí; de urraca; allá arriba... Debe tener pichones...

Sin decir palabra, Lisandro desmontó, trepó el árbol con grandes dificultades, y con mayores dificultades aun, arrancó el nido codiciado.

Descendió y se lo brindó. Ella lo tomó alegremente y después, sin dar las gracias, preguntó con voz muy dulce:

—¿No tuvo miedo de subir tan alto?

—Cuando se quiere, nada asusta—se atrevió a decir.

Y como ella lo mirase asombrada, enormemente abiertos los ojos, él, completó emocionado:

—¡Y yo la quiero muchísimo a usted!...

Los ojos de la "Chúcara" se agrandaron todavía más, le temblaron los labios, y de pronto, con brusco y violento ademán, le arrojó a la cara el grande y espinoso nido, e intentó huir.

De un brinco, Lisandro estuvo a su lado, la tomó de un puño y le aplicó un feroz rebencazo en la pierna, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Yegua!...

Ella lanzó un grito de dolor, forcejeó por escapar y como no lo consiguiera, bajó la cabeza y se puso a llorar.

—¡Bruto! — dijo; pero su voz era suave, sin cólera, casi cariñosa.

El capataz, enternecido y humillado. le soltó el brazo y intentó disculparse:

—¿Por qué es tan mala?...

—¡Yo... no soy mala... con usted! balbuceó ella sollozando.

—Es mala; si no me quiere, al menos no me haga sufrir.

—Yo lo... quiero...

—¿Me quiere?—exclamó el mozo alborozado.

Y ella, sin levantar del suelo la vista y sin cesar el gimoteo, respondió:

—Sí.

Lisandro no pudo hablar más. Abrió los brazos y la estrechó contra su pecho. Ella se estremeció toda, violentamente, de pie a cabeza, pero no hizo ningún esfuerzo por desasirse.

Dejó escapar un hondo suspiro y su cabeza se rindió sobre el palpitante pecho del mozo...

Añoranzas otoñales

. Volvió el Otoño... ¡Triste
ha de estar nuestra casa!
¡No lucirán las rosas, los jazmines
en sus paredes blancas!
En el antiguo patio rumoroso
no se oirán ya más aquellas pláticas
en donde se reía dulcemente
mientras la luna santa,
como símbolo abstracto del misterio
vertía su fulgor por las ventanas
abiertas, a los cantos de la noche,
de par en par, lo mismo que mi alma...
¡Oh, patio, que fué alcázar de mis sueños
bajo la luna blanca!...

Ya no se oirán las risas de los niños.
ni correrán alegres, por las largas
sendas del jardincito perfumado
donde el Otoño agitará sus rachas...
Ha vuelto el suave Otoño,
con esas noches blancas
en que prendió la luna sus mantones
sobre el jardín ideal de nuestra casa
Caerán de los árboles amigos
las amarillas hojas. ¡Qué nostalgia
envolverá mis soñadores ojos
en esas noches largas!
¡Qué sutilezas hallará mi espíritu
para aliviar mis persistentes ansias,
mientras voy deshilando en el recuerdo
fragmentos de mi vida y mi esperanza!

Vendrán mañanas grises,
y las desnudas ramas
de los sauces y verdes paraísos
contemplaré a través de mis ventanas.
Y rodarán las temblorosas hojas
por las callejas frías, solitarias;
y el jardín de mis sueños
se vestirá con penas y nostalgias.
Luego, en las tardes, la abatida frente
como una flor marchita por el aura,
inclinaré en el libro compañero
evocando visiones adoradas,
para tejer dulcísimos poemas
que daré al viento, cual si fueran dalias
ungidas en los valles del ensueño
con rocío del alma...
Volarán las inquietas mariposas
de mis versos, vistiendo rubias galas,
y se alzarán, de nuevo, bellas flores
en la meseta gris de mi añoranza!

Clarisa Gariola de Diego Arbo.

El pelo corto no es de hoy

¡El pelo corto, la trova, la *tête de garçon!* ¡Qué locas son las mujeres de hoy!, dicen las mujeres de ayer; ¡lo que entre ellas y los peluqueros inventan!

Pues no; no hay nada de inventado; todo es repetido; la moda se repite, y la moda es una gran tirana y no hay más remedio que acatar sus órdenes, y las mujeres jóvenes o las que quieren parecerlo sacrifican sus hermosas cabelleras, risueñas y contentas; es para ellas un placer lo que hace veinte años hubiera sido vergonzosa humillación, cruelísimo sacrificio; pero no han hecho nada nuevo. El sombrero *cloche,* que oculta lo más hermoso que suele tener la mujer española, es una modificación del sombrero tiesto que se llevaba el año 1801, y el pelo a lo *garçon,* una copia del tocado que se usó en 1802.

La revolución francesa introdujo unas modas disparatadas y ridículas.

El lujo excesivo, después del Terror, era imposible que lo soportasen sino muy contados ciudadanos, y la tendencia a imitar las mujeres a las griegas y romanas hizo que en épocas, las mujeres fuesen casi desnudas.

Pero unas sandalias y una túnica draconiana no eran lo más a propósito para andar por el lodo e ir al mercado a hacer la compra. Si en el vestir no lograron ser Cintias ni Aspasias, en el peinado lo consiguieron; se cortaron el pelo como los chicos, y vinieron las cabezas a lo Tito. En algo fueron romanas.

La Revolución hizo desaparecer aquellos armatostes de pelo rizado, alisado, empolvado, lleno de cintajos, de plumas, de flores, de broches, de perlas y de brillantes. Los grandes peinados cayeron, y con ellos, muchas de las cabezas que los llevaron. No valía la pena de gastar tanto para una cosa que podía durar tan poco. Lo más sencillo era lo mejor, se buscó la sencillez y la sencillez llegó a raparse el pelo.

Después del período del pelo corto, aparecieron las pelucas imitando los peinados antiguos, y las cabezas a lo Tito empezaron a dejar de verse y la moda saca las pelucas a lo Berenice, a lo Diana, a lo anillo de Saturno. Más tarde desaparecen las pelucas y sólo se conservan las de mañana, llamadas perezosas, y viene la moda de los colores. El rubio triunfa y se tiñen el pelo, como en nuestros días; pero como en Francia hay muchas rubias, gran número de ellas sienten el deseo de la variedad y, o se tiñen de negro o acuden a las pelucas negras. De nuevo decaen las pelucas; sólo las viejas las usan, y viene la afición a cubrirse la frente con infinidad de rizos. Es la moda de 1790 que vuelve, época en la cual hombres y mujeres medio se cubrían los ojos con greñas y flequillos.

Separar el pelo, peinarlo con los dedos, retorcerlo, atusarlo, era el continuo pasatiempo. Los hombres llevaban todo el pelo a un lado de la cabeza, para tener el gusto de echarlo hacia atrás con una sacudida de la cabeza cuando caía el pelo sobre los ojos, lo que les sucedía a cada momento. Esto se hace hoy también, y como se ve, tampoco es nuevo.

Volvió a aparecer entre las mujeres el peinado a lo Tito, pero no fué aceptado sino por las clases opulentas.

A principios del año 1803, las tres cuartas partes de las elegantes francesas no conservaban de su cabellera sino un pequeño tupé, y vuelve el reinado de los postizos y con ellos la peluca. Aparece el peinado piramidal a la China, y a fines de 1803 triunfa el peinado Ninon.

En el invierno de 1804 las *merveilleuses* se hacen rizar en la cabeza el pelo que para peinarse a lo Tito se habían cortado diez meses antes.

En cuanto al traje de aquella época, parece que las mujeres perdieron el gusto del color; no se daban o no querían darse cuenta del contraste de los colores, de la armonía. Llevaban combinaciones de colores que hacían daño a la vista: un chal rojo sobre un vestido amarillo, una túnica azul y un chal anaranjado.

El vestido tiene en esa época un aire de abandono, de indiferencia grandes.

El sombrero usado por las elegantes es el de paja blanca llamado a la Pamela, de alas bajas, sujeto a la barbilla por una ancha cinta de terciopelo.

Un cuplé que se cantó en aquella época puede dar idea del mal gusto que reinaba entre las elegantes parisienses durante los tres primeros años del siglo pasado:

Tengo un traje de amaranto,
un sombrero coquetón,
chal y zapatos bermejos:
no hay elegancia mayor.



SIN PASTOR

Por J. García Mercadal

En el corazón ceñudo y sombrío de la sierra, al socaire de un ingente risco formado por peladas rocas cimeras, acurrúcanse las casuchas terrosas de humilde pueblecillo serrano.

Durante el día, el sol de lo alto suele brillar sobre el verde tapiz aterciopelado del pinar, dejando besos de oro en aquellas miseriosas viviendas perdidas por semejante olvidado rincón del mundo. Durante la noche, cuando las sombras descienden desde las cumbres para señorear el valle, por entre las callejuelas del villorrio cruza ululante el viento, evocando en el medroso espíritu de aquellas gentes sencillas variadas leyendas de brujas y de aparecidos.

En la cocina de una de aquellas casas de barro, bajo el achaparrado humero de la chimenea, dos mujeres, madre e hija, rezan y tiemblan empavorecidas, mientras la primera va deslizando por entre sus dedos las cuentas del rosario. Chisporrotea la encendida hoguera, que alumbra la estancia, fingiendo sobre los muros todo un regocijado carnaval de bullidores monstruos deformes al arrojar sobre aquéllos las sombras de las dos mujeres agazapadas junto al fuego.

A medida que la noche avanza, la inquietud de las mujeres, azuzada por la espera, crece. Muy de temprano dejó la aldea el pastor y aun no ha vuelto. Mientras la esposa reza, la hija, sin olvidarse de contestar a las avemarías, reanima y sostiene con brazados de ramulla la encrespada fogata del hogar.

Viniendo de lejos, llegan hasta sus oídos diez campanadas, que gotean con morosa lentitud sobre la serena laguna de silencio que forma la quietud del pueblo.

* * *

A media tarde, luego de haber pasado el día por los altos, el pastor se detuvo en el cabo de un repecho y llevóse la mano a la altura de los ojos, oteando el extenso roquedal de la vertiente para buscar el rastro de dos ovejas perdidas, echadas en falta al recoger el hato antes de emprender el regreso a la aldea. A su lado, el mastín, de fieros ojos y pelo fosco, encorbatado con la ferradá carlanca, parecía beber los vientos para buscar en el aire el rastro de las prófugas. A la izquierda, junto a una corraliza, el rebaño se replegaba medroso, aterido por el frío de la nieve, que caía sobre sus vellones, empapándolos en agua helada.

Miraba el pastor en todas direcciones sin encontrar lo que buscaba, y su inquietud subía de punto al advertir que el crepúsculo, nada preciso por andar el sol arropado tras espeso matorral de nubes, se iba obscureciendo paulatinamente, trayendo en sus entrañas las inclemencias de una noche glacial.

Volver al pueblo sin las ovejas era idea que no engranaba en la máquina pensante del pastor. Dejarlas en la sierra y aguardar la luz del nuevo día para buscarlas, fuera bueno si no hubiese nieve sobre la tierra y sobre la nieve lobos. Pero con lobos y con nieve, dejar que las ovejas pasasen la noche en el monte era tanto como entregarlas en manos de un destino adverso y seguro.

¡Perder las ovejas! Bien sabía el pastor lo que tal cosa significaba. Era volver al pueblo y tener una trifulca con el amo, era exponerse a ser despedido, era llegar a casa y no tener para encender el fuego, para echar judías en el puchero y aceite en la sartén; era el hambre de los suyos; quién sabe si su perdición y su muerte.

Por fin, en la hondonada, al pie de unas lomas, el pastor creyó distinguir aquello que con tanto interés buscaba. Sí, sí; sus ojos, avezados a los panoramas serranos, no podían engañarlo. Eran las dos ovejas, cuya silueta apenas si podía precisarse sobre la blanca sábana de la nieve. ¡Cómo habrían ido a parar tan lejos las condenadas!

Aferrando las manos en los salientes de las peñas comenzó el pastor su arriesgado camino en busca de las fugitivas. El descenso era sumamente difícil, porque la tierra estaba húmeda y la nieve cubría a trozos la vertiente. Sin embargo, el cumplimiento de su deber y el temor al castigo impulsáronle sin vacilaciones a seguir por aquella tan peligrosa ruta.

Hacia la mitad de la cortadura estaba, cuando, al poner el pie izquierdo sobre un saliente donde ya tuviera colocado el derecho, sintió que la piedra se removía...

Fué un grito no más, un "¡Ay, Jesús mío!", que se perdió en el desierto roquero de la sierra.

El cuerpo del pastor fué a caer cerca de donde las ovejas se encontraban, hundiéndose en la nieve como en una fosa. Pasado algún tiempo, al ver las ovejas que aquello que cayera no se movía, acercáronse sin temor y comenzaron a lamerle las manos y la cabeza, de cuya frente manaba un hilillo de sangre con que se enrojecía la blancura purísima de la nieve.

De lejos llegaron doce campanadas, que sonaron tan lentas, tan lentas, que se diría cada una aguardaba la extinción de todo eco de la anterior para hacerse ella oir.

Medianoche, madre—exclamó la hija, abriendo mucho los ojos para espantar las asechanzas del sueño.

—¡Y tu padre, sin volver!—agregó la madre, que parecía dormir al lado de la lumbre, aunque, en realidad, no pasase de tener muy cerrados los ojos del cuerpo para tener más abiertos los del alma, que la llenaban, con lo que veían, de zozobra y de angustias.

En el hogar el fuego desfallecía bajo una gruesa capa de ceniza. Por el hueco de la chimenea caían los copos de la nieve, crepitando sobre las brasas a medio consumir.

De pronto oyéronse en la puerta indicios como de alguien que estuviera fuera arañando en ella.

—Sal a ver quién es, hija—dijo la madre, sintiendo acrecerse el presentimiento de haber ocurrido una grave desgracia.

La hija fué a la puerta y descorrió el pesado cerrojo.

Antes de que tirase de él, la puerta abrióse violentamente, impulsada desde fuera, y a tiempo que una bocanada de aire frío hacía temblar a las pobres mujeres, un bulto negro precipitóse en el interior de la cocina y fué a caer completamente extenuado delante del fogón.

Era el mastín con sus fieros ojos y su pecho abultado, con su fuerte y dura cabeza, con sus orejas recortadas, con su cuerpo nervudo vestido de pelo fosco, cubierto de nieve, rendido, agotadas por entero sus fuerzas.

Las mujeres, al verlo entrar solo, sin que tras él siguiera el pastor, quedaron envueltas por la seguridad de su infortunio.

—¿Y mi padre?—gritó la hija en las mismas orejas del perro.

El mastín, mirándola con sus ojos duros, que en vano quisieran dulcificar sus miradas, hubo de lanzar al aire lastimeros aullidos, enderezados hacia la noche amenazante a través de la puerta, de par en par abierta.

—¡Pobre padre mío! ¡Muerto, muerto!—gritó la hija desplomándose en brazos de su madre.

Y mientras las dos mujeres se deshacían en sollozos, por la puerta, que quedara abierta, iban entrando las ovejas, una a una, deteniéndose absortas ante el grupo. Las ovejas de aquel rebaño que había quedado sin pastor.



Pequeños apuntes tomados al pasar...

¡Cómo recordar las muchas cosas que se nos ocurrieron en un largo viaje de tranvía y que ahora, frente a la virgen carilla, se alejan, se anulan, desaparecen de esa jaula misteriosa que se llama cerebro, donde las traíamos ocultas, seguros de que estarían allí cuando fuéramos por ellas! Sin embargo, aun tomándolas al vuelo, todavía es posible que recordemos algunas...

☆

¿Por qué nos comunicarán esa impresión de disgusto los tacos torcidos de ese caballero que marcha delante de nosotros? Quisiéramos advertírselo, pero no. Callamos... Luego, pensamos que algún día escribiremos la psicología de los tacos torcidos... Sí, buscaremos el alma en cosas que no tienen alma

☆

Pienso que debían ser suprimidas las vidrieras de las casas "ortopédicas". ¿Por qué? Por... "inmorales". Sí, lector, esa y no otra es la palabra. Porque en ellas se muestra—sin contemplación alguna—todos esos aparatos repulsivos con los cuales quieren los mercaderes que los venden perfeccionar lo imperfecto de algunos cuerpos. Por eso, cuando paso junto a una vidriera de esas, dudo de que las mujeres que cruzan a mi lado sean tan hermosas como lo parecen. Dudo...

Los "canillitas" cuando gritan "con el espantoso y bárbaro crimen" ponen tanto entusiasmo en esas palabras que le hacen a uno pensar qué sienten tristeza por no ser ellos los protagonistas de ese "espantoso y bárbaro crimen", cuyas fotografías ilustran las páginas del periódico.

Son originales las posturas que toman algunas personas cuando se afirman en esas manijas blancas del subterráneo...

Creo que no existen personas más curiosas que las que usan lentes. ¿Será porque ven menos—o creen ver menos—que los demás?

Julio FRANZOSO.

El misterio de Júpiter

Durante los meses de julio, agosto y septiembre, Júpiter alcanza su máximo esplendor. Después, gradualmente, su brillo declina hasta casi desaparecer a principios de octubre.

La enorme velocidad de su movimiento de rotación causa el aplastamiento de los polos, de tal manera, que el diámetro ecuatorial—90.000 millas—excede al diámetro polar en 5.620 millas.

Un problema interesante es el de si la superficie de Júpiter está compuesta de materia semilíquida o si la superficie visible está constituída simplemente por un espeso conglomerado de nubes.

Si los datos conocidos acerca del planeta nos aconsejaran la concepción de que es la suya una naturaleza transitoria, la última teoría podría ser razonablemente aceptada; pero la tenaz persistencia durante muy largos períodos de éstas que algunos reputan nubes, y sin una posición fija, nos inclina hacia la teoría de una superficie semilíquida.

Este dato es de una gran importancia por su relación con el fenómeno que ofrece la rotación axil del planeta.

Júpiter no gira sobre sí mismo, como la tierra, en un espacio igual de tiempo. Las regiones ecuatoriales tardan en una rotación completa cinco minutos menos que el resto de la superficie.

Para más claridad las regiones ecuatoriales giran en nueve horas, 50 ½ minutos, las otras regiones en nueve horas, 55 ½ minutos.

Las regiones ecuatoriales de Júpiter, que gozan el privilegio de esta notable rotación independiente, tienen una extensión de unas 12.000 millas aproximadamente, esto es, una vez media el diámetro de la tierra.

Cualquier punto de los trópicos gira 240 millas por hora más ligero que cualquier otro punto situado en distinta latitud.

Así, pues, un habitante del Ecuador de Júpiter disfrutaría de ocho días más cada doce meses que si habitara otras regiones del planeta.

La ciudad milagrosa

SHANGHAI

(Del interesante libro que, bajo este título, acaba de publicar el distinguido escritor español don Federico García Sanchiz, que en breve nos visitará, reproducimos los siguientes fragmentos)

Costra

El *Wang-Po* recibe al pie del Consulado de Rusia el tributo del *Soochow Creek*, camino acuático que viene del interior, donde enlaza con el legendario *Canal Imperial*, máxima ruta de la China, que no conoce o descuidó las carreteras.

Atraviesa la vena secundaria un gran puente de hierro, apenas apoyado en sus ligeros estribos, y enjaulado en unos formidables tinglados aéreos. Pasan por allí los *rickshaws*, a centenares, como si formasen cadena; *autos*, tranvías y una multitud de peatones, siempre arrolladora durante la jornada. Por debajo de sus trémulas planchas se deslizan las embarcaciones menores, casi todas de los indígenas.

En la margen del Consulado de Inglaterra, estufas con orquídeas y otras plantas extraordinarias. Más allá el *Club de Regatas*, y, en torno a su barracón, los balandros, y unos yates coquetones de casco inmaculado y toldo que ofrece una sombra de terraza en un café mediterráneo. Pueblan el embarcadero, ingleses en calzoncillos y con unas botas recias, dispuestos al canoaje tradicional en su raza.

Enfrente un muelle, donde están secándose unas doradas cebollas, y con una ringla de árboles, de plátanos. No falta nunca algún *celeste* que pasea un pájaro, convidándolo a respirar el aliento fluvial, mostrándole las naves mejores. Paralela se halla una calzada, y le sirven de marco unos edificios con torrecillas y de ladrillo encarnado, evocadores de la urbanización holandesa.

Al fondo, otro puente, esquemático, y la monumentalidad del *Post-Office*, inmensa pala de granito, y en el asa, en un torreón, el reloj, que se enciende de noche.

La actividad política y mercantil de la Concesión Internacional bulle en tierra, y mientras el agua, que pertenece al gobierno de China, se pudre bajo sus parásitos, los sampanes.

En vano una draga valetudinaria, que labora ahogándose como un viejo con asma, vierte el extraído cieno en unas gabarras, blanquecinas por dentro en fuerza de haberse endurecido barro en ellas.

Muchos de los sampanes, por causa de la marea yacen en el propio lecho del canalizado pantano, en el betún pestilente, y que la luz del aire tornasola. Los demás, y algunos juncos, flotan unidos por unas cuerdas, y recogidas las pértigas de bambú en haz, menos la que se utilizó para tender ropa. Todas tienen en la popa el ancla, liviana, dos medias lunas cruzándose, araña que intenta subir a bordo; quizás la que ha tejido esa bolsuda telaraña que es la embarcación gris y blanda.

Sorprende oír piídos de polluelos, sin duda numerosos, aunque invisibles.

Alguna mujer lava en la suciedad de la corriente, suciedad que no impide que su marido se bañe en la zona sombreada por el sampán, pues, y a pesar de las neblinas primaverales, el sol calienta, quema. Es mediodía.

Los niños juegan a pescar, con una bola de red al extremo de una caña verde. Andan en completa desnudez, como su padre.

Arcadia lacustre que ignora o desdeña la vecindad del *Bund*, incapacitado para intervenir y amonestar a los pobladores del vivac, dependientes, en tanto siguen en su vivienda flotante, no de los cónsules, sino del *taotai*, el gobernador chino.

Al crepúsculo, la extraña población, durante el día dispersa en coágulos, especie de nenúfares tremendos, engrandece y cierra en una inmensa plataforma... Los pequeños yates, los balandros, se agrupan junto al *Club de Regatas*, acobardados, como temerosos de un contagio.

Regresaron de su trabajosa bohemia las flotillas partidas al amanecer, y con sus velas de estera improvisan tiendas redondas. Apenas se distingue a los tripulantes, que, en compensación, gritan y se pelean. Aquí y allá, la melena ígnea del fuego con que se cocina, linternas solitarias, tristes. Los voltaicos del muelle, filtrando su claridad lechosa a través de los plátanos, por efecto de ella, con aspecto de huecos y cristalinos, descubren un pedazo del campamemento, como el reflector del *music-hall* una escena exótica...

Centenares, miles de familias viven en los sampanes, y jamás bajan a tierra. A bordo se constituyen y se agotan. Sin reposar en su laboriosidad incomprensible, ni aliviarse con una musiquita o una canción. Tal vez en lo hondo de las barcazas, de una vetustez inmemorial, existe la yacija donde fumar la pipa de opio...

Chirría en las tinieblas uno de los sampanes. De seguro quiere mecerse para calmar al bebé que llora, último de la tribu que la nave viene cuneando de antiguo.

Viejo soldado

A la salida del puente, si nos dirigimos al *Bund*, se halla el *Jardín Público*, especie de codera en la confluencia del río y el canal. Su verdura y sus flores asoman a uno y otro, y ninguno de los dos las espejean, por la coloración del agua. Allí toca una banda por las tardes, se toman refrescos, situándose a su gusto, bajo los árboles o en la *pelouse*. A veces, surgen entretenimientos inesperados. Recuerdo a unas tortugas que luchaban por ganar el pretil, y, cuando ya habían conseguido afianzarse en la rampa de granito, el paso de un remolcador, levantando oleaje, devolvíalas a la corriente...

Tiene puertas el reducido y amable parque, pues sólo se permite la entrada a los extranjeros. Es decir, únicamente se rechaza a los chinos.

Entre diversas curiosidades, como el obelisco a los voluntarios de la *Ever Victorious Army*, figura un kiosco con montera de paja, remedo de los bohíos tropicales. Sin duda, por eso suele estacionarse a su amparo un negro, uno de los pocos negros residentes en Shanghai, prófugo de una tripulación o artista del banjo.

Un limpiabotas comparte la choza con el americano de color, y, para el desempeño de su industria, llevó una silla de madera curvada, en obsequio al cliente, pintándola del mismo tono de lacre que inflama el estuche de los utensilios.

Sesenta años deberá contar, y es corpulento, con el cráneo rapado y la cara de calmuco. Lleva una blusa, ceñida por una correa, y unos pantalones negros y bolsudos. Digámoslo sin rodeos: es un antiguo coronel del Zar...

Yo buscaba su mirada, pensando encontrar luces de la tragedia íntima, pero él ha clavado sus ojos en mis zapatos, satisfactoria, profesionalmente.

¡Sorpresas de la psicología rusa, aplicada a un coronel!

Los cachorros

Pasa en *rickshaw* una niña blanca. Se reclinó en el cochecillo, y, al llegar a una esquina, con la diestra, y con un mohín de persona a la que se interrumpe en sus preocupaciones, responde a la muda interrogación del *cooli*, que ha vuelto su testa sudada y greñuda, dudando entre seguir la ruta que llevaba o doblar por la calle que se ofrece de pronto... Ocho años tendrá la rapaza; mas ya se habituó a caminar libremente y a gobernar a los esclavos.

En efecto, los chicos de Shanghai viven casi emancipados de su familia. Criaturas de mestizajes vagos, en ocasiones ilusorios, simple mimetismo debido al ambiente, que en la mayoría de los casos se manifiesta con una dorada morenez y los ojos verdes, poseen una prematura expresión enérgica, de independencia; el *self control*, desde que andan por su pie.

Han adivinado las arbitrariedades de mamá, y escucharon terribles murmuraciones acerca de papá, para colmo, borracho. Sólo por fotografía conocen a sus abuelos, si los conocen... En Europa, saldría de ahí una infancia triste, precozmente reflexiva. La atmósfera heroica del *Far East* no hace sino criar cachorros bellísimos.

Chinese garden

Próximo al *Post Office*, y al borde del agua, hay un jardín chino, para los chinos, pues su particularidad no consiste en su estilo, sino en que sus visitantes pertenecen exclusivamente a la raza amarilla. Se les negó el acceso a los demás jardines de la ciudad, y hubo que reservarles el que llamaríamos de consolación.

Reseco, polvoriento, sobre el césped traspillado y entre los árboles opacos por la suciedad, no atesora más riquezas que unos cónicos pabellones encaperuzados de paja. Ni flores, ni una fuente, nada. Por excepción, dos o tres monolitos...

De ordinario, permanece desierto, mustiándose en la soledad.

Ahora lo animan unos pocos *celestes*, de clase humilde, agrupados en círculo alrededor de un bebé que chilla y corre tambaleándose. Padre y sus amigos ríen con una cordialidad espontánea, contagiosa.

Un *rickshaw* desalquilado queda en la entrada, y su *cooli* ha ido a acodarse en la baranda del canal, seducido por el indolente desfile de los sampanes.

Un biombo de Coromandel

Los periódicos dan la noticia del suicidio de una cortesana china y del de sus dos amantes. En unas pocas líneas, entre los reclamos de un óptico y de una compañía de navegación. Porque abundan con exceso los suicidas, sin contar que no es de buen tono interesarse por las gentes del país.

Pero era Siang-Iuin la cortesana, *Siang-Iuin*, que hacía soñar como el retrato de una dama desconocida y antigua, y a quien ya no veré más, con su encanto milenario y leve de *chinoiserie*...

Aquel letrado que la acompañaba la tarde del *Majestic* se moría de celos.

Nunca le traicionó su inquietud. No olvidemos que la moral asiática preconiza el disimulo del sufrimiento. Los chinos superan en ese arte a los japoneses, cuya sonrisa descubre la hipocresía, mejor que el heroísmo de su raza. El chino ha llegado a la impasibilidad del propio Buda, volatilizada en insinuaciones. Todo lo calla y todo lo dice... La expresión de un *celeste* es un estado de alma, no suyo, sino del espectador, que proyecta sus momentáneos sentimientos sobre las amarillas carátulas, a un tiempo risueñas y dolorosas, como Amiel gozaba o sufría, según su humor, con el paisaje, y los remotos sacerdotes interpretaban el oráculo conforme a la conveniencia del instante.

Ayer, el infeliz se ha envenenado con unas bolitas de opio.

No sin escribir en su misma piel el nombre de su rival, venganza póstuma, de uso corriente en China, donde el mercader arruinado por un colega va a degollarse a la tienda de éste, con que la justicia y la voz popular persiguen al comerciante victorioso, acarreándole conflictos de todas clases.

También educado en Confucio, alternando el cultivo de la filosofía con la devoción a los sauces y el jade, no más pálidos y suaves que su espíritu, no iba el otro enamorado a imitar al tendero, que, ante una de esas represalias de ultratumba, soborna a las autoridades y se traslada de barrio. Optó por matarse, cuidando sólo de no aparecer mutilado ni con heridas. Se ahorcó con un cordón de seda.

Ninguno de entrambos muertos había aludido a *Nube Perfumada*. Ella, que en París o Nueva York, es decir, de ser blanca, seguramente aprovecha el escándalo para conseguir la *vedette* en un *music-hall*; y que no quería a sus protectores, se consideró obligada a morir, absorbiendo una hoja de oro, que le impedía respirar, hasta que terminó por asfixiarse. Una vez más se han respetado las tradiciones nacionales, que exigen el sacrificio absoluto.

Yo he asistido impersonalmente al drama, con una curiosidad artística.

Delante de mí fueron cerrándose los tableros de un biombo de Coromandel.

El desaliento

No dejes que el desaliento al dominarte traiga tu tortura. Canta en el combate con el ardor de un afiebrado lírico y sobre cada caída reflexiona, pues la tranquilidad te hará lo que ansíes con tesonero entusiasmo.

El desánimo te llenará de cobardía y ella puede aniquilarte la voluntad de vencer.

No vivas lleno de incertidumbre por soñar en tu desamparo, porque la justicia de tu causa no te dará aniquilamientos, ya que el dolor quiere probarte, y de sus pruebas saldrás fortalecido.

Canta y prosigue, que nada ni nadie ha de quitarte la felicidad.

Oscar Alberto IBAR.

LOS ÚLTIMOS FELICES

Por Rafael Ruiz López

Llegaban al cielo constantemente quejas y alaridos que turbaban la augusta beatitud de aquellos lugares sagrados. Los santos recibían numerosas peticiones a cual más disparatada, y no se daban punto de reposo y todo se les volvía ir y tornar al trono de Dios para abogar por los habitantes de la tierra.

A muchas peticiones, Dios, que es la esencia de la bondad infinita, se hacía el sordo, como cualquier padre verdaderamente humano hace oídos de mercader cuando un hijo, excesivamente mimoso, le pide que le traiga una pomada para que le nazca pronto el bigote, un tren que produzca catástrofes o un cañón del 42 para matar primorosos pajarillos. Pero tanto y tanto le pidieron, tan desordenadas andaban las cosas, en la tierra y tan desgraciados se manifestaban los hombres, que decidió enviar un santo para que remediara en lo posible el desbarajuste reinante.

En primer lugar pensó en San Severo; pero temió que la seriedad y rectitud de su carácter empeorara el asunto en lugar de arreglarlo. San Severo era poco amigo de contemplaciones; no gustaba mucho de la empalagosa diplomacia ni era partidario de emplear eufemismos, sino de llamar a las cosas por su nombre. Y Dios sabía que, al enviarle a la tierra, Severo habría preparado por todo equipaje no paños de lágrimas, sino un látigo morrocotudo.

—Otro emisario—se dijo—necesitan aquellos infelices.

Y, repasando su memoria, vino a elegir, entre todos los santos que llenan la gloria, a San Modesto.

—Tú sabes—le advirtió—que yo di a los seres que se llaman hombres, y que habitan la tierra, la razón y el libre albedrío; que los doté de discernimiento para que pudieran distinguir lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto; que les perdoné el pecado de soberbia y les envié a mi hijo para que les enseñase la verdad y los redimiera. No ignoras lo que hicieron con él. No quiero volver a enviarle a la tierra, porque estoy seguro de que volverían a crucificarle. Tú, Modesto, vas a ir ahora. ¡Pero no tiembles, criatura! Yo haré todo lo que convenga para que las gentes no conozcan que eres santo. Así podrás librarte de las travesuras que pudieran idear contra ti y de los odios terribles que inspira por allá todo varón justo y piadoso. Por lo visto, la gente de la tierra no acaba de comprender la santidad; los poquísimos elegidos que han llegado a mi presencia en estos últimos tiempos pasaron allí por tontos o por locos, o por locos y tontos a la vez, aunque estas dos cosas son antagónicas.

—Pero, ¿tú crees, Señor—preguntó el humilde San Modesto,—que soy capaz de realizar una obra grande? ¿No sería preferible que enviase a tus arcángeles, que pueden trasladarse rápidamente de un lugar a otro a favor de sus alas?

—¡Válgame mi poder, mi admirable Modesto! Tú, que siempre supiste admirarlo todo con la ingenuidad graciosa de un muchacho, ¿no has podido percatarte de que los hombres sienten un odio profundo hacia todo lo que puede elevarse y especialmente hacia todo lo que vuela? Si les enviase a mis arcángeles, se sentirían muy capaces de darles caza a escopetazos.

—Si no a tus arcángeles, Señor, pudieras enviar a otros más a propósito que yo para hacer algo de provecho. ¡Si yo no sé hacer nada, Señor, y aunque pongo en mis acciones toda mi voluntad y todo este amor ardiente que te profeso, mis mejores obras no han servido nunca para nada!...

—Oye, Modesto. Si fuera mi intento hacer cosas deslumbrantes, que causaran asombro en el mundo, no te enviaría, porque te conozco bien y sé que serías muy capaz de no hacerlas. Pero no se trata de nada de eso. Vas a ir sólo con la apariencia de un buen viejecito, y con facultades amplias para realizar todo lo que te pidan, siempre que lo creas justo. Todo mi poder lo pongo en tus manos, con esa sola condición. Vete a la tierra y haz allí felices a cuantos lo merezcan. Y no tiembles ni pases temor alguno; te libraré de persecuciones, haciéndote invisible cuando llegue el caso. ¡Anda y procura hacer todo el bien que puedas con tal de que no esté reñido con la justicia!

Con tales instrucciones y seguridades llegó San Modesto a la tierra y vino a caer en una ciudad muy grande y ruidosa, en la que los hombres caminaban de prisa, con gesto hosco, como si se hubieran levantado tarde para llevar a cabo alguna gestión urgente. Y vió que todos aquellos hombres que marchaban atropellándose sin consideración, no tenían más que un pensamiento: ser ricos, muy ricos, más ricos que todo el mundo, para tener criados y automóviles, para que sus mesas fueran las mejor servidas, para comprar conciencias, que iban, ¡ay!, bastante baratas.

Se acercó a un hombre de aspecto humilde y pacífico, que estaba tranquilamente en la puerta de un comercio, y entabló conversación con él creyendo que sería cosa fácil hacerlo feliz. Pero, de buenas a primeras, el hombrecillo le confesó:

—Tengo mi tienda llena de mercaderías riquísimas; pero la competencia hace que me vea obligado a vender sin ganar apenas el doscientos por ciento. Para ser feliz, yo necesitaría que se incendiasen todas las tiendas de la ciudad; que se hundiesen todos los barcos que conducen mercaderías iguales a las mías, menos los que las traen para mí; que me dejasen tranquilo de competencias, siquiera durante diez añitos, para que todo el que quisiera vestirse tuviese que recurrir a mí.

San Modesto continuó sus indagaciones. Habló con muchos y vió que los deseos más ardorosos de todos eran casi idénticos. El ministro necesitaba que formasen juicio político al presidente para poder colocarse la banda; el subsecretario, que se hundiese el ministro para verse en posesión de la cartera; el banquero, la ruina de los demás banqueros...

El pobre santo se desesperaba. El quería hacer felices a los hombres, pero ¡le pedían unas cosas!...

Ideó volverse al cielo y dar por fracasada su gestión; pero antes quiso pasar por los lugares destinados a diversiones. Penetró en un teatro en el instante en que aplaudían frenéticamente a una joven que había cantado una romanza de una manera admirable. Tuvo deseo de verla de cerca y, aprovechando un momento en que se encontraba sola, entró en su camarín y, ¡oh sorpresa!, la encontró llorando rabiosamente.

—¡Hija mía!—dijo con suave bondad,—¿por qué lloras? Acabas de ser objeto de una gran ovación.

—Sí; pero en cambio han aplaudido también de un modo delirante a la primera tiple, que es una mujer orgullosa e inaguantable.

—Y para ser feliz quisieras cantar como ella, ¿no? Encargarte de sus papeles, ¿verdad?

—No, no necesito tanto; me bastaría con que ella adquiriese una enfermedad en la garganta que la impidiese cantar.

Escandalizado se escabulló San Modesto, y al salir a la calle encontró a un viejecito pegando los carteles que anunciaban las funciones para el día siguiente. El viejo canturreaba satisfecho, y el santo se detuvo a escuchar. Era una de esas canciones que se aprenden en la infancia y que casi carecen de sentido, pero que tienen una ingenuidad y una frescura maravillosas. A pesar de su vejez y de su barba blanca, la tez de aquel anciano era sonrosada como la de un niño, y había una alegría y un brillo en sus ojos que encantaba.

—¿Estás contento, viejo?—preguntó el enviado celeste.

—¿Y por qué no estarlo? ¡Siempre estuve yo alegre! Sólo hace diez años, cuando ya no podía yo con las fatigas del trabajo del tramoyista, me puse triste, porque creí que me iba a faltar el pan. Pero el empresario me empleó en pegar carteles, cosa fácil como ves, y en hacer algunos recados de confianza. Desde entonces pego carteles, y pongo todo mi cuidado en que queden derechitos, muy derechitos y en un sitio en que pueda leerlos bien el público; porque me pagan para eso. Además, el empresario es hombre bueno que sabe estimar el trabajo, y me suele dar algunas alegrías impagables.

—¿Dándote más dinero?

—No; no es hombre que dé mucho. Siempre se queja de que van mal los negocios. El entiende de eso, que es hombre de números. Pero algunas veces me llama y me dice, poniéndome la mano cariñosamente en el hombro, como si fuera un igual mío:—"Viejo, hoy he dado una vuelta en coche para ver los carteles. ¡Y están bien pegados y puestos con inteligencia! ¡Así me gusta! Te felicito, viejo, te felicito". —Y tú no sabes la alegría que me produce esto y los ánimos que me da para seguir pegándolos cada vez mejor.

Maravillado, verdaderamente encantado quedó San Modesto ante aquella felicidad hecha con tan poco. Y quiso saber hasta dónde podía llegar la bondad de aquel viejecito que, mientras realizaba su trabajo, entonaba las inocentes canciones que le enseñó su madre, recordándola. Así dijo:

—¿Sabes que tienes suerte? Yo, en cambio, viejo como tú, me encuentro sin poder hacer nada y paso mis miserias.

—¡Bah! No te aflijas. Tengo yo aquí unos pesos y voy a dártelos para que te alivies en lo que puedas. Al mismo tiempo, si quieres, te enseñaré a pegar carteles y te recomendaré a mi patrón.

—¡Gracias! Yo sé pegarlos. He pegado muchos en mi vida en otras poblaciones.

Y el santo puso manos a la obra con tal ligereza y perfección que el viejo quedó admirado.

—Sí que trabajas bien y con limpieza. Ven y te llevaré a mi empresario. Le diré lo que sabes hacer y te dará trabajo en seguida.

—¿Pero no temes que pueda hacerte la competencia?

—¿Y por qué voy a temer? Encontrar a un hombre que trabaja mejor que uno, siempre es una suerte, porque así puede aprenderse algo más. Dios da para todos.

El santo se sentía dichoso ante aquel hombre, tanto que acabó por confesarle quién era y a lo que había venido, y acabó diciéndole:

—Tú debes tener algún deseo. Dime cuál es tu mayor deseo y yo lo realizaré.

—¿No me engañas?

—No, no te engaño.

—¿Y realizarás mi deseo, aunque sea muy grande y muy difícil?

—Lo realizaré.

—Bueno, oye: mi vieja, que me acompaña desde hace más de cuarenta años, y que me quiere mucho, empieza a estar torpe. Algunas veces se le pega la comida o comete cualquier torpeza, y sufre mucho por eso y reniega que ya no sirve para nada, y que hasta los guisos que a mí más me gustan los hace mal.

—Comprendo: tú quieres que ella guise bien. Por la alegría con que trabajas, casi se te puede consentir esa glotonería.

—No me has entendido. No soy glotón. Lo que yo quiero es que ella no se dé cuenta de que hace mal las comidas y de que se le pegan. El que estén malas, ¿qué me importa? A todo se acostumbra uno menos a ver sufrir a las personas a quienes ama.

—Bueno; te voy a conceder eso; pero a cambio de que me convides a cenar esta noche.

Fueron a la casa. El dijo a su mujer que llevaba un convidado.

—Pues no podías haber elegido noche mejor; porque esta noche me ha salido la cena muy bien. Está diciendo: ¡comedme!

El viejo notó que la sopa estaba sin sal, pegada la carne y a medio cocer. Pero comía con gusto y estaba radiante al ver el contento de su vieja, y para alegrarla más, le decía:

—Esta es una mujercita, amigo. ¡Si guisa mejor que ninguna cocinera del mundo!...

—¿Estás satisfecho?—le preguntó el santo.

—¡Satisfechísimo! Eso era lo que yo quería. ¿Qué me importan los manjares más delicados ante su satisfacción?

—Vete ahora un ratito, que quiero hablar con ella.

La vieja escuchó atónita las palabras del santo. También tenía ella algo que pedirle...

Y le pidió que guiase siempre la mano de su viejo, que le hiciese pegar los carteles muy derechitos, muy derechitos, puesto que en ello cifraba su mayor orgullo; que ella pudiese verle feliz...

Se acostaron.

A la mañana siguiente, San Modesto se presentó ante el trono de Dios llevando de la mano a sus viejos amigos.

—¿Cómo te fué, Modesto? ¿Has podido hacer gran cosa por la tierra?

—Señor: aquello es un caos terrible e ingobernable. Todos son desdichados porque quieren. Sólo he podido encontrar dos seres felices, y me he permitido traértelos para recomendarte que les des un lugar en tu gloria.

Y Dios los recibió con los brazos abiertos.

CURIOSIDADES

Según manifestaciones de algunos jueces europeos, el aumento de la educación es una de las principales causas de la disminución de crímenes durante los últimos treinta años.

* * *

Los primeros figurines de modas se publicaron a fines del siglo XVIII.

* * *

La flor más grande del mundo se cría en Sumatra. Su nombre científico es Rafflesia Arnoldi, y algunos ejemplares miden cerca de un metro de diámetro.

* * *

Un camello cargado puede recorrer treinta y ocho kilómetros al día. Sin carga anda de noventa a ciento treinta y cinco.

* * *

Cuando la sopa está muy salada se le echan unas cuantas rodajas de papas, se hace hervir un rato y el efecto desaparece.

* * *

Una boya luminosa que rompió sus amarras en Sud América hace cinco años, ha viajado cerca de diez mil millas hasta Australia. El director general de navegación de Nueva Gales del Sur ha manifestado que la boya debe haber viajado entre cuatro y cinco millas diarias

* * *

Cerca de Mold (Inglaterra) descubrió una gallina, escarbando en la tierra, una cigarrera de oro que había desaparecido hacía seis meses, y por la que se había condenado a un individuo acusado de haberla robado.

* * *

Se dice que los cartagineses fueron los primeros que adoquinaron sus pueblos con piedras. Londres fué adoquinada por primera vez en el año 1593.

* * *

Un reloj raro que marca la hora, el día, el mes y las fases de la luna ha sido vendido recientemente en Londres por poco más de doce libras esterlinas. Fué hecho para Jorge III por un cuáquero llamado Daniel Quare.

* * *

Muchos sastres de Londres y de París venden ropa semiconfeccionada, que se termina de acuerdo con los gustos del cliente, tarda menos tiempo en estar lista y se obtiene una considerable economía en su precio.

* * *

Setecientos oficiales de alta graduación, pertenecientes al antiguo ejército austriaco, están en la actualidad en la miseria. Un mariscal de campo falleció últimamente después de haber vendido hasta sus numerosas condecoraciones.

* * *

Miss Miliaure, una muchacha inglesa de veintitrés años de edad, tiene fama en Europa como la más hábil constructora de ojos artificiales. En cincuenta minutos puede fabricar un perfecto ejemplar idéntico al que ha de ser su compañero.

* * *

El número de dementes que había en los asilos de Londres, procedentes de los diversos distritos de la ciudad, a fines del pasado año, ascendía a 602.

* * *

Por medio de una cinta cinematográfica se ha dado a conocer la vida de una mosca doméstica que llevaba en sí siete millones de gérmenes de [illegible]

La orden de "Leopoldo de Bélgica" es para premiar tanto el mérito de los militares como el de los civiles, y fué fundada por Leopoldo II en 1830.

* * *

Teniendo en cuenta el espacio que media entre un durmiente y otro y el número de kilómetros que miden todas las líneas ferroviarias del mundo, puede calcularse que hay en el suelo, formando parte de la supraestructura de los caminos de hierro, nada menos que 1.494.000.000 de durmientes, que representan un capítulo importantísimo en el consumo mundial de madera.

La duración de los durmientes depende de la naturaleza de la madera empleada y la preparación que se le haya dado. El roble es la única clase que puede emplearse sin preparación previa cuando es de buena calidad y está sentado sobre balastro. En estas condiciones suele durar quince años.

El haya empleada en estado natural se descompone rápidamente, y no suele pasar de dos o tres años, y el pino y el abeto no duran más de cuatro años.

* * *

En 1901 había en Inglaterra 109. 000 albañiles; actualmente su número llega sólo a 53.000.

* * *

La madera más útil del mundo es el quebracho colorado. Se la ha comparado con el hierro, y en realidad dura mucho más que el hierro. La intemperie no la daña. Comparada la dureza del quebracho colorado con la famosa madera de encina europea, todas las ventajas corresponden a la primera. Por ejemplo, su resistencia a la rotura es la siguiente: por tracción 1.196; por compresión, 1.220; por flexión, 1.543; mientras que por igual concepto corresponden a la encina, respectivamente, las cantidades de 1.000, 500 y 750.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **Polvos dentífricos** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de $ 1.—. Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de **1/4 kilo $ 2.40** — de **1/8 kilo $ 1.40**

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**

LA CAMPAÑA CONTRA LOS MALOS COMERCIANTES

Con el aplauso unánime del pueblo, prosigue la campaña de profilaxis alimenticia auspiciada y dirigida por el director de la Asistencia Pública, doctor Abel Zubizarreta, funcionario que ya ha demostrado su celo y energía en las importantes funciones que le están encomendadas. Secundan eficazmente las iniciativas del doctor Zubizarreta su secretario, señor Pedro B. Eyherarbide, el concejal don Manuel González Maseda, los técnicos, doctores Antonio Ceriotti, Angel Caminal, Héctor Araujo y otros funcionarios.

Es de desear que en un asunto tan serio como el que nos ocupa, se complemente la loable acción de las mencionadas autoridades, imponiendo, sin contemplaciones, la sanción penal que corresponda, para que sirva de escarmiento a los que, sin ningún escrúpulo de conciencia, pretenden llenar sus bolsas a costa de la salud y la vida de las personas.



El director de la Asistencia Pública, doctor Abel Zubizarreta, acompañado por su secretario señor Pedro B. Eyherarbide, concejal señor González Maseda y doctor Angel Caminal, durante el decomiso de artículos en mal estado, efectuado en un depósito clandestino de la calle Pasteur, 740.



Cargando mercaderías inaptas para el consumo público, intervenidas en un almacén de la calle Corrientes, 3534.



Sardinas en conserva, latas de aceite, arenques y otros artículos en malas condiciones, decomisados por el concejal señor Manuel González Maseda, el técnico doctor Antonio Ceriotti y el señor Patricio Martínez, en el almacén y mueblería (todo junto) de la calle Corrientes, 3534.



Extrayendo de una caballeriza, situada en la calle Salguero, 3274, una partida de ochenta y seis cajones de bacalao, en completo estado de putrefacción.



Retirando productos alimenticios averiados, del almacén de la calle Canning, 117.



El doctor Antonio Ceriotti, jefe de la oficina química municipal, el concejal señor González Maseda el secretario del director de la Asistencia Pública, señor Pedro B. Eyherabide, y el auxiliar de polici señor Patricio Martínez, en una de las fructíferas inspecciones últimamente realizadas



El almacenero de la calle 14 de Julio, 564, intentó burlar la acción de las autoridades sanitarias escondiendo en un potrero los artículos que se "recomendaban" por su calidad, pero los funcionarios dieron con el escondrijo, decomisando la mercadería. Aparecen en el grupo los señores González Maseda, Caminal, Eyherabide y el comisario de la sección.



Un vehículo de la municipalidad atestado de comestibles en pésimas condiciones, decomisados en un comercio de la calle Pasteur, por los miembros de la comisión inspectora anteriormente mencionados.



Tropa de carros de la Dirección de Limpieza, transportando al lugar de la quema de basuras, los artículos alimenticios considerados inaptos para el consumo público.

LA VISITA PRESIDENCIAL AL ACORAZADO "RIVADAVIA", EN EL PUERTO DE MAR DEL PLATA



El acorazado "Rivadavia", completamente modernizado en los astilleros de Boston, poco despues de su arribo a Mar del Plata en viaje desde Estados Unidos.



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, precedido del comandante del "Rivadavia", capitán de navío Felipe Fliess, y seguido del ministro de Marina, almirante Domecq García, y de varios oficiales navales, recorriendo el buque entre doble fila de marineros.



Un detalle de la poderosa artillería del hermoso acorazado.



El doctor Alvear y el ministro de Guerra, general Justo, conversando con los jefes de a bordo.



El presidente de la República escuchando las informaciones que sobre las reformas efectuadas en la nave le suministra el comandante de la misma.



El doctor Alvear, los ministros de Marina y de Guerra y demás miembros de la comitiva oficial, oyendo el himno nacional ejecutado por la banda del "Rivadavia".

Fots. Bonnin.

Retratos de actualidad



Doctor Juan P. Ramos, recientemente nombrado vocal de la Cámara de Apelaciones



Doctor Alfredo Fontana, que acaba de regresar al país, después de perfeccionar sus estudios médicos en las capitales europeas

Baile en la Casa de Galicia



Grupo de señoritas que concurrieron al baile de Pascua efectuado en los salones de la Casa de Galicia

Festival en el Centro Asturiano



Aspecto que ofrecía el salón del Centro Asturiano, mientras se efectuaba la fiesta recientemente organizada en honor de las familias de sus asociados.

Necrología



Señor Carlos Drimer, fallecido en la capital federal

Las incidencias políticas en la legislatura santafesina

De derecha a izquierda, sentados: Dr. Romeo E. Bonazzola, Dr. Ricardo A. Ortiz, Sr. Luis M. Gallo, Dr. Bernardo Dell' Oro, Dr. Víctor R. Pesenti. De pie: señores A. Couvert Zarza, Ireneo D'Anquín, Ignacio Bringas, Adolfo Costa, José L. Berra, Primitivo Sosa y Domingo Filiberti, diputados provinciales electos por el partido Radical irigoyenista, que se retiraron del recinto de la Cámara por no permitírseles defender sus diplomas e impugnar los de los candidatos oficialistas.





Dr. Ricardo Argonz, Sr. Agustín Repetto y Dr. Carlos G. Colombres, diputados del partido Demócrata Progresista que también abandonaron la Cámara de Diputados a raíz de los sucesos ocurridos en la misma, haciendo causa común con los personalistas.



El señor Ramon Beltrami, presidente de la Cámara de Diputados de Santa Fe, que dirigió la turbulenta sesión en la cual se acordó aplazar, por 60 días, la consideración de los diplomas de los diputados irigoyenistas electos por Rosario. Le accompañan los secretarios señores Fernández y Lamoto

UNA ESCUELA MODELO



La directora del establecimiento, señora Balbina S. de Fernández Etchegaray.



La vicedirectora, señorita Berta Elena Vidal



Alumnos de la escuela durante una clase al aire libre.

Me referiré a la escuela de niños débiles, que funciona al aire libre y la cual queda ubicada en las inmediaciones de la Chacarita, calle Loyola, 1500.

Casi una manzana de terreno, arbolado y cultivado, que presenta un aspecto salvaje y hermoso, comprende el edificio y las numerosas dependencias que forman la escuela. Viejos y frondosos árboles de sombra, y, muy particularmente frutales, elévanse a cada instante en aquel bello templo de la educación y de la bondad.

Los alumnos—quienes sólo por prescripción médica son allí recibidos—alcanzan a cerca de 400. Estos hanse encariñado ya con el establecimiento, hasta el punto de que muchos de ellos desearían vivir allí en calidad de pupilos, no escaseando aquellos para los cuales significa un castigo tener que enviarles a sus casas todos los días. Este detalle, que bien pudiera parecer exagerado, podría servir como de la más franca prueba del trato excelente que, en general, reciben allí aquellos niños.

Dirigen esta casa de educación y humanidad, la señora Balbina S. de Fernández Etchegaray y la señorita Berta Elena Vidal, como directora y vice, respectivamente, puestos que ambas han logrado por concurso. Son dos cultos y bondadosos espíritus; dos claras inteligencias, que han sabido labrarse la propia personalidad, pues que ninguna de ellas es ignorada de nuestro público por cuanto ambas han publicado numerosos libros que han merecido el aplauso justiciero y desinteresado de la crítica seria. Con un amor verdaderamente maternal, las dos cuidan de aquellos niños—algunos de los cuales a pesar de tener padres bien podríamos decir que carecen de ellos.

A simple vista adviértese en este establecimiento el empeñoso celo con que sus dirigentes velan sin cesar. Y es así cómo, en el corto lapso de un año, la dirección de la escuela ha logrado introducir positivas y numerosas mejoras sin que ellas le hayan costado dinero al Consejo Nacional de Educación; pues que la actividad del personal del establecimiento ha dado buenos frutos en cuanto detalle existe allí, sin excluir los más insignificantes.

Por las fotografías que ilustran este escrito podrán darse cuenta los lectores de FRAY MOCHO de la alegría espontánea, de la satisfacción con que aquellos niños desempeñan sus divertidas tareas agrícolas y cumplen sus clases al aire libre. El ambiente de paz y regocijo es allí inalterable y, por consiguiente, un buen tónico para la moral de los educandos.

La prolijidad y solicitud en las maestras, celadoras y hasta en la misma servidumbre de la escuela, háceuse ostensibles en todo momento, colaborando, así, en el esfuerzo de las directoras. Los alumnos reciben, pues, cómodos cuidados, que les hacen felices. Y para asegurar la salud y vigilar constantemente el estado físico de todos los niños del establecimiento, en el mismo prestan sus servicios profesionales la doctora Winocur, mujer talentosa, cuyo puesto que desempeña allí lo ha obtenido, también, por concurso.

No creo mucho decir al afirmar que, de todas las escuelas que funcionan al aire libre en esta capital, y las cuales alcanzan a cinco, es ésta la más importante y la mejor atendida. Pero donde más resalta la prolijidad y el espíritu de organización y de progreso de este establecimiento, es en el detalle del fichero psicológico, excelente contralor del individuo, ideado por la directora. Hay que ver con qué abundancia de noticias, señales e indicaciones viene escribiéndose sola la historia de cada uno de aquellos niños. Este contralor, tan práctico, útil e importante, que en otras escuelas no es conocido, debería adaptarse sin pérdida de tiempo en las mismas.

Nuestros hombres de la enseñanza, nuestros educadores y las mismas autoridades del Consejo Nacional de Educación, deberían visitar esta escuela y preocuparse un poco más por todas las escuelas de esta naturaleza que existen, ya que, como dije recién, no son más que cinco, y procurar apoyar un poco más a los buenos y abnegados espíritus que dirigen estos establecimientos con tanto sacrificio y tanta nobleza de sentimientos

Julio DIAZ USANDIVARAS.



Ejercicios prácticos de enseñanza agrícola realizados en las plantaciones de la frondosa quinta.



Un grupo de alumnos del establecimiento, con la directora al frente, durante una clase de canto.



SOCIALES



[illegible] Rosa Zelmira Sol [illegible]



Enlace de la señorita María A. Sánchez con el doctor Pedro Sánchez Bazán.—Los contrayentes después del acto religioso.



La señorita María [illegible] De Ch[illegible] y [illegible] Palmiro Ambrosini, cuyo matrimonio [illegible] mamente



[illegible] La señorita María Rosa De Bene[illegible] el doctor Jose Manuel Dumas, desposados el 27 del mes anterior.



Enlace de la señorita Isabel T. Assereto con el señor Romeo J. Negro.



La señorita Simona Ivancich y el señor Juan J. Pica, después de sus esponsales



Enlace de la señorita Estela Constanta Ginaca con el señor Luis E. Porcel.—Los novios después de la consagración religiosa.



La señorita Catalina Herme y el señor Luis Bonvichini, cuyo matrimonio [illegible] efectuó recientemente

DEL ARTE LIRICO

Una contralto argentina de positivas condiciones: Blanca Marem Arocena







Hasta hace algunos años, rara vez se oía hablar de una cantante lírica argentina de condiciones destacadas como para afrontar sin temor el juicio de la crítica y presentarse, segura de agradar al público, en el escenario de algún teatro de categoría. Hoy ya no sucede así. No son muchas, con todo, las compatriotas que descuellan en el arte lírico, pero el número ha aumentado con relación al exiguo total de antes.

Por todo ello, halaga sobremanera comprobar que de una contralto argentina, de Blanca Marem Arocena, se pueden hacer merecidos y justificados elogios, al mismo tiempo que se puede expresar, sin temor de equivocarse, que el día que esta cantante actúe, como le corresponde, en una compañía de importancia, se habrá incorporado al teatro lírico un elemento valioso, tanto más, desde el momento que bien se sabe que no abundan las buenas contraltos, las de voz bien timbrada y registros bien definidos.

Blanca Marem Arocena posee una voz que agrada y seduce y que ella maneja con la maestría de quien siente verdaderamente el arte, lo interpreta poniendo en cada nota la expresión imprescindible para que una cantante "llegue" hasta su auditorio y le comunique esos estados de ánimo que el buen arte consigue sin gran trabajo.

Luchan, generalmente, los artistas argentinos, en su propio país, con dificultades poco menos que insalvables para abrirse camino; pero no hay duda alguna que la artista que nos ocupa llegará bien pronto a imponerse por sus propios medios.

Estudié canto—nos ha dicho en una entrevista con ella celebrada—en el "Santa Cecilia" un año, y después dos con el maestro Guido Capocci. En una oportunidad el tenor Gigli me oyó cantar y, sinceramente entusiasmado, me dió una carta de recomendación para su profesor, el maestro Rosalti, que vive en Roma. Como este prestigioso músico tenía que trasladarse a Nueva York, no pude aprovechar su enseñanza; pero tuve entonces oportunidad de conocer a la eximia cantante Gabriela Bezansoni, quien me recomendó a su propia maestra, la Brisi, con la cual estudié durante dos años.

"Más tarde perfeccioné mis estudios con Teófilo De Angelis, del Constanzi de Roma, y él fué quien me hizo debutar con "Gioconda", en aquella capital. Hace un año he regresado a Buenos Aires y mi mayor anhelo, mis deseos ardientes, son el de poder ingresar a una compañía y cantar ante el público argentino, pues quiero de verdad a mi patria y al arte que cultivo."

La Marem Arocena habrá, sin duda, de llegar. De una voz muy semejante a la de la Bezansoni; educada, puede decirse, en la misma escuela de canto y del mismo temperamento artístico, tiene forzosamente que abrirse camino y descollar, lo que ya habría ocurrido si en nuestro país hubiese un poco más de preocupación por estas cosas.

LA TEMPORADA EN CACHEUTA


Durante el lunch de despedida con que fué obsequiada la señorita María Luisa Verte por un grupo de personas de su amistad


Señora Rosa S. de Allen, señorita Laura Allen y doctores Julio Iribarne y O'Farrell.


Señoritas Elena Elizalde, María Isabel Sales, María Luisa Verte y Teresa Tiscornia y señor Caballito.


Los que se banquetearon humorísticamente


Señora de Allen y su hijo Alfredo.


Señora Josefa M. de Lovazzano y su hija Aurelia

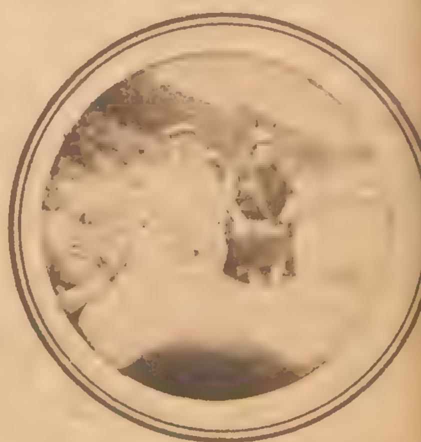

Banquete con que el señor Raggio fué despedido el día antes de su partida de las termas


Señorita Celia Palenque


Señor Pedro Tassano y su esposa


Un poco de "footing".


Señora de Beck, doctor Alfonso Beck y señor Naun Jaroslausky


Señor Alfredo Pagliano y su esposa


Un simpático terceto.


Señoras Carolina G. de R. Lozano, Flora G. de Rocco y señorita María Luisa R. Lozano


Familia de Massini Escurra


Tijereteo confidencial.


Ricardito Ciordia en un curso de enseñanza canina.


Grupo del personal empleado en el Hotel Termas de Cacheuta.


Señoritas Fanny Baron y Sara Angisola.


Tres abuelitas.

Fots. Bajaran.

FRAY MOCHO EN MENDOZA



El gobernador de la provincia de Mendoza, doctor Orfila acompañado del doctor Carlos Washington Lencinas, de altos funcionarios de la administración y de algunos invitados, antes del banquete servido en el Plaza Hotel y organizado en honor del segundo de los nombrados, con motivo de haber sido proclamado candidato a senador nacional por la citada provincia andina



Durante la visita que los footballeres porteños hicieron al gobernador doctor Orfila, en el salon rojo de la casa de gobierno.



El primer mandatario mendocino presenciando el desarrollo del primer match de football entre los "amateurs" porteños y el combinado local, partido que terminó en un empate de [illegible] goals por cada bando



El doctor Orfila rodeado de los footballeres y de algunos de los invitados al almuerzo servido en "Los Papagayos" y amenizado con música clásica.



Un aspecto del almuerzo campestre con que el gobernador obsequió a los footballeres porteños.

Fot. Capra.



LA PLATA.—EXPOSICION OLMOS CARDENAS



Auspiciada por la Asociación Artística Platense, que preside el pintor Faustino Brughetti, se inauguró, recientemente, en el salón del diario "La Opinión", de La Plata una exposición de cuadros de que es autor el artista argentino Gerardo Olmos Cárdenas, exhibición que ha merecido favorables comentarios. — El autor, en un rin[illegible] de su taller

FOOTBALL.—LIBERAL ARGENTINO v. EXCURSIONISTAS



Componentes del team Liberal Argentino que venció a Excursionistas por un "score" de 1 a 0 goals



Equipo de Excursionistas, derrotado en [illegible] encuentro con Liberal Argentino



Vista parcial de la tribuna popular de la cancha de Liberal Argentino mientras se efectuaba el match



Mazini, de Excursionistas, atajando un "corner" del bando contrario

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Norma Shearer y Malcolm Mc Gregor en "La dama de la noche", película que Glücksmann dió a conocer el domingo último.



Gastón Jacquet, protagonista de "El jorobado" o "Enrique de Lagardere", cinedrama extra que la New York Film estrenará en la fecha.



Escena de "Stella Maris", cinedrama que interpretan Mary Philbyn y Elliot Dexter, y que la Universal estrenará el 22 del corriente.



Escena de "El kimono rojo", cinedrama interpretado por Mrs. Wallace Reid, Mary Carr, Priscilla Bonner, Tyrone Power, que la General estrenó anteayer.



Tom Mix y Billie Dove en "La herradura de la suerte", cinedrama que la Fox Film exhibe desde el jueves anterior.

El día 18 de Abril

estrenaremos la maravillosa película DIAMOND SUPER JEWEL, titulada:

"EL FANTASMA DE LA OPERA"

magistral interpretación de

LON CHANEY,

MARY PHILBIN

y NORMAN KERRY

en los cines **CALLAO** y **EMPIRE** :: **NO DEJE DE VERLA**

UNIVERSAL PICTURES CORPORATION



Escena de "Las lágrimas que he llorado", cinedrama interpretado por Elaine Hammerstein y Russel Simpson, que la Corporación estrenó anteayer.



Elsie Ferguson y Franck Mayo, en una escena de "El amante incógnito", cinedrama que la New York Film estrenará el domingo próximo



Lowell Shermann y Gertrude Astor en "Satán entre mujeres", cinedrama que la General estrenará el viernes próximo.



William Hart y su "leading lady" en "Yerba loca", film extra que en breve dará a conocer Artistas Unidos.



La condesa Rina de Liguoro y Lido Manetti, protagonistas de "El camino del mal", que la Mundial Film estrenará próximamente.



EL JOROBADO

O

ENRIQUE DE LAGARDERE

Adaptación cinematográfica de la popular novela de PAUL FEVAL

Se estrenará el MARTES 13 DE ABRIL, en los salones Callao y Petit Splendid

Un film admirable que exalta los más nobles sentimientos del corazón humano.

Una magnificente evocación de uno de los períodos más brillantes de la historia de Francia.

Programa SPLENDID Especial

DE QUEQUÉN Y DE MELINCUÉ



QUEQUÉN. — Señorita Lyda Cantalupi.





Señorita Ena de León.



Quique Martínez.



Señoritas de Baron, Botto y Cantalupi y señores Botto y García Aparicio.



Señora Elena de Cantalupi y su hija Elda.



Señor Armando Botto.



Señorita María Barón.



MELINCUÉ.—Señoras María Thompson y Delfina Esquivel de Perazzi y señores Mario Perazzi y Julio Benavidez.



Señoras de Perazzi y de Thompson y señor Roberto Thompson.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Componentes del team de Tiro Federal, que venció a Rosario Central en un match por la copa "Caruso", mediante un "score" de 3 a 2 goals. — Acompaña al equipo el señor Leonardo Caruso, donante del trofeo disputado.



Monumento que se erigirá a la memoria de la señorita Juana Blanco, obra del escultor señor ... tana. Esta iniciativa ha sido auspiciada por ...



Elementos de la compañía José Gómez, durante una escena de la obra con que realizó su debut en el teatro Colón, alcanzando un franco éxito.



Galpones pertenecientes a la Compañía Nicolás Mihanovich, los cuales contenían gran cantidad de yerba mate, recientemente destruídos por un violento incendio que originó crecidas pérdidas.



Un aspecto de la procesión de Semana Santa efectuada en la parroquia de Santa Rosa, mientras recorría las calles de su itinerario.

Fots. Flores Toledo.



N. Parmeggiane, Rubio y E. Parmeggiane, clasificados primero, segundo y tercero, respectivamente, en la carrera ciclista de cuarta categoría realizada en la pista de Provincial.



Campeonato de resistencia de la provincia de Santa Fe. — Eugenio Verduna, Domingo Cotella y José Zambrano, que, en el orden indicado, obtuvieron el primero, segundo y tercer puesto de la prueba

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí

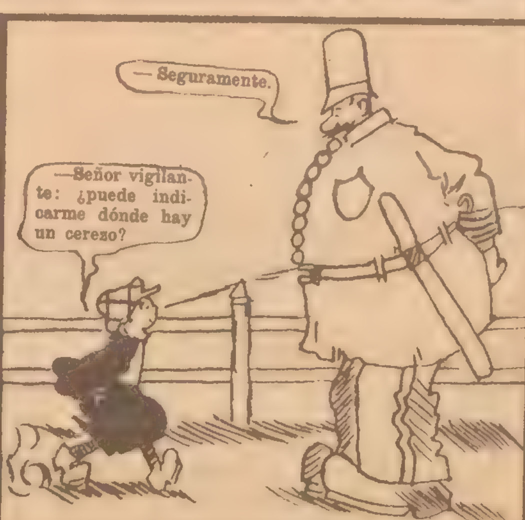




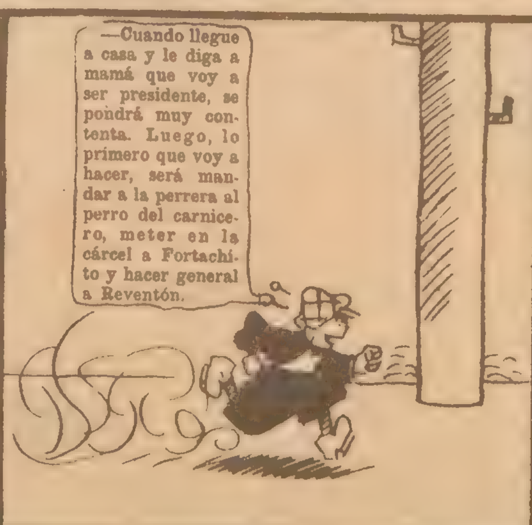


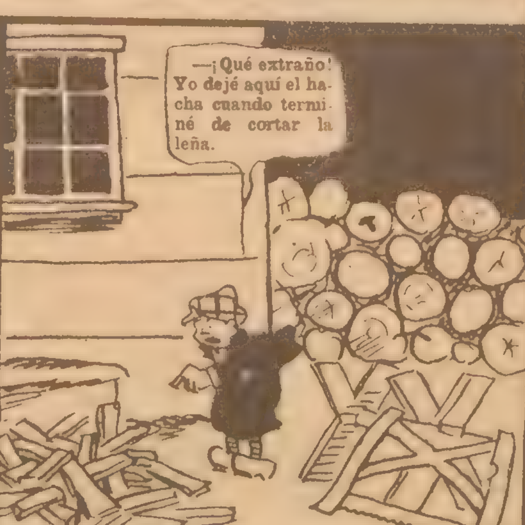


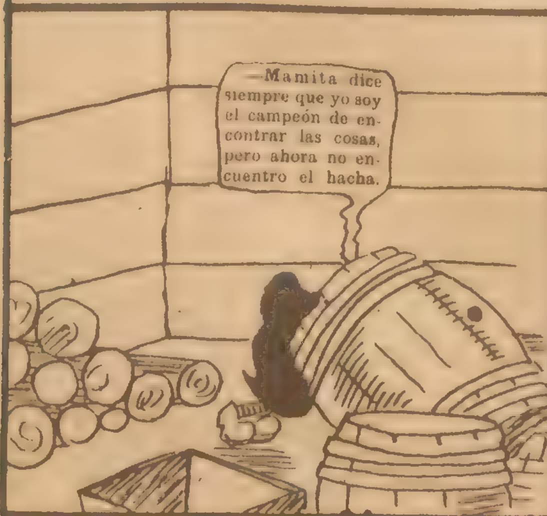
















El último viaje de "Pata de palo"

Por Arthur Mason

I

Soplaba firme el noroeste. Rugían las olas, altas y macizas. La goleta "Tillie Sloan", con un cargamento de maderas, se dirigía a San Francisco, mientras la tripulación no dejaba de trabajar en las bombas, labor comenzada tres días antes, desde que cruzaran la barra de Colombia.

El capitán Jurgerson, más conocido por "Pata de Palo" entre la gente marinera de San Francisco, parecía hondamente preocupado. Y eran horribles las huellas de su preocupación en aquel su rostro velludo, de hombre primitivo y salvaje..

—¡Por vida de...! — gritó al timonel — ¡Como me eches abajo el trinquete, te abro la cabeza!

—Está el timón muy duro, capitán...

—Me da lo mismo. Mucho cuidado.

El piloto, un hombre alto, delgado, enjuto, de unos treinta y cinco años, subió a cubierta, casi intransitable por el enorme cargo de maderos.

—"Esto" no deja de hacer agua. Y cada vez peor, capitán — dijo a "Pata de Palo".

—Bueno. ¿Y qué? ¿No lo sabías? ¿De qué te extrañas? Tú haz que la gente no suelte las bombas, y todo lo demás te importa un comino.

—No nos podemos quejar de la gente. Están trabajando mucho y bien — respondió el piloto. — Pero, a pesar de todo, no hay quien nos quite, por lo menos, dos pies de agua.

El capitán miró al piloto fijamente... Una mirada torva y siniestra, y, tambaleándose, buscó apoyo para su pierna de palo. Dos años antes había intentado dar una patada al mismo que acababa de surgir ahora sobre cubierta, y al rebotar el pie derecho contra el palo de mesana, se destrozó aquél y perdió la pierna para siempre.

Simultáneamente vióse privado de la pierna derecha y de su prestigio de lobo de mar, prestigio ganado a fuerza de victorias sobre sus adversarios en las luchas que la necesidad y su mal genio habían provocado casi de continuo lo mismo a bordo que en tierra. ¡Ah! ¡Cuando él peleaba era en tiempos que había hombres que sabían pelear!... Hoy... ¡Bah!... Pero, en fin, aún era joven. No se puede llamar viejo a un hombre de cuarenta y siete años.

Golpeó cachazudamente la pipa contra la batayola, a fin de vaciarle la ceniza, y volvió a insistir:

—Lo dicho... Que la gente no suelte las bombas y antes de dos días entramos en San Francisco, aunque se hunda el cielo.

Sin objetar una sílaba, el piloto desapareció tras las pilas enormes de maderos. Al quedar solo, el capitán se sentó en una escotilla y sonrió diabólicamente... A los pocos minutos, un poco inquieto, volvió a levantarse. Sus ojos miraban en torno con un no sé qué de satisfacción y seguridad. Después, el rostro de gorila duplicó su fealdad al iluminarse con la llama de la cerilla con que encendiera la pipa recién llenada.

¡Crockett, el piloto!... ¿Se figuraba ese idiota que dependía menos del capitán que el último hombre de su goleta? Una asociación de ideas rapidísima le hizo pensar en su gran negocio: su "bar" de San Francisco, en Berry Street, estupendamente administrado por Myers, el cocinero, y el viejo John, ambos esclavos de su voluntad soberana. ¡Con qué arte maravilloso sabían emborrachar a los marineros y vaciarles la bolsa, y todo para él, para el amo, para el capitán Jurgerson, alias "Pata de Palo", por más señas!... Pues, anda, que él mismo no se quedaba atrás, si no vaciando la bolsa a su gente, al menos haciéndole trabajar sin darles un cuarto.

Se fué otra vez hacia la baranda, y allí resistió impasible las salpicaduras de las enormes olas hirvientes. Ahora, desde donde estaba, veía a Crockett, el piloto, de pie sobre el hueco de la bodega animando a la gente en su tarea con las bombas.

Era preciso reconocer que su prestigio se había quebrantado grandemente desde que perdió la pierna... Pero, ¡bah!, ahora volvería a ganarlo, si no con sus puños, con su dinerito, con el dinerito que el mismo piloto estaba ganando para él, para el capitán... ¡Qué gracioso!... Crockett se daba por satisfecho con los intereses que "Pata de Palo" le había concedido en sus negocios de la goleta y del bar de Berry Street. Y, verdaderamente, esa participación en el negocio era... un buen negocio si alguna vez se llegaba a la liquidación. Sí, sí, la liquidación... No; no podía quejarse. Los asuntos marchaban... La goleta estaba ya poco menos que inservible; pero aún podría tirar un par de viajes... Uno, por lo menos.

El piloto había vuelto la cabeza y había visto al capitán, recostado contra la baranda, observándole fijamente.

—¿Cómo va eso, Crockett? — preguntó Jurgerson, por decir algo.

—Así, así, capitán. Pero, vamos, de cualquier manera, me parece que llegaremos a puerto si logramos mantenernos solamente con dos pies de agua en la bodega. Tampoco podemos quejarnos del barquichuelo. Ha hecho lo suyo. Lo que pasa es que ya está para jubilarse el pobre y que hay que ir pensando en comprar otro. Vamos; creo yo que habrá unos dólares para la compra.

— Pero, ¿tú estás loco? — masculló Jurgerson — ¿Es que se te han olvidado ya los gastos de estos últimos tiempos, y no quiero decirte nada de los precios de los fletes, que, vamos..., que son una vergüenza? ¿De dónde va a venirnos el dinero para otra goleta? Yo no tengo un cuarto. De eso sí que puedes estar seguro.

— Mire usted, capitán, hay que jugar limpio... Tiene usted dinero, y mucho, y muy bien que sabe usted en dónde lo tiene. Pues, a ver... ¿Adónde ha ido a parar el dinero que han producido en dos años el bar y la goleta, esto sin contar el importe de mis sueldos, y el de Myers, y hasta el de ese pobre John? Le repito que hay que jugar limpio, capitán... Yo le aseguro a usted que en cuanto lleguemos a San Francisco hay que hacer unas pocas de cuentas.

— Cuentecitas... Bueno. Verás tú qué contento te pones. Son un encanto de cuentecitas...

El capitán lanzó una risa silbante, al tiempo que unas tremendas salpicaduras empapaban a los dos. Se retiró unos pasos del piloto, y minutos después le gritó, haciendo bocina con las manos:

¡Suelta los rizos del trinquete, tú, y a ver qué pasa!

El piloto se le acercó:

—¿Está usted en su juicio, capitán? Mal vamos; pero iríamos mucho peor.

—¡Haz lo que te mando, y punto en boca! ¿Quién manda aquí, tú o yo?

Bien, capitán. Nos llevará a todos el diablo.

Jurgerson se fué rugiendo hacia el timonel.

—¡Quítate de ahí! ¡Voy a demostrarle a ese idiota cómo marcha mi goleta con el timón entre las manos de Jurgerson!

Cumplida la orden del capitán, la goleta se bamboleó horrorosamente: pero los brazos maestros de Jurgerson, dueños del timón, la hacían coquetear graciosamente con las olas, salvando todos los peligros.

Satisfecho, orgulloso, gritó el capitán:

—¡Ahora, la gavia! ¡Conque, mi gente, a ver si Jurgerson sabe o no llevarnos a San Francisco!

II

La luz del día penetra trabajosamente en un café-bar de Berry Street, en San Francisco. Ocupan algunas mesas unos desarrapados marineros de ojos vagos y legañosos. Se masca la atmósfera. Hay un hedor penetrante a café y aguardiente. Myers, un holandés craso y mofletudo, ordena violentamente a los marineros:

—¡Fuera de aquí! Cada uno a su barco o adonde le plazca. La "Tillie Sloan" llega esta mañana y hay que poner un poco de orden en todo esto. Pero, ¿no os enteráis? Tú, John, a la calle con ellos.

John, inclinado, fregaba vasos en la pila. Se irguió y se secó lentamente las rojas y entumecidas manos en su delantal sucio y hediondo. Hubo un tiempo en que John fué un mocetón fuerte y erecto. Hoy, vencido por los años, inclinábase hacia la tierra, y había en sus ojos una extraña mirada inquisitiva, como de animal basurero.

— Vamos, hombre, marchaos de una vez — dijo a los marineros en tono ni amable ni agrio. — Ya habéis bebido bastante. Volved esta noche y se bailará un poco; ¿no os parece? De verdad, tengo mucho que hacer. No; muchas gracias; no bebo. Ya os he dicho que hoy llega el amo. No es desconfianza... Ya sé, ya sé que tenéis dinero; pero es que tengo que dar aquí un limpiado que no sé cuándo voy a acabar... Vamos... No hay por qué querer que se me acabe la paciencia.

Al fin salieron los marineros, y Myers supo agradecer cortésmente:

— Gracias, John, que me los has quitado de encima. ¡Qué noche! Ahora, a limpiar un poco esto y al muelle a esperar al amo.

—Esta vez sí que te dará Jurgerson algún dinero — dijo John.

— Es posible; y a ti también. Ahora que... vamos a gastarnos la mitad en reparar un poco el establecimiento. Ya sabes que Jurgerson quiere empapelar las paredes y el techo de azul..., de azul y estrellitas plateadas. Eso cuesta dinero. Además, se necesitan dos sillones de brazo para la mesa grande.

— Muy bien. Muy bien. Pero, ¿sábes lo que te digo? Que los dividendos que nos ha prometido no los veo yo por ninguna parte.

Myers bostezó... Un bostezo largo, interminable.

— Ya veremos — dijo. — Aquí lo tendremos dentro de dos o tres horas

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor cerveza

a lo sumo. A ver si podemos arreglar cuentas. Por lo pronto, prepara café bastante cargado, y prepárate tú mismo a vaciar cognac y aguardiente.

—Ya me conoces, Myer; soy un poco tímido... Háblale por mí. Háblale y dile que yo necesito arreglar cuentas. Mira cómo estoy... Necesito calzarme y un trajecillo decente.

—Pues sí que yo... También puedes mirarme... ¡Estoy hecho un asco!

—Menos mal que también nos ha dado una participación en el negocio de la "Tillie Sloan". Por lo menos, eso nos ha dicho él... Y yo creo que cuando Jurgerson dice una cosa...

—Cuando Jurgerson dice una cosa... Bueno; más vale callarse. Lo que hay que pedir son los dividendos. Y no te creas, que el piloto, Crockett, no hace más que pedírselos. Hasta me parece que Jurgerson le ha cogido un poco de miedo al piloto.

—Jurgerson no le coge miedo ni al mismo demonio, mi querido Myers, ni al mismo demonio...

Y ambos se sumieron en el abismo de sus preocupaciones, moviendo la cabeza y hasta farfullando, de vez en vez, algún que otro soliloquio inintelegible.

Una hora después, el cocinero y el camarero del "bar" de Berry Street se dirigían hacia el muelle. Ya en él, vieron a un golfo del puerto sosteniendo de una cuerda a un hombre ahogado. Aquél no quería dejar allí su macabra presa para ir a avisar a la policía. Otros golfos trataban disimuladamente de cortar la cuerda y adueñarse del cadáver, a fin de reclamar para sí los diez dólares que ofrece la ciudad a los que descubren un triste despojo humano, víctima de su lucha terrible con las olas.

El holandés escrutó el puerto, lleno de velas, y el horizonte blanquecino. De pronto, agarrándose a un brazo de John:

—¡Mira, viejo, allí, allí!... ¡No te quepa duda! ¡Es la "Tillie Sloan"!

John no contestó nada, absorto en la contemplación del ahogado.

—Se habrá caído del transportador — murmuró para sí.

El golfo gritó inesperadamente:

—¿Quién quisiera ir a avisar a un policía? No voy a dejar aquí el "fiambre" para que me lo quiten.

El agua agitábase entre los pilotes, realzando la mueca de superioridad sarcástica del ahogado.

—Y que un ahogado de "este calibre" no se encuentra todos los días. Es menester ver la ropa que lleva y el oro "que se traía" en la cadena del reloj — seguía diciendo el golfo. — Vaya, hombre, le doy dos dólares al que avise a la "poli".

—Pues lo que es esos dos dólares —dijo John—se los lleva el hijo de mi madre. Pues así que no hace tiempo que no sé lo que es tener diez céntimos en el bolsillo.

Y esto diciendo, echó a correr y dejó a Myers, fija la mirada en la goleta que se acercaba al puerto.

A poco oyó un murmullo a su espalda, y, volviéndose, vió a John con un policía, seguidos de un enjambre de curiosos.

El policía gritó al golfo:

—¿No serás tú mismo quien ha ahogado a ese hombre?

—Vamos, también son ganas de fastidiarle a uno... No hay más que verlo para comprender que lleva, por lo menos, un mes en el agua.

Dos horas después atracaba la goleta al muelle. Echado el tablón, salió Jurgerson de la "Tillie Sloan", vistiendo un traje azul de estameña, henchido de orgullo, sintiéndose vagamente admirado.

Del muelle dirigióse directamente al "bar". Verdad es que era hombre de tan pocos amigos, que tampoco tenía otro hogar adonde poder dirigirse.

La tripulación, rendida por los varios días de trabajo con las bombas, seguíale a distancia, como perros detrás de su amo. El piloto les había advertido que se negaran a seguir cobrando sus salarios en acciones del "café-bar", y que de ninguna manera se comprometieran a hacer otro viaje en la "Tillie Sloan".

—Si no me hacéis caso — les había dicho, — tened por seguro que no volveréis a tierra. La "Tillie Sloan" ha hecho con éste su último viaje, y ha llegado a puerto solamente por el esfuerzo de vuestros brazos. Sobre todo, no os emborrachéis. Que os liquide el patrón, y a buscar otro barco, que no faltan, por cierto, en San Francisco.

La buena gente le había escuchado en silencio y prometido seguir su consejo.

El sol, picando fuerte, despertó a algunos golfos que dormían sobre pilas de maderos. Al ver a Jurgerson, le gritaron:

—¡Hola, viejo! ¿Cuándo has llegado? Si quieres convidarnos..., ya lo sabes, por nosotros no ha de quedar.

Jurgerson, humillado, apretó los dientes con rabia.

—Hace dos años se quitaban la gorra al verme pasar — masculló. — Ahora... me tratan como a un igual suyo. Pero lo que no saben ellos es que volveré a ser el de antes. Sí, no por mis puños, por mi dinero... ¡El de antes! ¡El de antes!

III

—¡Capitán Jurgerson, mi amo, que sea usted bienvenido!

Pero Jurgerson cortó la salutación de Myers, para que el cocinero atendiera a la tripulación.

—Una ronda para toda la gente. ¿Y John? ¿Dónde está John?

—Está haciendo un pequeño negocio en el puerto.

Y le contó la historia del golfo y el ahogado.

—Señores — dijo Jurgerson volviéndose a sus hombres, — a sentarse y a beber una ronda por mi cuenta.

Pero uno de ellos objetó, en nombre de todos:

—Muchas gracias, capitán. Pero no bebemos.

—¿Que no bebéis? Ven aquí..., dime... ¿Qué os pasa?

Pero sus ojos no miraron al que acababa de hablar, sino al piloto, lanzando rayos de hostilidad y de cólera.

Como no contestase nadie, Jurgerson insistió con gesto decidido:

—¡He dicho que a beber una ronda! Y yo el primero. Conque, amigos, a vuestra salud.

Levantó su copa, y la fuerza de la costumbre o el espíritu de disciplina agrupó a los hombres en un estrecho círculo para imitar el gesto del patrón, quien, al verse obedecido, prorrumpió en una carcajada insolente:

—¡Otra copa, amigos!

Y otra vez bebieron, ya "calientes las bocas". No pagarían un céntimo. Hasta nueva orden, lo que se bebiera sería por cuenta del patrón. Hallaron mesas a las que sentarse y naipes con los que pasar el rato. El ruido obsesionante de las bombas fué extinguiéndose poco a poco entre las brumas del alcohol.

El piloto los miraba desilusionado. Jurgerson seguía dominándolos y los obligaría a otro viaje en la "Tillie Sloan", que se hundiría a dos millas de la costa. El desalmado era dueño de sus voluntades y de sus salarios. ¡Pobre gente!

Se abrió la puerta y entró el viejo John sonriente y presuroso. Un áureo tintineo le acompañaba en su andar. Inmediatamente, Jurgerson le abordó:

—Ven aquí tú y dame ese dinero. ¿Te crees que voy a dejarme robar? Robarme, sí. El tiempo que no estás aquí es dinero que me robas. ¡Hala! Echa esos dos dólares en el cajón. ¡Pero vivo!

Sin darse cuenta de lo que hacía, automáticamente, John echó los dos dólares en el cajón del amo.

Sólo se atrevió a murmurar:

—La verdad... que es un poco fuerte... para quien no cobra ni siquiera lo suyo...

—No te apures, que vamos a liquidar antes de lo que tú te figuras... Ahora, a cumplir tu obligación y a servir a esta gente lo que pida. Pero a servirles de lo bueno, sin trampa... ¡Tú me entiendes!...

—¡Tres hurras por nuestro capitán! — gritó un entusiasta.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! — gritaron todos.

El piloto seguía observándolos con una mirada de conmiseración y, al mismo tiempo, de contenida rabia. Y Jurgerson, a su vez, observaba al piloto...

Después fuése al mostrador y apremió al cocinero:

—Tú, Myers, a ver esas cuentas. Los libros y la caja.

Myers y John justificaron a satisfacción de Jurgerson las entradas y salidas más insignificantes. El capitán llenó los bolsillos con el contenido de la caja y avanzó unos pasos hacia la puerta.

Pero el piloto le detuvo y le dijo con voz reposada y firme:

—Necesito que arreglemos cuentas. Y necesito, además, saber adónde se dirige con ese dinero.

—Sí, señor. Y nosotros también — dijeron Myers y John, que se habían reunido con los bebedores.

—¿De manera que necesitáis...? —balbuceó Jurgerson.

—Arreglar cuentas; ya lo ha oído usted — siguió el piloto. — Y las arreglaremos, no le quepa duda. Sabe usted muy bien que la goleta está inservible desde hace un año, y, a pesar de todo, no se le da nada el embarcar a la gente, aun a riesgo de que no volvamos nunca más a tierra. Además, se niega usted terminantemente a gastarse un céntimo en repararla; pero no a cobrar todo lo que produce y a embolsárselo para usted solito, como si fuera usted el único que aquí sabe ganarlo.

—No me lo embolso... Iba, sencillamente, a ponerlo en el Banco. Ahora, que... si resulta que sois tan impacientes..., pues, nada, nada..., que cada uno tendrá su dinero. A ver si conocéis a alguno que se atreva a decir que Jurgerson no cumple su palabra. Esperadme aquí... Voy al Banco a sacar dinero y a poner en claro las cuentas. A las cuatro me tenéis aquí. Pero me tendréis aquí para liquidaros de una vez, de una vez, que antes me corto el cuello que volver a la mar con esta reata de gandules.

Salió dando un violento portazo.

—Volverá. Volverá — afirmó el bendito John con su ingenuidad de siempre.

Myers se fué al mostrador, moviendo la cabeza en un gesto dubitativo y desesperanzado, y Crockett, el piloto, se sentó a una mesa solitaria y ocultóse el rostro entre las manos.

Cuando Jurgerson volvió la primera esquina de Berry Street, detúvose un momento, y al comprobar que de nadie era perseguido, aligeró el paso y aun corrió algunos trechos hasta llegar a la casa consignataria por encargo de la cual había realizado su último viaje.

Después de cobrar el importe del flete por el cargamento de madera que había traído a San Francisco, volvió a salir a la calle para, desde allí, dirigirse directamente al puerto.

Al acercarse a la "Tillie Sloan" iba hablando solo, como un borracho o un demente. Subió a bordo, y en seguida asomóse a la bodega.

—¡Malo! ¡Malo! Lo menos hay aquí cuatro pies de agua... En fin..., con un pequeño arreglo y la gente en las bombas... uno o dos viajes más no hay quien me los quite.

De una manera o de otra, él acabaría por embarcar a la tripulación. Myers le ayudaría... Ya sabría el encargado del "bar" poner a la gente en condiciones de obediencia... Pero ¿y el piloto? Crockett, con toda seguridad, no volvería a embarcarse. Bien. Ya procuraría él traerlo paseando una noche al puerto, y acaso, en la obscuridad... ¡Entonces sí que liquidaba con él, pero lo que se dice del todo!...

IV

Dieron las cuatro, y las cuatro y media... y las cinco. La gente, que esperaba en el café de Berry Street, empezaba a impacientarse. A las cinco y media, Crockett se fué al muelle, en donde un guarda le dijo que Jurgerson había salido de la "Tillie Sloan" po-

---

Un caso curioso de divorcio

Hombre desenmascarado por su perro

El tribunal de divorcio de Los Angeles (Norte América), ha entendido durante los últimos días en una demanda presentada por mistress Ida May Sheldon, la cual manifestó que no podía, en conciencia, continuar viviendo con un hombre que le había ocultado al casarse su verdadera posición social, haciéndola víctima de un engaño.

La demandante dijo que su marido se hacía pasar por negociante y que en sus asuntos ganaba sumas cuantiosas que le permitían sostener con largueza los mayores dispendios de la esposa.

Y, en efecto, desde que contrajeron matrimonio, mistress Ida pudo satisfacer todos sus gustos sin que el marido le escatimara los fondos necesarios.

Hace poco tiempo mistress Ida salió a tiendas, llevando en su compañía un perrito que pertenecía al marido.

De pronto, al pasar por una calle, el animal se separó de su ama y corrió en dirección a un hombre viejo, portador de una larga barba blanca, ante el cual se puso a saltar con muestras de gran contento.

La dama se apresuró a seguir al perro para sujetarlo; mas al fijarse en el anciano, que era un mendigo y tenía la mano tendida para que en ella las "buenas almas cristianas" depositaran sus socorros, advirtió en él algo que le era vagamente familiar.

Entonces, mistress Ida May se acercó al pordiosero, y de un tirón le arrancó la barba.

Con lo cual dejó al descubierto el rostro de su propio marido.

El Tribunal ha dictado un fallo favorable a las pretensiones de la demandante.

cos minutos antes. Vuelto al café, todo lo encontró igual que antes de su salida, salvo que la atmósfera era un poco más espesa de tabaco, aguardiente y juramentos...

Y así pasaron los días, al cabo de los cuales, el piloto, en su nombre y en el de sus compañeros de engaño, presentó una denuncia contra el capitán de la "Tillie Sloan" por falta de pago. Como este procedimiento de cobro sería un poco lento, no estaría de más procurar entrevistarse con "Pata de Palo".

La tarde del tercer día volvió al muelle. Le dijo el guarda que la "Tillie Sloan" se había retirado y había echado anclas en la bahía.

— No puede ser... Llegamos hace tres días con la cala inundada. Si mientras tanto, como me figuro, nadie ha trabajado en las bombas, a estas horas debería estar la goleta casi hundida.

El guarda explicó:

— Por eso mismo. Para que no se hundiera en el muelle... Ayer se la llevó a remolque el "Elizabeth".

— Está bien, amigo. Muchas gracias.

Instantáneamente tomó la determinación que juzgó más acertada. Había que terminar de una vez y cuanto antes... Se acercó a un botero conocido y le propuso que le dejara un bote... por lo que fuera. La cuestión de precio era en aquellas circunstancias lo menos importante.

Descendió la escalerilla, subió al bote y empezó a remar hacia la bahía, entre un laberinto de buques y barcazas, hasta acercarse a Goat Island.

Dejó los remos, se puso en pie y escrutó a través de las tinieblas... Lo mismo que en el bosque sólo el guarda conoce sus rincones y senderos, el marinero descubre su propio barco entre la más compacta multitud de naves. Distinguió entre tantas una lucecilla feble, y hacia ella remó vigorosamente, seguro, convencido de que se dirigía a la "Tillie Sloan".

Con silencioso remar — dijéranse los remos de pluma, — el piloto deslizóse por junto a un costado de la goleta, ató el bote a una barra de la escalerilla y subió ésta cauta y sigilosamente... Nada se oía a bordo. El, sí; Crockett percibía los latidos de su corazón. De puntillas anduvo unos pasos... ¿Eh? ¿No se equivocaba? ¿No era ilusión de su vista? No. No... Salía una pálida claridad por uno de los tragaluces de la cámara de popa... Crockett se arrojó al suelo y se fué aproximando al tragaluz, unas veces apoyándose en las manos y en las rodillas, otras casi arrastrándose... Cuando los filos de su mirada penetrarón en la cámara de Jurgerson, el espía no pudo reprimir un juramento, mascullando con voz imperceptible.

Jurgerson, sentado en una silla ante una mesa, tenía entre sus brazos su pata de palo, y la estrechaba contra su pecho como a un niño de pañales. Después, con gestos de animal de rapiña, fué cogiendo de encima de la mesa pequeños fajos de billetes e introduciéndolos en la parte superior — la más gruesa — de su pata de palo... Tan bien dispuesto tenía su insospechable escondite, que, una vez en su sitio la pierna de palo, sus correas ocultaban perfectamente la diminuta puertecilla y la aun mejor disimulada cerradura.

Crockett se retiró de su observatorio para dirigirse a la escalera de la cámara. Antes de empezar el descenso se quitó los zapatos. Suavemente bajó hasta la cámara, y suavemente abrió la puerta de la cabina de Jurgerson.

Hubo un mutuo acuchillamiento de miradas feroces. La voz ronca del capitán profirió en un trémolo de rabia contenida:

— ¡Ladrón! ¡Ladrón!

El piloto no contestó al insulto. Pero con voz firme, casi mascando las sílabas:

— Jurgerson — dijo, — hay que pagar. Ha llegado el momento de pagar.

Con rapidez de centella, Jurgerson se levantó. El muslo derecho se balanceó un segundo, grotesco y trágico.

— ¿Quieres cobrar? ¡Pues voy a pagarte! ¡Toma!

Con una agilidad de gorila enarboló la pierna de palo y se la arrojó a la cabeza. Supo el piloto encogerse a tiempo, aunque no evitar que una lengüecilla de bronce del ajuste de la pata le rasgase la cara desde un pómulo hasta el mentón.

A continuación se entabló una lucha horrible con encono de bestias o de endemoniados.

Abrazados, levantándose aquí, cayendo allá, entre un desconcierto infernal de rugidos y blasfemias, sin la tregua de un segundo en el feroz encuentro, ganando escalón por escalón la escalera de la cámara, salieron, al fin, a cubierta, y allí, bajo la mirada nerviosa y al mismo tiempo impasible de los astros, siguieron la lucha, estrechándose más y más en abrazos asfixiantes, tundiéndose a patadas, acribillándose a mordiscos, hasta rodar como un fardo y chocar violentamente contra las gruesas columnas de la baranda.

Los fuertes brazos de Jurgerson lograron rodear como serpientes el cuerpo del piloto y, en un supremo esfuerzo, alzarlo sobre la baranda y arrojarlo a las sucias aguas del puerto. Pero Crockett, al sentirse irremediablemente vencido, logró a su vez arrebatar a Jurgerson el codiciado tesoro de su pata de palo, y con ella entre sus brazos cayó al agua. Entonces, como una bestia a quien arrebatan su cría, Jurgerson rasgó el silencio de la noche con un grito espantoso, dió un salto de tigre y se arrojó al agua tras el piloto.

Volvieron a enlazarse patrón y piloto, logrando, ahora uno, ahora otro, emerger del agua un momento para librarse de la asfixia; pero sin que, ni por un instante, ni uno ni otro soltase la pata de palo, el objeto maravilloso por cuya posesión arriesgaban tan denodadamente el don supremo de la vida.

Unas veces cubrían los rostros una roja espuma burbujeante; otras la blanca espuma fosforescente de las pequeñas olas.

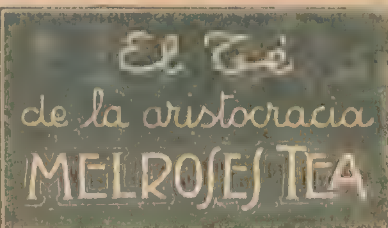
Al fin llegó un momento en que sólo un cuerpo emergió del agua: fué el del piloto. A su lado flotaba la pata de madera, con toda presteza y agilidad recuperada por el superviviente.

Tendido de espaldas, el rostro apenas emergiendo de las ondas, Crockett se dirigió nadando hacia el costado de la "Tillie Sloan". Llegó al bote, subió a él y lo desamarró de la barra de la escalerilla, sin darse cuenta, en su debilidad y desasosiego, que para desamarrarlo tuvo que hundir completamente los brazos en el agua.

Pero si en aquel instante no se daba cuenta de nada, poco después, vuelto al dominio de sí mismo por el aire fresco de la noche y el orgulloso reconocimiento de su victoria, sí pudo observar cómo la "Tillie Sloan" inclinábase hacia estribor y hundíase lenta, pero ininterrumpidamente, en el agua. Dijérase que la goleta, libre de la esclavitud de Jurgerson, se apresuraba a desaparecer en una suprema aspiración de quietud y descanso...

V

Desde el muelle desierto, Crockett se dirigió a toda prisa a Berry Street.



Apenas abrió la puerta del café, gritó a Myers:

— ¡Tú, buen mozo, que se largue todo el mundo, excepto la gente de la goleta! ¡Y a cerrar en seguida!

Sangraban sus mejillas y sus brazos, mientras minutos después golpeaba con un martillo la pata de palo que había arrojado sobre el mostrador. Saltaron los grasientos fajos de billetes y Crockett pagó a cada uno hasta el último céntimo.

Uno se atrevió a preguntar:

— ¿Cómo se las ha arreglado usted para convencer a ese mal hombre?

— A fuerza de puños. Pero no te importe el cómo cobras. Tú cobra y lárgate... Y hasta más ver.

Cuando quedaron solos Crockett, Myers y John, el piloto les dijo:

— A ver vuestras acciones... Las de Jurgerson las he repartido entre la gente de a bordo. Se acabaron las acciones del café-bar para engañar a las personas decentes. Mañana pondremos en venta todo esto, y después de pagar a todo el mundo, nos repartiremos el sobrante.

Myers tomó su dinero y se quedó contemplándolo con una mirada de idiota.

Pero John habló por los dos:

— Myers se calla porque no sabe expresarle su agradecimiento... Yo le doy a usted las gracias y le ruego me guarde lo mío. Con un hombre como usted voy yo hasta el fin del mundo. Usted dirá en qué negocio empleamos este dinero...

— Gracias, viejo — respondió Crockett con una sonrisa de halago. — Vamos a comprar una goleta... En ella habrá siempre unos platos para que tú los friegues y un poco de carne para que Myers nos haga un estofado.

Iba a seguir hablando; pero se detuvo al advertir un rostro hinchado y velludo contra los cristales de la puerta de entrada.

— ¡Mirad! ¡Mirad!... ¿Quién es aquel demonio?

John encogió sus ojillos, y repuso:

— Anda, pues si es el golfo que me dió los dos dólares la otra mañana. Viene a tiempo. Voy a devolvérselos. Probablemente le hacen más falta que a mí.

Se fué a la puerta, la abrió e hizo entrar al golfo.

— Toma. No me preguntes por qué. Te los doy porque me da la gana.

— Y por mi cuenta y la de Myers, ahí van esos diez dólares — añadió Crockett tendiendo al golfo un par de billetes.

El golfo, embrutecido por el alcohol y la miseria, dió las gracias torpemente y se dispuso a salir.

Pero el piloto le detuvo.

— Escucha, galán... Dentro de unos cuatro o cinco días te vas a ganar otros diez dólares.

— ¿Sabe usted de otro ahogado? — profirió el miserable, en los ojos un rayo de codicia.

— Y de primera clase. "Pata de Palo" se llama.

El golfo lanzó una carcajada, como expresión de su irreprimible contento, y riéndose aún, saludó y se dirigió hacia la puerta.

Al andar armonizaba con su risa macabra el palmoteo contra el suelo de sus grotescas suelas desprendidas.

La vida del misterio

RELOJES PROFETICOS

Arturh Levy, en carta que escribió al sabio Flammarión, cuenta un episodio curiosísimo, de que fué protagonista un reloj.

"Una noche—escribe el señor Levy —estábamos reunidos en el comedor de la casa de mis padres, en Epinal. Toda la familia se hallaba alrededor de la mesa, iluminada por una lámpara de suspensión. Mis padres jugaban al "bézigue" y los niños estaban haciendo sus deberes de colegio.

"Sólo el tic-tac de un reloj, que estaba sobre la chimenea bajo un fanal de vidrio, rompía el silencio que reinaba en la habitación.

"De pronto, a eso de las nueve, se oyó un ruido en el reloj, como si se le hubiese saltado la cuerda. "Bueno —dijo mi padre;—el reloj se ha descompuesto".

"Pero en seguida la máquina siguió funcionando con su tic-tac regular. ¿Qué había pasado? Se convino en llamar al relojero al día siguiente. Vino, y después de un prolijo examen, comprobó que no había nada de anormal y que el mecanismo estaba perfectamente en orden. No pudo darnos ninguna explicación respecto al ruido extraño que habíamos oído.

"Al otro día—en aquella época no estaba tan extendido el telégrafo como actualmente—nos llegó la noticia de la muerte de mi abuelo materno, ocurrida a la hora y día exactos en que el reloj había sonado de un modo raro. La coincidencia nos llamó la atención; pero no le concedimos mayor importancia.

"Transcurridos unos meses, estábamos reunidos como de costumbre en el comedor cuando oyóse el extraño ruido del reloj. Entonces nos alarmamos, esperando otra mala noticia. Efectivamente; un hermano de mi madre murió, coincidiendo su fallecimiento con la hora en que el reloj dió aquella especie de crujido misterioso.

"El reloj se convirtió desde entonces en un objeto de angustia para mi familia, y al menor ruido mirábamos hacia él con ojos de espanto.

"Jamás nos hemos preocupado de fenómenos psíquicos; pero este hecho nos ha llamado grandemente la atención."

□

Otro suceso singular, y en el que también interviene un reloj, es el ocurrido en casa del estudiante E. Imbert.

Había tenido éste el inmenso dolor de perder a su madre.

La noche del velorio hallábanse en la habitación contigua a la en que se había instalado la capilla ardiente tres personas, entre ellas el hijo de la fallecida.

De pronto, un reloj que estaba sobre una consola, y cuyo mecanismo se había descompuesto desde varios años atrás, echó a andar, y aunque las manecillas marcaban las once y veinte, dió doce campanadas.

¿Qué fuerza misteriosa animó a aquel reloj cuyos resortes estaban enmohecidos, y que había permanecido silencioso durante tantos años?



Por tierras del Islam

Alrededor del Mediterráneo

Existen países de tal riqueza cromática, de matices tan señalados, de belleza tan acentuada, de encantos tan continuados, que parecen hechos sólo para que la vista se recree y la persona que los observe se sature de belleza al ver cómo, por múltiples que sean los aspectos de civilización exótica que en ellos se hayan querido injertar, conservan siempre sus características y acentúan sus notas diferenciales, como si el tiempo resbaláse por ellos y no hubiese que verificar cambio alguno para amoldarse a su marcha.

Tal sucede en esos pueblos que siguieron las doctrinas del fundador, a quien Medina acogiera, y en pos de la media luna marcharon por tierras extrañas a imponer su yugo y a escuchar, junto a los muros de poblaciones antiguas, las voces que el almuédano lanza desde lo alto para avisar a los creyentes la sumisión que deben a Alá; esos pueblos que dejaron huellas de su paso en los alicatados que nos hablan de su arte y en esas palmeras que tienden sus brazos, como si fuesen un creyente más que elevase su oración al cielo.

Los descendientes de esos pueblos, aun cuando no conserven la grandeza de sus antepasados, conservan costumbres, rasgos e indumentaria, lo cual les hace interesantísimos para el observador. Aun se puede contemplar el paso pausado de esas caravanas, a las cuales parece que nadie aguarda; el desfile de figuras envueltas en amplias vestiduras; el abigarramiento y algarabía de los zocos; la inacabable hilera de mendigos que salmodian su petición; los ligeros y diminutos asnos que portan los útiles de alguna pequeña industria; al encantador de serpientes, cuya mirada impone; los grupos de viejos que fuman a la puerta de algún tenducho con esa resignación de la raza que no espera ya nada; las filas de creyentes que marchan a alguna mezquita para orar con la fe de los tiempos que fueron; las vistosas procesiones, donde los sonidos de melancólicos instrumentos se unen a la polifonía del acompañamiento; las danzas rítmicas, que tienen carácter de rito; las moras que marchan tapadas, como si quisieran guardar una belleza que pregonan sus ojos; la chiquillería astrosa, que grita y demanda sin cesar; los esqueletos vivientes de los leprosos, que extienden al caminante su sarmentosa mano...

Todo igual que en el pasado, y si el teléfono levanta sus castilletes por entre la austeridad del ciprés y el "auto" y el ferrocarril ponen lo veloz de su marcha junto al lento caminar de las caravanas, es como una cosa muerta que está pidiendo a voces un desplazamiento para que quede sólo lo ancestral, lo que fué de ayer y es de hoy, lo que nació con la primera palmera y morirá con la última llamada que se oiga desde lo alto avisando a los adeptos de Mahoma.

Hasta el siglo XVII, en que Muley Ismael cambió la capital del imperio, Marrakech fué la capital de los sultanes de Marruecos. "Los príncipes, se ha escrito, escribían la historia con los monumentos", y así la ciudad presenta, junto a la esbeltez del minarete de la Koutoubia, la suntuosidad de la mezquita de Carbah, edificada en la época de gloria del Islám, cuando la Giralda de Sevilla desplegaba sus encajes al viento y la torre Hassan de Rabat causó la admiración de los caminantes. Son notables también las ruinas de El Bedi, al cual se le llamó un día "la maravilla de las maravillas". La Bahía, palacio moderno, magnífica muestra del estado del arte árabe actualmente.

Marrakech es una de las ciudades que conserva más puro el sabor árabe, no obstante el elemento europeo que en ella habita. Su gran palmera parece indicar que tras de los restos de murallas que rodean la ciudad, encontrará el visitante un conjunto de escenas, una continuidad de visiones pintorescas, una de las cuales se acordará complacido cuando haya abandonado la ciudad en donde los jefes saadinos reposan.

.. ..

Parecidos a los tipos, paisajes y costumbres que en Marrakech, como en casi todo Marruecos, se encuentran, pueden contemplarse en Argelia, a pesar de que el elemento español, francés e italiano predomina; la arquitectura no muestra esa riqueza de los vestigios que antes indicábamos.

.. ..

Más de la tradición, si cabe, más consubstanciales con el suelo, son los árabes que pueblan la gran península arábiga, cuyos lugares más importantes registró la historia de las religiones.

En efecto, el árabe de hoy es idéntico al del tiempo de los Profetas; sobrio para el regalo, puede soportar las mayores privaciones resignadamente; agradecido y hospitalario, pasea su independencia por los lugares que, dado su amor a la libertad, defendería tenazmente; suele expresarse elocuentemente y gusta de las imágenes poéticas, con las que esmalta cualquier conversación; su casa y sus muebles son la tienda y la silla del camello; sus riquezas, el camello y el caballo; su alimento, las frutas, la leche, el pan y la manteca. Tan del pasado es este pueblo, que en algunas tribus nómadas se conserva el gobierno patriarcal, como en aquellos tiempos de los cuales nos hablan las páginas del Antiguo Testamento. Y a la vera de algún camino o a la sombra de algún sicomoro, no es raro contemplar un grupo de beduinos que escuchan absortos las narraciones de cuentos y leyendas o se embelesan con las notas de un sencillo instrumento o con las bellezas que encierra una poesía, a la que tan aficionados son.

.. ..

Damasco es una de esas ciudades donde no se sabe qué admirar más, si la belleza de sus campos, donde la viña pone la lujuria de sus racimos y los árboles ofrecen regocijo a la vista y lenitivo al cansancio, o los magníficos jardines que hasta en las casas más modestas se encuentran; si el magnífico panorama que desde lejos se contempla, con sus múltiples torres y cúpulas, o el estruendo y animación de sus calles. Damasco, que mereció que Mahoma colocase en ella uno de los cuatro paraísos terrenales, muestra el espectáculo único de la plaza del Serrallo, al este de la cual los famosos bazares son el punto más concurrido y de más tráfico de la ciudad.

La belleza que en sus campos, edificios y jardines presenta no pudo menos que hacer de Damasco una población de artistas, y así creció en ella el arte de la ornamentación. Los damasquinados, la cerámica, las telas, los damascos e incluso los chapines indican hasta qué punto es artista este pueblo, que en todos los tiempos ha sido el punto de convergencia de las caravanas que habían de ser medio para enviar al mundo las bellezas que de los talleres de Damasco salen.

.. ..

La poesía es, sin disputa, el género que los árabes han cultivado con más éxito y más originalidad. Los poemas anteriores a Mahoma están llenos de carácter y dan la impresión de la vida activa de los pueblos del desierto. En ellos se canta el valor, la hospitalidad, la victoria, el amor... Los poetas eran casi siempre guerreros que alternaban la lucha con el canto, la acción brusca con la meditación y el ensueño, y que cumplían con exactitud lo de que todo árabe de raza debe manejar a la vez la espada y los versos.

Todo acontecimiento notable se cantaba en éstos, y lo mismo el combate en donde el vencedor huyó, que la traición esquivada, hacían que el estro corriera y que surgiese la canción que había de correr de boca en boca. Sobre toda otra condición se apreciaba la facultad de improvisar, de hacer que junto al hecho surgiese el comentario poético que lo había de hacer perdurable. La mayor parte de estos poemas no pasan de veinte o treinta versos; algunos contienen de treinta a cien.

El amor, como elemento primordial de todas las literaturas, tiene también en la árabe un marco admirable, y en sentidos versos se canta a la amada que espera en la penumbra de las recogidas estancias o atisba la vuelta del caballero desde las celosías.

.. ..

Con el nombre de arabesco se conoce el estilo decorativo empleado por los árabes, el inspirado en él o el que recuerda este estilo, por tener como motivo principal de ornamentación las formas geométricas, las hojas y las flores. El arabesco, no obstante su nombre, es anterior a los árabes, pues se sabe que lo emplearon los egipcios y los asirios, adoptándolo después los griegos y los romanos.

El Renacimiento italiano fué quien lo introdujo. Siguiendo la tradición de los árabes, que no pueden interpretar la figura humana en estos arabescos, se atendía preferentemente a las figuras geométricas, unidas a las flores, y eran, en general, adornos con superficies planas o relieves policromados de muy poco saliente.

Los verdaderos arabescos son los que ejecutaron los árabes africanos, como lo muestran las joyas arquitectónicas que dejaron en España.

.. ..

De arraigado amor al pasado, el árabe, aun cuando circunstancialmente parezca transigir con todo lo que no es autóctono, añora el vivir de sus antepasados, sueña con ellos, le domina la misma ambición y le empequeñecen los mismos defectos. Pasarán los siglos y seguirá siempre con la misma nostalgia, paseando su ensueño bajo los árboles seculares, o contemplando inmóvil cómo las tintas del crepúsculo se esfuman, mientras que se deja oír la voz del almuédano, que por millares de veces repite que la grandeza de Alá no ha sido jamás superada.

DULCE PASAJERA

Dulce pasajera: tú me has confundido
miserablemente. Si en delicadeza
enjoyé mis versos para tu belleza,
fué por elogiarte, y no has comprendido!

Fué por elogiarte, dulce pasajera.
¿No elogian las auras las fragantes flores?
Y hasta la cantiga de los surtidores,
¿no elogia a los besos de la primavera?

Y siendo poeta, ¿cómo no cantarte
el canto divino que tú me inspiraras?
¡no te cantó el hombre de pasiones raras,
más si el idealista que bendijo el Arte!

II

Dulce pasajera: tú no has comprendido
el giro impecable de mi noble verso:
él soñó elevarte sobre el universo
para en tu belleza verse embellecido!

No fué mi poesía la declaratoria
del vulgar idilio que nunca he soñado;
pero fué el saludo galante y sagrado
para tu belleza que plasmé la gloria!

Tú me has confundido, dulce pasajera;
pero no te culpo por tus confusiones,
¡vivimos un siglo de bajas pasiones:
ya no hay idealismo; sólo Sancho, impera!

III

No me has comprendido, rayito de luna!
¡Ah! si tú supieras que tengo una esposa
siempre idolatrada, siempre venturosa
por el dulce infante que arrulla en su cuna!

¡Ah! si tú supieras que soy para el hijo
luz, flor y suspiro, canción y sonrisa;
que mendigo besos al sol y a la brisa
para el heredero que Dios me bendijo!

Te arrepentirías, dulce pasajera,
de haberme dañado con tu pensamiento!
Yo soy una lira toda sentimiento
en el huerto alado de la primavera!

Canté a tu belleza mi canción sonora,
impecablemente, ¡no la comprendiste!
por eso estos versos los escribo triste,
y van a tus manos muy tristes, señora!

Ricardo M. LLANES.

El cochero de Carlos V

En 1539 losganteses se habían rebelado contra el dominio del emperador Carlos V, pero el movimiento fué prontamente sofocado y los cabezas de motín fueron condenados a muerte el 17 de marzo de 1540. Nueve de ellos fueron ajusticiados en ese día, y el 5 de mayo debía subir al cadalso el último de los jefes amotinados.

Era este desgraciado un rico mercader llamado Juan Teursten, al que su padre había dejado una considerable fortuna. Tenía aquél una hermana de tal belleza que se había hecho proverbial en Gante.

Cuatro años antes de la época a que nos referimos, el hijo de un mercader de paños había pedido la mano de Renilde, tal era el nombre de la hermosa; pero el hermano, por considerar que el pretendiente no era bastante rico, negó su consentimiento para tal alianza.

Miguel Weber, así se llamaba el enamorado joven, abandonó su patria y fué a España a buscar fortuna, y después de haber luchado largo tiempo contra su mala suerte, ésta le deparó el nada despreciable empleo de cochero del emperador.

Al volver a Gante con el príncipe, su primer paso fué avistarse con la hermosa y adorada Renilde. Weber supo entonces con espanto que Juan, hermano de su novia, era uno de los condenados a muerte a causa de las resultas de los últimos sucesos, y al mismo tiempo le dijo Renilde:

—Si mi hermano no obtiene su perdón, de lo que aun tengo esperanzas, estoy resuelta a meterme en un convento y consagrar el resto de mi vida a la oración y a la penitencia.

Weber marchó al punto a la prisión con la esperanza de conseguir de Juan el beneplácito para su enlace con Renilde, y después que oyó éste todo lo que el cochero había sufrido por amor a su hermana, le contestó:

—Escucha, Weber. Sácame de este calabozo, o consígueme un perdón, y al instante serás mi hermano.

Weber, desconsolado con semejante respuesta, salió de la prisión; los momentos eran preciosos; no faltaban más que cuatro días, ¿y qué podría hacer en tan limitado tiempo? En vano empleó en los tres primeros el apoyo de Fernando, Rey de Romanos, y de María de Hungría, que por casualidad se hallaban a aquella sazón en Gante. No consiguió sino una absoluta prohibición de hablar en favor del condenado. Ya no restaba más que un día de esperanza a Weber y a Juan Teursten. El primero volvió a la prisión.

—¿Has adelantado algo? —exclamó el prisionero.

—Lo mismo—fué apercibirle.

Weber calló.

—¡Gran Dios, mañana es el día fatal!

—Nada he podido conseguir—respondió tristemente Weber.

—¿Pero tú te olvidas—repuso Juan—que eres cochero del emperador? ¿No sabes que si encuentra algún condenado a su paso por alguna calle está obligado a perdonarlo? Miguel, por Dios, conduce al emperador por donde yo he de pasar mañana, al dirigirme al suplicio.

—El medio es bueno—dijo para sí Weber;—pero lo malo es que el emperador gusta más de ir siempre a caballo que no metido en carruaje.

—¿Sale mañana el príncipe? —preguntó Juan.

—Creo que a las diez saldrá con dirección a la Casa Consistorial, y volverá a las doce a comer a su palacio—contestó Weber.

—He aquí sobre lo que yo fundo mis esperanzas—repuso Juan;—Miguel, es preciso que conduzcas al emperador hacia el lugar de la ejecución.

Weber estaba como pensativo.

—Calla—dijo de pronto,—quizá puede ser que tenga esa dicha, pues he oído que el príncipe estaba un poco indispuesto de resultas de la caza de ayer, y será muy probable que por su mal estado mañana no salga sino en coche.

En este momento la puerta del calabozo se abrió y los confesores entraron a fin de disponer al reo para su última jornada. A poco tiempo se anunció en todos los sitios públicos por el pregonero que al siguiente día, 5 de mayo, el último de los condenados sufriría el último castigo.

El cochero, a la mañana siguiente, recibió la orden de tener dispuesto el carruaje para la hora de las diez. Al dar el reloj esa hora, el emperador subió en su coche; Weber ocupó su puesto en la delantera y los caballos se dirigieron a las Casas Consistoriales, a cuyas deliberaciones iba a asistir el príncipe.

Weber era presa de las más terribles angustias. La ejecución debía verificarse a mediodía; si la sesión no se levantaba poco antes de esa hora, Juan era perdido sin remedio.

El minutero del reloj señalaba ya las doce menos cuarto, y el eco fúnebre de las campanas de la agonía se oía con la mayor claridad. En este momento salió Carlos V, sube al carruaje y el oficial de la escolta indicó a Weber las calles por las que expresamente había dispuesto aquél ser conducido a su palacio, y evitar de ese modo el encuentro con el reo.

El cochero se persignó y encomendándose a la protección de su patrón, se dirigió con confianza por las calles indicadas, mas al llegar a los almacenes de heno, se volvió bruscamente por diferente camino, haciendo galopar los caballos a fuerza de latigazos. En seguida, a pesar de las voces y resistencia de la escolta, atravesó la calle de Graneros, el puente del Matadero, y llegó por último con el coche a la plaza de Santa Faraílde, donde aquél se detuvo sin pasar más adelante.

Asombrado el emperador del extraño camino por donde se le había conducido, se asomó a la portezuela del carruaje, que se hallaba rodeado por la multitud, y al momento ésta prorrumpió en gritos de alegría. El ejecutor arrojó la cuerda con que iban a ser ligadas las manos del reo. El confesor, dispuesto ya a darle la última absolución, exclamó: *Alabado sea Dios.* Carlos V hizo una inclinación de cabeza y Juan Teursten fué perdonado entre los aplausos de la muchedumbre.

Vuelto ya a su palacio el emperador, mandó comparecer ante su presencia al cochero. Weber lo confesó todo:

—Señor—dijo por último al concluir su relación,—V. M. ha hecho en este día la felicidad de cuatro personas.

—¿Quiénes son esas? —preguntó el príncipe.

—V. M., Renilde, vuestro cochero y Juan Teursten—contestó Weber.

—Dios sea con vosotros—repuso el emperador,—y sed felices.

Y al momento pasó a la habitación inmediata a contar lo sucedido al rey Fernando y a María de Hungría, sus hermanos.

Ocho días después, Miguel Weber celebró su matrimonio con su querida Renilde.

ida a su sastre los casimires
BELWARP LIMITADA
Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

E L A H O R R O

Por Gabriel Bauge

La señora de Durand era el tipo de la perfecta ama de casa. En su hogar reinaba el mayor orden. Y para poder ser fiel a sus principios de estricta economía, era ella quien guardaba los cuartos. Todos los meses el señor Durand entregaba a su esposa su mensualidad de jefe de Negociados del Ministerio de Instrucción Pública. La señora de Durand contaba escrupulosamente los billetes de Banco, se cercioraba de su legitimidad y entregaba a su esposo cincuenta francos para sus gastos de tabaco y "Metro".

Al señor Durand no le agradaba el procedimiento, pero se resignaba. Lo aceptó primero por debilidad y luego por costumbre. Pero un día Durand encontró aquello humillante. Fué una tarde en que, invitado por sus amigos a jugar una cuarta partida de dominó, no pudo aceptar por miedo a tener que pagar diez francos, importe de la consumición.

Entonces Durand se puso a economizar sobre sus cigarros y los trayectos que hacía cuatro veces al día en el "Metro". Su proyecto era, en cuanto hubiese ahorrado los primeros cien francos, irse con los compañeros de jira campestre; pero cuando los hubo reunido, al cabo de tantas privaciones, pensó que era estúpido gastarse cien francos en unas horas.

Guardó la suma ahorrada y siguió economizando. Al cabo de algunos años llegó a tener en su poder cinco billetes de cien francos, pero a medida que su tesoro crecía, aumentaba su miedo de ser víctima de un robo. Dejar los billetes en su cajón de la mesa de su oficina era muy peligroso; llevarlos en el bolsillo era exponerse a que cayesen en manos de su mujer, y en cuanto a depositarlos en algún Banco, no se le ocurrió.

A Durand le parecía que aquel dinero era algo misterioso y que debía ocultarlo a todo el mundo.

El desgraciado no dormía. Después del sueño perdió el apetito. Adelgazaba de un modo alarmante. Y un día, no pudiendo soportar más tiempo aquella situación, al llegar a su casa metió la mano en el bolsillo, sacó los cinco billetes de cien francos y dijo a su mujer:

—Toma, Melania. Acabo de encontrar esto en la calle.

Melania miró muy sorprendida los billetes y dijo:

—No viene mal. Iremos a pasar a Rouen estas vacaciones de Pascuas.

—Eso es —dijo Durand, y respiró tranquilo.

Durante la comida, la señora de Durand estuvo silenciosa. A los postres dijo:

—Digo, Baltasar, que no sabe uno lo que puede ocurrir. Creo que sería mejor que depositásemos los quinientos francos en la comisaría.

—Si tú quieres...—respondió sencillamente Durand.

Poco le importaba. Estaba seguro de que nadie reclamaría los billetes; de modo que nada perdería, y cuando los recobrase se gastaría el dinero con su mujer.

La señora de Durand entregó el dinero, y durante el año que transcurrió hicieron mil proyectos. Al fin desistieron de ir a Rouen, que está demasiado cerca de París, y se decidieron por llegar hasta El Havre en un delicioso viaje circular.

Un día la señora de Durand se abrazó al cuello de su marido al entrar éste en casa.

—¡Querido!—le dijo.—He ido a retirar los quinientos francos.

—¡Al fin!—exclamó Durand lleno de júbilo.—¿Cuándo nos marchamos?

—No lo sé—respondió la señora de Durand visiblemente embarazada.

—¿Pero no quedamos...?

—Sí, pero...

La señora de Durand dijo al fin:

—Te diré. Como los quinientos francos no te han costado más trabajo que recogerlos, he pensado que no te disgustarías si dispusiese de ellos de modo distinto del convenido. Y me he comprado un abrigo de piel... Una verdadera ocasión... Vas a quedar encantado cuando lo veas.

[illegible]

Y la excelente ama de casa mostró el abrigo a su esposo.

—¡Mira qué hermosura! Cuatrocientos noventa y nueve francos noventa y cinco céntimos. Es regalado.

Y añadió:

—Quedan cinco céntimos. Toma; te los regalo.

Cómo era el arca de Noé

LO QUE EN ELLA CABIA

¡Arca de Noé, testigo de la mayor tragedia que el mundo ha conocido! ¿Cómo eras? ¿Cómo fué posible que allí se acomodaran los seres que habían de ser los nuevos padres de los hoy existentes?

Veamos qué conclusiones sacamos de lo que nos dice la Sagrada Escritura.

Noé, a los quinientos años, engendró a Sem, Cam y Jafet, y supo después, por revelación divina, que un diluvio iba a destruir el mundo, a causa de la maldad de los hombres.

Para salvarse él, su familia y todas las especie de animales, mandóle Dios construir un arca de madera, embetunada por dentro y por fuera, con una ventana y una puerta, y que hiciese en ella estancias y tres pisos.

Hecho todo ello, Noé, que ya tenía seiscientos años, entró en el arca por precepto de Dios, con su mujer, sus tres hijos y las esposas de éstos, e igualmente entraron en aquel refugio parejas de cada clase de animales y los víveres necesarios para todos.

Entonces se abrieron las cataratas del cielo, lloviendo durante 40 días, con sus noches, hasta subir el agua 15 codos sobre los montes más altos, y se mantuvo a este nivel durante 150 días, y en seguida empezaron a bajar las aguas, yendo a parar el arca a los montes de Armenia al séptimo mes.

Tres meses después, Noé soltó un cuervo, que no volvió; a los siete días soltó la paloma, que, no hallando lugar donde posarse, volvió al arca. Pasados otros siete días la envió nuevamente, y regresó por la tarde con un ramo de olivo en el pico. Aguardó, sin embargo, Noé siete días más, tras de los que soltó otra vez la paloma, que ya no volvió a aparecer; y por fin, en pos de un año de morar en el arca, salió de ésta el segundo padre del género humano con todos los seres racionales que se salvaron en ella.

Previa esta breve narración histórica, procedamos al objeto principal de este artículo, que es la descripción geométrica de la incomparable arca. Esta, según la Biblia, tenía 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de altura. Los sabios no están acordes con la medida exacta del codo, y ha habido alguien que, receloso de que carecería el arca de la cabida necesaria para contener todo el cargamento que le estaba destinado, ha graduado estos codos con proporción de una medida excesiva; pero la opinión más generalmente recibida valía el codo en 20 pulgadas y media. El antiguo codo hebreo era el mismo que el de Memfis, cuyas dimensiones se han tomado por los patrones del Derac del Cairo. Como Moisés había sido educado en este país, es muy verosímil que se sirviera de las medidas del mismo. El antiguo codo de Memfis equivale al de París, de veinte pulgadas y media. Como conservamos en la narración las medidas antiguas, ténganse presentes las siguientes equivalencias:

Codo, 418 milímetros: pie, 28 centímetros; pulgada, 23 milímetros; pie cuadrado, 776 centímetros cuadrados; pie cúbico, 21 decímetros cúbicos; celemín, 4.625 mililitros. Aquella medida natural, lógica e histórica, nos servirá para graduar nuestros cálculos. Según ella, las tres dimensiones del arca son 6.150 pulgadas o 545 pies y 10 pulgadas de larga, 10.25 pulgadas u 85 pies y cinco pulgadas de ancha, y 615 pulgadas o 51 pies y tres pulgadas de alta. Mas, para tener una cuenta desembarazada, dejemos para el espesor del buque un pie de cada dimensión, y no hagamos caso de las pulgadas o quebrados; con lo que queda el arca en una longitud de 545 pies, 84 de ancha y 50 de altura.

Estando dividida el arca en tres pisos, sin contar el bajo, sentina o bodega, pues que esta parte de los buques, a la manera que las cuevas de las casas, no se cuenta entre los altos, resulta una bodega de seis pies de elevación; el primer piso, de 12; el segundo, de 13, y el tercero, de 11, quedando un sobrante de ocho pies para el espesor de los techos y de la cobertera del arca, la cual era por el estilo de un cofre grande. En la sentina cabía el agua necesaria para abrevar los animales y para otros menesteres (por ser 545 pies de larga, 84 de ancha y seis de alta) 274.066 pies cúbicos de agua, cantidad más que suficiente para dar de beber por un año a número cuádruple de las especies que había en el arca.

Algunos autores han creído que no había necesidad del depósito de agua dulce, por suponer potable la del diluvio mezclada con la del mar; mas no era así, porque consta por experiencia que una tercera parte de agua de mar mezclada con dos de agua dulce no es potable, y así no es admisible con mayor proporción el agua del diluvio respecto a la del océano. Además se debe tener en cuenta que el arca estuvo siete meses en seco sobre los montes de Armenia, en cuyo tiempo, Noé, sin tal previsión, no habría tenido agua con que satisfacer su sed y la de los vivientes encerrados en el arca.

Teniendo el primer puente o piso 545 pies de largo, 84 de ancho y 12 de alto, comprendía 548.342 pies cúbicos de provisiones. Para conocer si era suficiente este espacio, bastará saber cuánto animales había en el arca, y la cantidad de vituallas que necesitaban para la subsistencia de un año. Según Buffon, no se conocen más que 130 especies de cuadrúpedos, de las cuales seis sólo exceden de corpulencia al caballo, siendo las demás inferiores, con la particularidad de que más de una tercera parte de éstas es más pequeña que una oveja. Según el mismo autor, no se conocen más que 130 especies de volátiles, de las que poquísimas son mayores que un cisne. De reptiles sólo se conocen 30 especies. Supongamos ahora de una misma corpulencia a todos los cuadrúpedos, y tomemos por cantidad media al caballo. Esta suposición es, a todas luces, exorbitante; pero, partiendo nuestro cálculo de ella, probará mejor cuán suficiente era la capacidad del arca para el destino que le da la Escritura. Fijemos el alimento diario del caballo en dos haces de heno y un celemín de avena, y, si se cree que no bastan dos haces, que se presupongan tres. Según este dato, resultará que la provisión anual para cada caballo es de 1.095 haces de heno y 365 celemines de avena; y 260 caballos, en que pueden resumirse las 130 especies de cuadrúpedos, necesitarán 284.700 haces de heno y 94.900 celemines de avena. Dando a los tres haces cuatro pies cúbicos y uno al celemín (que es cuanto se puede conceder), necesitarán ambos repuestos para su colocación 450.775 pies cúbicos de lugar, a saber: 355.875 para heno y 94.900 para la avena.

Veamos ahora si bastará el primer piso o puente para contener estas provisiones. Su longitud era de 545 pies, su anchura de 80 y su altura de 12; la multiplicación de estas sumas da un resultado de 548.352 pies cúbicos. ¿Y qué sería si la enorme cantidad de heno la reducimos a la mitad? Al fin, por un animal que coma seis veces más que un caballo, hay 20 ó 30 que comen seis veces menos que él; dos hay, además, carniceros, y muchos que se mantienen de grano, legumbres y frutas, cuyas provisiones ocupan mucho menos espacio que la hierba para una cantidad dada de alimento, por lo que se podría reducir mucho el espacio que hemos asignado para la colocación de la avena, no llenando en este caso el mantenimiento de los animales encerrados en el arca más espacio que 274.166 pies cúbicos, que son la mitad de los 548.352 que forman el ámbito del primer piso o puente. La otra mitad sobrante podía servir muy bien con anchura para depósito de los granos indispensables para el alimento de las 130 especies de aves, de las 30 de reptiles. El segundo puente serviría para colocar a los animales, así como al primero lo hemos destinado para almacén de provisiones. Calculemos su capacidad. Hemos dicho que el arca tenía de larga 545 pies y 84 de ancha. Tomando de esta longitud 130 pies para formar establos, cada cual de 10 pies de fondo, tendremos 13 establos, cada uno de los cuales contará por una parte los 10 pies tomados y por otra los 84 que corresponden al ancho del arca, sitio más que bastante para colocar con holgura 20 caballos. Con todo, el total de los establos no es más que 10.920 pies cuadrados, y los cuadrúpedos que había en el arca no podían ocupar tan grande extensión, porque si los elefantes, dromedarios, rinocerontes, camellos y toros exigían más espacio que los caballos, los restantes animales, como más pequeños, debían ocupar un término mucho más reducido. Además, no era preciso que cada animal tuviera una posada particular, pues con poner encerrados a los carniceros, los demás animales podían vivir en un establo sin incomodarse.

Menos espacio correspondía a las 130 especies de aves, porque teniendo encerradas en una jaula particular a las aves de rapiña, las otras podían colocarse en una pajarera de 84 pies de largo por 30 de ancho, y así, tomando 46 pies de lo largo del arca y los 84 de su anchura, que dan la suma de 3.864 pies cuadrados, habría cabida más que suficiente para la colocación de ambas clases de aves, los de la jaula y los de la pajarera.

En el sobrante de la habitación de los cuadrúpedos, hay bastante local para colocar las 20 especies de reptiles. De estas cuentas resulta que las dos sumas de 10.920 pies y de 3.674 dan el producto de 14.784 pies cuadrados, espacio más que bastante para conservar en el arca todas las especies animales.

La superficie en el segundo puente en que los suponemos colocados era de 45.696 pies cuadrados; rebajando de ella los 14.784 necesarios para su colocación y acomodamiento, restan libres 30.912 pies cuadrados, que son más de las dos terceras partes de aquella estancia.

Para acabarla de ocupar, podemos suponer en ella otro establo, cuya longitud sea de los 84 pies de anchura del arca, y daremos a su fondo 50 pies de los que quedan de su longitud, estas cantidades dan una superficie de 4.200 pies cuadrados, donde se podían depositar los alimentos de los animales carnívoros: 3.600 carneros, cuyo número, yendo en disminución todos los días, no necesitaría más pasto que el necesario para medio año. Ahora bien, pasando por alto el heno que nos sobró del que destinamos para la manutención de los cuadrúpedos, supongamos que cada carnero necesita un haz diario de hierba: el total de estos haces al año sería 222.041, los cuales reclamaban una localidad de 277.550 pies cúbicos. Debemos también por supuesto que el primer piso estaba lleno de heno, y que los granos, legumbres y frutos que figuramos en él fueron depositados en el segundo. Aún nos queda un gran trecho que ocupar, del que por la cantidad más corta podemos asignar para troj el espacio de 84 pies de ancho, 100 de largo y 13 de alto, cuyas sumas, multiplicadas entre sí, producen el local de 109.002 pies cúbicos: término exorbitante para acumular en él los granos, legumbres y frutos indispensables para la manutención de los animales. Todavía quedan de esta estancia 218 pies de la longitud del arca. Si de ellos tomamos 18, con el ancho del arca, podemos dividir este espacio en cinco partes: cuatro de éstas serán aposentos de 15 pies de ancho y 18 de largo para los cuatro matrimonios que había en el arca; la quinta de 18 en cuadro servía para cocina, y los seis pies restantes los descontamos para el ancho de los tabiques que formaban estas divisiones.

Aun quedan sin ocupar 200 pies de longitud, que, con los 84 de anchura, forman un gran salón, donde Noé y su familia podían pasearse; y destinamos los demás para almacén de granos y semillas reservados por el patriarca para su alimento y el de su familia en el año del diluvio y el siguiente, y para la siembra, después de salidos del arca. En este mismo lugar había sitio suficiente para guardar el agua de la casa y las herramientas para la labranza.

Nocturno quinto de Chopín

Noche, campana
del infinito
con tu badajo
áureo: la luna
y la plateada
soga de estrellas.
el campanero
del alma mía
te hace sonar.

cantas: Poeta
la vida es triste,
¿para qué vives?
amar es triste,
¿para qué amas?
soñar es dulce,
¿por qué no sueñas?
morir es dulce,
¿por qué no mueres?
¡Morir! ¡Soñar!

Y sobre escalas
de amor y muerte
el *do:* belleza,
el *re:* misterio,
el *mi:* ternura,
el *fa:* deseo,
el *sol:* angustia,
el *la:* tristeza,
el *si:* dolor,

Noche, campana
del infinito
con tu badajo
áureo: la luna
y tu plateada
soga de estrellas,
el campanero
del alma mía
te hace sonar.

MAYORINO FERRARIA

Misterioso descubrimiento en Nueva Zelandia

Un descubrimiento de enorme interés etnológico acaba de hacerse, recientemente, por dos individuos del servicio forestal de Nueva Zelandia, en una excavación de Kaingaroe Plains, en la parte central de North Island. Sobre las paredes rocosas de la cueva, en la base de un acantilado, encontraron toscas figuras esculpidas en bajorrelieve, de unas treinta canoas, de tres a ocho pies de largas, agrupadas a cuatro en cuatro, unas encima de las otras. La construcción de estas canoas difiere del tipo general de canoa maorí, pues tiene el espolón de un modo idéntico a las antiguas galeras de Grecia y Egipto. Estos relieves sugieren que pudieran emplearse para estudios tácticos, de los cuales no hablan las tradiciones maoríes. El decorado, que es sobre motivos de doble espiral, también varía de la forma común maorí, que es la de simple espiral.

Ningún maorí puede recordar haber oído de sus antepasados que otro pueblo habitase esos lugares, ni se conservan tradiciones ni leyendas que de tal suposición hablen. Una conocida autoridad en cuestiones maoríes, el doctor P. H. Buck, que ha visitado las excavaciones, opina que los relieves representan canoas polinesias, y son el trabajo de gentes unidas a los maoríes, y que las peculiaridades de la construcción son únicamente debidas a la imaginación de los artistas. Otra autoridad, Mr. George Graham, opina que los relieves pueden ser el trabajo de una tribu perseguida, y estas canoas representan el emblema de su primitiva libertad. También los navíos pudieran ser de los conquistadores. Posteriormente, se ha emitido otra opinión, que supone que la cueva son los restos de una casa donde pudieran descansar de las largas travesías los navegantes.

Cualquiera que sea su origen y significado, los relieves de Kaingaroe Plains ofrecen un extenso campo de investigación cuando se trate de estudiar los aborígenes del pueblo maorí y las corrientes que tal vez quisieron influir en el desarrollo de ese pueblo, que con frecuencia nos presenta problemas análogos.

Un explorador alemán

Recientemente acaba de fallecer, a una edad muy avanzada, un explorador alemán, un poco olvidado actualmente, pero que gozó un día de gran popularidad: Schweinfurth. Este explorador fué el primero que penetró en la región, entonces desconocida, que se extiende entre el Nilo y el Congo, en el corazón del Africa.

Después de una primera excursión por las orillas del Mar Rojo, Schweinfurth partió, en 1867, de Khartoum, remontó el Nilo hasta Buhr el Ghazal y se introdujo en la región pantanosa que se extiende sobre la orilla derecha del gran afluente del Nilo. Penetró en el país de los Diours, y luego, en el de los Niam-Niam, pueblo antropófago cuyo nombre es una especie de onomatopeya que significa "comer, comer", y tuvo la suerte de ser bien recibido y, aunque era de buena presencia, conservarse alejado de los dientes de aquella buena gente. Después exploró el pueblo de los Monbouttar y comprobó, sorprendido, cómo, entre los afluentes superiores del Nilo y los del Congo, un pueblo, por su propio esfuerzo, había alcanzado un grado bastante elevado de civilización. El rey era un soberano poderoso que poseía un ejército permanente, tenía impuestos y había monopolizado el marfil y otros productos. Sentábase este rey en un magnífico trono, vestido suntuosamente, cubriendo su cabeza con un gorro alargado y luciendo brazaletes, anillos y cetro.

Los de Monbouttar eran también antropófagos, y Schweinfurth comprobó cómo, aunque parezca paradoja, los comedores de carne humana poseen, a veces, una civilización superior a la de sus vecinos.

Esto nos hace pensar en que la alimentación no debe de influir en las costumbres.

El rey de Monbouttar poseía un bufón, pigmeo de la tribu de Akkas, y el explorador alemán exhibió varios notables representantes de esa extraña raza liliputiense, altos de 1,30 a 1,40 metros, y pudo comprobar que las tradiciones, recogidas ya por Herodoto sobre los pueblos enanos del Centro del Africa, eran verdaderas.

Schweinfurth narró todas sus aventuras en una obra voluminosa, titulada "En el corazón del Africa", que tuvo gran éxito, y que es un relato curiosísimo de pueblos extraños, cuyas costumbres, al leerse, parecen cuentos fantásticos, sin realidad alguna. Schweinfurth exploró parte de la Arabia y se retiró a Berlín, en cuya población acaba de morir.

¿Son los animales realmente sensibles a la música?

El hecho no es dudoso. Se puede observar fácilmente. El efecto de la música—de cierto orden de vibraciones sonoras—en los perros es de los más conocidos. Muchos a quienes no afecta cualquier ruido insólito, se esconden, o lanzan quejidos cuando oyen algún instrumento.

Los gatos parecen menos dotados de sensibilidad musical, aunque extremadamente sensibles a los ruidos.

Los caballos obedecen al son de las trompetas de caballería, y a los aires de circo que acompañan a sus ejercicios.

Numerosas anécdotas, ejemplos auténticos comprueban la atracción que ejerce la música sobre las arañas y los ratones. Grètry, en sus "Ensayos sobre la música", habla de una araña melómana que descendía sobre su piano en cuanto él se sentaba a tocar.

Los domesticadores de serpientes modulan unos aires musicales para hacerles salir de sus cubiles. Los lagartos se consideran como verdaderos diletantes.

Pero son los pájaros quienes dan la mejor prueba de sensibilidad animal a la música; verdaderos músicos, el arte de asociar sonidos forma parte de sus instintos, y retienen los aires que han creado hasta repetirlos exactamente.

Gretry hasta compuso un aire para los canarios.

De dónde procede el vaho del interior de los cristales

El aire contenido en un departamento contiene cierta proporción de humedad. Esta humedad quedará en estado de vapor de agua, invisible, en tanto que la temperatura del departamento sea más elevada que la que corresponda a la condensación de este vapor; esta temperatura de condensación varía con la presión del vapor en el seno de la mezcla de vapor de agua.

Ahora, cuando en el invierno la temperatura exterior desciende suficientemente, los cristales se enfrían lo bastante para que su superficie interior tome una temperatura inferior a la condensación del vapor. Como, según un conocidísimo principio de Física, llamado la "pared fría", la presión del vapor contenido en el aire tiende constantemente a tomar un valor correspondiente a la temperatura de la pared más fría, es necesario que se produzca una condensación para que disminuya la presión del vapor. De aquí la formación del vaho en el interior de los cristales.

¿Puede evitarse esto? Parece muy difícil. La mejor solución consistiría en ventilar de un modo eficaz la pared interior de los cristales para que el aire cálido del departamento, constantemente renovado en ellos, les impidiese enfriarse. Si no se puede evitar fácilmente su formación, se puede evitar que el vaho haga opaco el vidrio. Para esto es suficiente frotar los cristales con un lienzo impregnado de jabón seco y secarlo al momento con otro lienzo completamente seco.

De este modo se fija sobre el cristal una delgada película de jabón, que no afecta a la transparencia y se opone a la formación del vaho, o, al menos, le obliga a retroceder hacia la base del cristal.

La invención del papel secante

Como muchas otras cosas de la vida, la invención del papel secante se debió a la casualidad unida a una dichosa negligencia. En Berkshire fué confeccionado por primera vez el papel secante, y este artículo nació gracias a un olvido, y, al poco tiempo, había substituído a la arena en la práctica de secar.

Un obrero papelero olvidóse un día de poner en la masa que había de dar por resultado el papel ordinario, la cantidad de cola necesaria. Furioso el patrón le despidió inmediatamente. Pasó el tiempo, y un día, por casualidad, descubrió el patrón que el papel confeccionado sin cola tenía la propiedad de absorber la tinta sin extenderla y sin borrar los caracteres escritos. Una idea se le ocurrió entonces: ¿por qué no lanzar al mercado el nuevo producto, más práctico que la arena? Así lo hizo, y desde entonces no fabricó sino papel secante, con el cual ganó una fortuna.

¿Acabará el mundo?

Esta cuestión, siempre vieja y siempre nueva, ya que raro es el año que no se habla respecto a ella, ha recibido en estos días la aportación de un profesor de Astronomía de la Universidad de Princentón (Estados Unidos), el cual no hace sino confirmar otras teorías expuestas anteriormente. "La materia, dice, está en perpetuo estado de transformación; sin cesar se transforma en energía, y esta energía bien pronto desaparece. Ahora, es probable que llegue un momento en que toda la energía productora de calor y de luz desaparezca, y en este momento el universo se sumirá en el frío y en la noche."

Pero termina, imitando en ello a casi todos los profetas: "Este momento fatal no sobrevendrá hasta que hayan transcurrido unos mil años."

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque. Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

COLABORACION ESPONTANEA

La rosa

En un rincón del cuarto, sobre el piano,
agoniza sin fe la última rosa,
cual una eterna duda silenciosa
de algún recuerdo que se evoca en vano.

Tiene no sé qué mágico imposible
encanto, al revelarse vieja y mustia,
¡y es su destino cruel el que me angustia
con una mueca sádica y horrible!...

Así, también, tu amor fué pasajero
y tuvo — a mi pesar — el lisonjero
éxito de claudicar bárbaramente;

Jugabas al amor con tu pobre alma
y como quien una pasión ensalma
regaste con tus lágrimas mi frente!

Galo Arg. ZARAGOZA

Tu imagen...

De pronto tu imagen desnuda,
Cortando la sombra, llegóse hasta mí.
La noche era buena, tranquila y templada,
Yo estaba contento, ¡soñaba feliz!

De pronto tu imagen desnuda
Trocó su camino, se alejó de mí.
Llevóla en sus alas un aire de invierno.
¡La angustia me vuelve! Ya sufro ¡infeliz!

Yo temo al invierno ¡tan crudo!, ¡inhumano!
Quisiera que nunca llegara hasta mí.
Mas sé que el invierno me acecha... y me espanta.
No venga el invierno... ¡No venga por mí!

Alfonso V. ALVAREZ

Beldad

Puso Dios, al hacerte tan bella
Y con tanto primor alhajarte,
En tus ojos dos vivas estrellas,
Para gloria inmortal de su arte.

En tus labios de grana que incitan
Al beso quemante, fijó el Hacedor
Del clavel las rojeces que invitan
Al siempre alabado festín del amor.

Y quiso que tu alma que exhala nobleza,
Tuviera la excelsa y divina pureza
Que tiene en su estanque del loto la flor;

Y en ella el Maestro, con celo inefable
De su obra exquisita, de su arte adorable,
Volcó generoso frescura y candor.

Pascual D'ELIA

EL CALLICIDA

Ceferino hubiera sido el más feliz de los mortales si no le aquejara una verdadera enfermedad.

Sus pies, modestamente calzados con un cuarenta y cinco, ostentaban unos callos monstruosos, que eran la vergüenza de su dueño y el martirio de su existencia.

Todo lo había ensayado para su extirpación; pero todo había sido inútil. Los callos seguían cada vez más florecientes y más dolorosos.

Cuando comenzaba a desesperarse y desconfiaba de encontrar un remedio eficaz, Ceferino leyó en la sexta plana de un periódico el siguiente anuncio:

"Vosotros, los que padecéis de los pies, recobrad la esperanza. Mi producto, secreto de los sacerdotes egipcios hallado en la tumba de un Faraón de la dinastía XXXIV, es el rey de los callicidas. Con él no hay fracaso posible. Ensayarlo es adoptarlo. Mas de cien mil testimonios cantan y bendicen sus virtudes maravillosas. Venid y encontraréis la tranquilidad que habéis perdido.

Seguía la dirección del vendedor: "Casimiro Otón. Calle de Corinto, 36."

¡Cien mil testimonios! ¡Era una cifra! Ceferino no dudó ni un momento de la excelencia del remedio, y para llegar antes tomó un "taxi" que lo condujese a la calle de Corinto.

Fué recibido por un caballero muy simpático, que, a cambio de un billete de veinte francos, le entregó un tarrito de pomada, acompañado de un prospecto con las instrucciones necesarias para su uso.

—¡Veremos ahora si os reduzco!—iba diciendo al bajar la escalera con aire triunfador.—¡Vamos a reírnos mucho!

En vano Ceferino se aprendió de memoria todas las instrucciones y se aplicó varias veces la pomada. Los callos seguían cada vez más florecientes.

Desesperado y resuelto a negar los cien mil testimonios, volvió a los pocos días a la calle de Carinto, donde fué recibido por el mismo caballero simpático.

Ceferino desahogó toda la bilis que llevaba.

—¡Caballero!—le dijo el vendedor muy serenamente.—Tal vez no haya usted atendido a todas las instrucciones.

—Sí, señor; he hecho todo lo que dice el prospecto.

—¿Ha tomado usted un baño de pies de media hora con el agua a cincuenta grados?

—¡Sí, señor!

—¿Los ha alisado usted ligeramente con la piedra pómez?

—¡¡Sí, señor!!

—¿Se ha puesto usted luego una pequeña capa de ungüento?

—¡¡¡Sí, señor!!!

—¿Ha hecho usted la misma operación durante cuatro días seguidos?

—¡¡¡¡Sí, señor!!!!

—¿Y después de eso sus callos no se han desprendido como la fruta madura?

—¡No! ¡No! ¡No, y mil veces no, caballero!

—¡Entonces—exclamó furioso el vendedor—sus callos de usted no merecen que yo me ocupe de ellos!

Y abriendo la puerta, echó a Ceferino escaleras abajo.

E. BOUILLIER.

Las obreritas

Marchan por la vereda en caravana larga
pendiendo de sus labios la sonrisa sincera.
Marchan a pasos cortos; ¡pobrecitas! Embarga
al que escucha sus charlas con sabor de quimera.

Todas pasan sonriendo. Algo cada una aguarda;
una espera que un día la besará la suerte;
aquélla piensa ansiosa en su Angel de la Guarda,
otra, de tan enferma, sólo piensa en la muerte.

Son ellas... las obreras. Vienen de los talleres,
escuálidas..., cansadas, y semejan ancianas;
pero su risa es joven. Juventud de mujeres
es vida, es alegría, es vibración de dianas...

Sus sencillos vestidos han pasado de moda
y van justos al cuerpo de sus siluetas mustias.
Dos de la caravana hoy hablan de una boda,
del amor de la novia, del novio las angustias.

Todas son jovencitas y hay algo en sus miradas
más dulce que las mieles — tesoro de panales. —
Hay algo con más brillo que noches estrelladas,
algo que tiene fuego de tierras tropicales.

¡En sus miradas dulces hay humildad cristiana,
resignación al yugo de su triste destino!
Marchan a pasos cortos; las contemplo. Mañana
tal vez no pueda hacerlo; será otro el camino...

Juan E. MILLER

A Dorita

Sólo una de las flores
del pensil de mis amores
brota humilde y me enamora,
esa flor se llama "Dora"
y la guardo con afán.

Flor de mágico perfume
que ningún tiempo consume
ni el aura a manchar se atreve;
flor de pétalos de nieve
que la guardo con afán.

Y si alguien, cruel, rastrero,
vil, impúdico, altanero,
tronchar, ose de su planta
esa flor gentil y santa
que la guardo con afán...

Diréle, ¡infame!, detente;
con mi mano dulcemente
sólo yo cortarla quiero,
ya que soy el jardinero
que la guardo con afán.

Ceferino BUONANOTTE

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	5.00	Semestre	6.00	Semestre	4.00
Año	9.00	Año	11.00	Año	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande, cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico „ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande „ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico „ „	„ 6.—	1.50

Construcción del pantano mayor del mundo

En una de las regiones más apartadas de Alabama (Estados Unidos), se está cerrando actualmente la boca de un valle por medio de una gran presa para formar un embalse o pantano artificial. Una vez terminado, será el mayor depósito artificial de agua del mundo, y almacenará 2.000 millones de metros cúbicos de agua. Cubrirá una superficie mayor que la de la ciudad de Birmingham (135.000 habitantes) con sus alrededores. Cuando este gran proyecto se lleve a cabo, en el año actual, asegurará un caudal constante para la impulsión de los tres enormes generadores eléctricos que allí van a ser instalados para la alimentación de una extensa red de transmisión de energía eléctrica. El embalse servirá asimismo para regular el régimen del río Alabama, a tal punto que será posible su navegación durante casi todo el año con 1.37 metros de agua. Esta obra ha sido emprendida por la Empresa eléctrica Alabama Power Company en Cherokee Bluffs.

Los tres alternadores de 45.000 HP. que allí habrá serán los más grandes de los Estados del Sur de aquel país, y con la excepción de los de las cataratas del Niágara, los mayores de los Estados Unidos.

El pantano cubrirá 162 kilómetros cuadrados de tierras de cultivo y de bosques, y la longitud de su orilla será de unos 964 kilómetros. Sólo por comparación nos podemos dar idea de la magnitud de la obra. Los embalses de Ashokan y Kensiko, de los cuales Nueva York se surte de agua, tienen una capacidad de 568 y 151 millones de metros cúbicos, respectivamente; Muscle Shoals, 642 millones, y al pantano de Roosevelt, considerado hasta ahora como el mayor del mundo, por sus 1.590 millones de metros cúbicos de agua embalsada le faltan 411 millones de metros cúbicos para poder igualar la capacidad del pantano de Cherokee Bluffs.

Los técnicos agrónomos creen que la construcción de este gran depósito artificial de agua tendrá como consecución el librar de las heladas una vasta sección del país al Sur del pantano y el hacerla apta para el cultivo de frutas.

La Empresa Alabama Power Company se vió precisada, antes de emprender el proyecto, a edificar un pueblo para 3.000 personas y a construir un ramal de ferrocarril. La empresa está gastando aproximadamente un millón de dólares en limpiar el terreno que inundarán las aguas, pues, para que no exista el menor peligro, bien para la salud o la navegación, se están talando los bosques y quitando la maleza. La madera que se corta se usa en la construcción de la presa y en otras aplicaciones.

El arte de soplar

¿El soplo obedece a la plena conciencia del ser, y lo motiva un hecho determinado que hemos percibido claramente? ¿Es un acto involuntario? "¡Chi lo sa!" Lo cierto es su realidad consecuente y amplia; de ayer, de hoy, de mañana...

Hay filósofos que han discutido si el soplo, con el conocimiento de sus principales aplicaciones, es o no un acto instintivo. De todos modos, ya sea hijo del instinto o de la experiencia, el soplo tiene muchas e importantes aplicaciones en la vida. Tratemos ahora de las dos principales respecto del calor.

Todos los hombres soplan los objetos para enfriarlos o secarlos.

Cuando se posa sobre un cuerpo una capa de aire, se calienta en seguida si está a más baja temperatura que el cuerpo, robándole, por decirlo así, el calor, hasta producir la nivelación. Ahora bien: el soplo, lo mismo que el viento, no es sino la sucesión más o menos rápida de capas o masas de aire, que pasan por el objeto quitándole cada una cierta cantidad de calor. Por esta razón los cuerpos se enfrían soplándolos o exponiéndolos a corrientes de aire.

Los abanicos no son más que una aplicación de este mismo fenómeno.

Envían al rostro masas de aire que pasan sobre él, llevándose cada una la cantidad de calor que toma en su contacto.

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre el viento producido por las corrientes de aire en la atmósfera o por el abanico y el producido por el soplo. En el primer caso se pone en movimiento el aire atmosférico que rodea el cuerpo, y tiene en su contacto la misma temperatura que él. En el segundo, el aire que se exhala de la boca tiene, a consecuencia de su temperatura y de otras causas que fuera prolijo decir aquí, gran cantidad de agua.

Así es que cuando el soplo cae sobre un objeto próximo a la boca y tiene una temperatura inferior, en vez de enfriarse se calienta, como suele suceder en el invierno. Pero aun en este caso, colocando el objeto a cierta distancia para que el aliento expelido en el soplo pierda su temperatura, y soplando con fuerza para que la sucesión del aire sea rápida, se conseguirá siempre enfriar el cuerpo.

Este frío, producido solamente por la corriente de aire, no tiene nada que ver con otro frío producido después del soplo, cuando es continuado, por la evaporación del agua que contiene el aliento, que puede llegar a ser considerable, como se observa en los instrumentos músicos de viento, que nuestros lectores habrán visto desarmar, limpiándolos de esta agua, que a veces llega a caer, no sólo gota a gota, sino produciendo un pequeño chorro.

La India, nueva Babel

Con sus 300.000.000 de habitantes, la India es, según la expresión inglesa, un mundo en sí mismo. Se cuentan en este país nada menos que 33 lenguas madres, de las cuales derivan lenguas hermanas y dialectos que se elevan a un total de más de 300. La lengua más extendida es el "hindi", hablada por 82.000.000 de personas; le sigue el "bengalí", por 49.000.000; el "téluga", por 24.000.000; el "marathi", por 20.000.000, y el "tamil", por 19.000.000. El inglés solamente lo hablan unas 304.000 personas.

A estas lenguas se pueden agregar otras dos lenguas artificiales: el "hindoustani" y el "hourdou", creados como el esperanto, para permitir a los comerciantes entenderse entre sí. Se podía completar la lista mencionando varias lenguas sagradas, que no se hablan por el pueblo; tal es el sánscrito, lengua ancestral, de cuyas raíces se derivan muchas lenguas modernas.



para toda la familia,
en fin, el mejor amigo
que existe es la
BAYER
CAFIASPIRINA
porque alivia todos
los dolores y devuelve la
alegría y el bienestar

NO AFECTA EL CORAZÓN
NI LOS RIÑONES

LOS DESCENDIENTES DE LA REINA DE SABA

La Abisinia es uno de esos países raros en donde los hombres de color, al contrario de lo que sucede en otros países afines, son señores de sus destinos. En el cuadro del progreso humano, Abisinia representa un Estado en el cual se ha desarrollado una civilización original, fuera de toda influencia europea, y, por decirlo así, de toda influencia exterior, ya que si los europeos influyen en la historia y en las costumbres de Abisinia, lo hicieron en época muy lejana.

Si hemos de creer la tradición, piadosa y orgullosamente conservada por los abisinios, su nación es la hermana menor del pueblo elegido. La reina de Saba, dicen ellos, no era árabe, como sostienen los sabios europeos, sino más bien etiópica. El sabio de los sabios, aquel que tenía un palacio resplandeciente de piedras preciosas, recibió un día la visita de la reina. Ambos tuvieron un hijo, y de él descienden los pobladores de Abisinia. Más tarde, dicen, el trono mismo de Salomón fué transportado a Etiopía, y se puede contemplar aún en la villa santa de Ascoum. Los leones, emblema de la tribu de Judá, figuran aún en el blasón de los Negus, y sobre las gradas del trono en donde se sienta Taffari, actual regente de Abisinia, se ve frecuentemente a un león doméstico, símbolo del poder supremo.

La etnografía justifica, en parte, las pretensiones de los abisinios. El elemento principal de la población etiópica es negro; pero a este elemento primario se le incorporaron numerosos grupos israelitas, arrojados de su país por la conquista extranjera, y, por tanto, es indudable que de Judea recibió Abisinia su primera civilización. A pesar de que son cristianos desde los primeros siglos de nuestra era, algunos profesan aún la religión que hace veinticinco siglos les aportaron sus antepasados de la lejana Jerusalén.

Es una injuria para los abisinios el llamarles gentes de color, pues ellos pretenden no tener nada de común con los negros, y ésto lo saben los negros de América por experiencia. A fines del siglo pasado enviaron una embajada aquéllos al Negus Menelik para felicitarle por sus victorias; pero éste se negó a recibirles.

De hecho, aunque los etiopes tienen la piel bronceada, sus rasgos no se asemejan en nada a los de los negros. Su nariz es aguileña, no achatada; sus labios, delgados, y su cabellera poco crespa. Hombres bellos, cubren sus cuerpos, de magníficas proporciones, con el amplio manto blanco, y pasean con una majestad y un aire de elegancia del que carecen los negros de otros países.

Los grandes jefes, en las ceremonias, pasan adornados de largos vestidos recamados y sobrecargados de ornamentos de metal y de cuero, llevando sobre sus hombros la piel de los leones y en la mano un escudo damasquinado. Y estos hombres de aspecto dulce e inteligente, más que a la raza negra, evocan a los Reyes Magos, o a aquellos caballeros moros que pasearan su bizarría por la España árabe.

La marea desencadenada por las predicaciones de Mahoma, se ha sumergido con el Asia occidental la mitad del Africa, se ha estrellado contra los diques naturales de las montañas de Etiopía. Mientras que sus vecinos, de grado o por fuerza, se convertían en fervientes de Alá, los descendientes de la reina de Saba quedaban fieles a su religión. Cristianos los abisinios, han conservado la encantadora fe que se tenía en los tiempos de los apóstoles. Los monumentos más importantes de sus ciudades son iglesias en las cuales los días de fiesta la muchedumbre se apresura a entrar. Las iglesias son muy semejantes a las basílicas bizantinas.

Lalibela, pequeña villa de Tigré (la provincia más septentrional de Abisinia), es la Jerusalén etiópica. Es, en efecto, el centro de peregrinación más importante de todo el país; la pequeña Roma hacia la cual dirigen sus miradas ocho millones de fieles. Todos los años, por Navidad, treinta o cuarenta mil peregrinos siguen la estrella, acampando donde pueden, pero dichosos por poder asistir al servicio divino. Entonces tienen lugar procesiones brillantes, en las cuales el lujo de los sacerdotes, los quitasoles, estandartes y atributos que en ellos salen son un prodigio de arte y de suntuosidad.

San Jorge es el patrón de Etiopía, aun cuando ninguna iglesia del país esté bajo su advocación. Las iglesias de Lalibela son monumentos únicos en el mundo. No son edificaciones, sino rocas horadadas que afectan la forma de una cruz gigantesca. El interior es muy sombrío y está ornado de hermosas pinturas de estilo bizantino.

Aunque muy superiores a los moradores de los pueblos que les rodean y ser de espíritu muy vivo y abierto, los abisinios han quedado en un estado algo primitivo, si se les compara con los pueblos que poseen una civilización superior. Sus casas, en casi su totalidad, son chozas de aspecto casi miserable; sólo la capital, Addis-Abeba, ofrece un aspecto algo europeo. Esta población posee un palacio real fastuoso y una estación de ferrocarril.

En su aspecto interior las poblaciones abisinias no se distinguen casi nada, a primera vista, de las poblaciones negras del Sudán egipcio. Las danzas abisinias, que ejecutan guerreros cubiertos de cascos alados, como los antiguos galos, son igualmente de aspecto algo bárbaro.

La gastronomía etiópica es un terror para los europeos y un inconveniente para viajar por el país. En efecto, no se come sino carne cruda. Se sirve sobre la mesa o, más generalmente, sobre el suelo, o se cuelgan de la rama de un árbol enormes trozos de buey sangrante. Cada uno va cortando pedazos a su vez, y los devora con envidiable apetito.

Los abisinios son aficionados a la caza y a las artes guerreras. Los abisinios distinguidos se hacen acompañar de una escolta que tenga aspecto militar. Tienen gran habilidad para todos los trabajos técnicos. Los herreros son tenidos por brujos y hacen verdaderas filigranas en toda clase de trabajos.

Como notas distintivas de este pueblo, todos los escritores coinciden en presentar la hospitalidad, el respeto a la mujer, el apego de los hijos a los padres y el tratamiento patriarcal de los criados. La enseñanza no está muy difundida, pero desde el último Negus va extendiéndose por todo el país.

En general, este país muestra, lo mismo en su territorio que en sus moradores, características tan definidas que le hacen de gran interés para cuantos se dedican a los estudios etnográficos, y quieren determinar, de un modo exacto, el grado que alcanza cada pueblo dentro de la cultura mundial.

S A L D O S

—Con este resfriado al cerebro no me queda ni un solo pañuelo limpio. Vas a tener que comprarme unos cuantos, "ratita" mía.

—¡Pobrecillo! Precisamente no tengo nada que hacer esta tarde. Son las dos. El tiempo preciso para ponerse el sombrero y corro al Paraíso Moderno a comprarte una docena de pañuelos.

—Gracias, "ratita". Date prisa.

—Dentro de un minuto estoy dispuesta, y antes de tres cuartos de hora estoy de vuelta. Aguárdame.

"Ratita" corre a su tocado, de donde salía treinta y cinco minutos después. Había sido preciso pasarse el peine para sujetar unos mechones rebeldes, pasarse la borla de los polvos por la cara, ponerse un poco de rojo en los labios, negro en los ojos, dar un punto a la media, que empezaba a descoserse; otro poco de rojo, ponerse el vestido, otra vez la borla de los polvos, elegir un sombrero, asegurar el botón de un guante, dar algunas órdenes a Justina, buscar el bolsillo de mano. Otro poco de rojo, otra vez la borla... y listo.

Tomó un "taxi", y unos minutos después se apeaba frente a la puerta de El Paraíso Moderno, que estaba invadido por enorme gentío.

Grandes carteles anunciaban: "Saldos en todas las secciones".

—¡Qué suerte! —murmuró.— Al tiempo de comprar los pañuelos podía encontrar algún retal económico. Sería imperdonable desperdiciar una ocasión, precisamente ahora que todo está tan caro..., etc., etc.

—¿A cuánto este crespón de China, señorita?

—Muy barato, señora, y muy fuerte. Treinta y dos francos el metro, en vez de cuarenta y cinco, que es su precio. Aproveche la ocasión. Puede usted llevar lo preciso para hacer alguna reforma..., dos metros.

—Tiene usted razón. Póngame seis metros.

—Bien, señora.

—¡La sección de pañuelos de caballero, me hace el favor!

—En el segundo piso.

"Ratita" se dirige hacia la puerta de salida.

—¡Oh, qué guantes de gamusa por veintinueve francos! ¡Son una ganga!

—Cierto, señora; pero tenemos otros de mejor resultado. Estos, de antílope, a veinticinco francos. ¿Qué medida?

—Seis y medio. Póngame dos pares.

Y al dirigirse de nuevo hacia la sección de los pañuelos de caballero reflexiona.

—Vamos a ver. Veinticinco en vez de veintinueve... En los guantes me ahorro ocho francos. Puedo emplearlos en cualquier chuchería... Precisamente me hace falta papel de escribir... ¿Cuánto es esta caja?

—Dies y ocho francos.

—Démela.

Un poco más lejos, la escalera le abre sus brazos dorados. Sube.

—La dependienta me dijo que en el piso segundo. ¡Hombre, los vestidos! Daré un vistazo.

Media hora después deja la sección de confecciones. Ha encargado que le manden tres vestidos... para elegir.

—Quiero consultarle antes de decidirme. ¡Tiene tan buen gusto! Y luego me dirá que me quede con dos. ¡Es tan generoso! Ahora vamos a por los pañuelos a prisa. ¡Cómo pasa el tiempo!

¡Ay! Antes de llegar a la sección de los pañuelos hay que pasar por las de los sombreros, "kimonos", medias, alfombras...

Por fin, a las cinco y media "Ratita" entra en su casa.

—¡Cuánto has tardado, "ratita" mía!

—Perdóname, querido; pero figúrate que en El Paraíso era el primer día de saldos... Comprenderás que había cosas magníficas muy baratas... ¡Había un gentío!... En fin, que he hecho unas cuantas compras que son una verdadera ganga. Ya verás. Un traje precioso de punto de seda cuatrocientos cincuenta francos...; regalado, ya verás... Otro de satén; una maravilla... Otro en lanilla gris; un encanto, y baratísimo. Luego...

—¿Más?

—Sí. Dos pares de guantes, un retalito de crespón de China, unas medias, un florerito japonés, unas cuantas chucherías...

—¿Y mis pañuelos?

—¿Tus?... ¡Es verdad, Dios mío! ¡Se me han olvidado! Pero no te apures, queridín mío... Toma, suénate ahora con esta servilleta. No son más que las cinco y media. Vuelvo al Paraíso.

WHIP

¿Se suprimirán los sellos de correos?

En las grandes administraciones, en las casas de banca, casas de comercio y demás centros donde es necesario expedir diariamente gran número de cartas, es necesaria una operación, la de pegar los sellos, que lleva tiempo y resulta un tanto molesta.

Para obviar esto y que la operación de matar los sellos no consuma tiempo a los empleados de Correos, el Estado francés ha adoptado recientemente una máquina que permite a las casas de comercio realizar las operaciones por sí mismas. Un cortador-registrador salvaguarda los derechos, totalizando los timbres empleados.

Existe otra nueva máquina que funciona eléctricamente, y que permite timbrar con un sello 250 cartas por minuto. El sello indica el nombre de la oficina, la hora de la anulación, como la indicaban los antiguos sellos que en otro tiempo se empleaban. Un contador registra convenientemente los sellos entregados.

Como dato curioso indicaremos que de este modo se vuelve a los primeros tiempos del servicio postal respecto a la sencillez de los sellos. También se puede indicar que la desolación entre los filatélicos será grande al perder las esperanzas de aumentar sus colecciones con nuevos modelos.



CONOCIMIENTOS UTILES

ALGUNOS REMEDIOS PARA LOS QUE NO PUEDEN DORMIR

Los medicamentos que tienen la propiedad de provocar el sueño, son:

Alcoholato de cloral, bromuro de litina, bromuros alcalinos, cáñamo indio, cloral crotónico, codeína, haba del Calabar, hidrato de cloral, hipnal, hipnona, lactuario, metilal, morfina y sales de morfina, narceína, opio, paraldehido, sulfonal, tridacio y uretano.

No deja de ser interesante la comparación del efecto de los varios hipnóticos descubiertos en estos últimos años.

Contra el insomnio producido por los dolores del enfermo, nada supera al opio y sus alcaloides; viene en seguida el cloral, y, entre los nuevos hipnóticos, el *uretano* es el que, por sus efectos, se aproxima más al opio.

Contra el delirio que se declara con insomnio, los medicamentos que con preferencia deben ser empleados son: el *cloral* y los *bromuros alcalinos*.

En las afecciones mentales hay inconveniente en emplear el opio y el cloral; el bromuro no siempre obra como se quiere, a menos de darlo en altas dosis, lo cual sería un peligro para el corazón.

El *uretano* no es bastante enérgico en estos casos. El *hidrato de amileno* es, las más de las veces, peligroso en altas dosis. El *sulfonal*, en ciertos casos, produce desarreglos nerviosos desagradables. Es preferible el *paraldehido*, porque puede ser administrado en altas dosis, por espacio de mucho tiempo, sin inconveniente.

Respecto de la facilidad de la ingestión de los hipnóticos, el primer puesto corresponde al *sulfonal*.

Por la rapidez de su efecto, el primer hipnótico es el *uretano*, el cual es soluble y bien tolerado. Más lentos son los efectos del *sulfonal*, del *hidrato de amileno* y del *paraldehido*.

En cuanto a la intensidad del efecto hipnótico, los nuevos hipnóticos deben ser clasificados: 1.°, el sulfonal; 2.°, el hidrato de amileno; 3.°, el paraldehido; 4.°, el uretano.

Los tres primeros producen un sueño de muchas horas; más corta es la duración del sueño provocado por el uretano.

Respecto del grado de toxidad, los más venenosos son el cloral y el sulfonal; el paraldehido, el hidrato de amileno y el uretano son venenosos en muy altas dosis. Los accidentes del despertar son también más pronunciados con el cloral y el sulfonal.

EL MAL GUSTO DE LA QUININA

El sabor amargo de la quinina que tanto desagrada a muchas personas, se disimula y hasta se hace agradable empleando al mismo tiempo un poco de manzana. Para ello se escoge una manzana madura, de preferencia un tanto ácida, y se ralla muy fina. Al ir a tomar el medicamento, se pone la quinina en una cucharilla de café, entre dos capas de manzana rallada, y es seguro que no dejará en la boca ningún gusto amargo.

PLATEADO RÁPIDO DEL COBRE Y DEL LATÓN

Para platear rápidamente los objetos de cobre o de latón se mezclan tres partes de cloruro de plata con veinte partes de crémor tártaro en polvo fino y quince partes de sal común; se añade agua en cantidad suficiente y se mezcla hasta que se forme una pasta, con la cual se frota el objeto que se quiere platear. Después se frota con un trapo impregnado de cal, y, por último, con un trapo limpio.

PARA EVITAR LAS SEÑALES DE LA VIRUELA

Nos dicen que el método aquí señalado da excelentes resultados.

Con un pedazo de hilo fino de oro o de plata se hace un alfiler, caso de no hallarse en la localidad de estos metales, adelgazando un extremo con una lima o papel de esmeril hasta terminarlo en una punta bien fina.

Cuando las pústulas hayan alcanzado su plenitud, y antes que el humor que las llena pase al aspecto perlado y la forma redondeada y lisa comience a abollonarse y a tomar un color amarillento, se van reventando una a una, introduciendo para ello la punta del alfiler cerca del borde por donde abultan más (dejando intacto el centro de la ampolla), en sentido oblicuo y muy inclinado, nunca perpendicularmente, para evitar que se hieran los tejidos subepidérmicos. Se hace la picadura con el alfiler, y la presión interna de la pústula determina la salida de una gotita transparente de la linfa contenida en ella; y este desahogo, dejando la piel viva libre del exceso de presión, la deja exenta de las huellas o picaduras que deja en pos de sí la viruela.

La operación debe completarse durante las veinticuatro o treinta horas que dura el período perlado de la plenitud de las pústulas, pudiendo hacerse en una o en varias sesiones, según el carácter del paciente y voluntad del enfermero.

Pensamos, sin embargo, que lo mejor para evitar las feas marcas que en el cutis deja la viruela, es la vacuna a su debido tiempo.

De todos modos, recomendamos a nuestros lectores que no se decidan a llevar a cabo la citada operación sin consultar al médico.

EL REY DE LA CONFERENCIA

Felipe Le Hutin, comandante de la Legión de Honor, miembro del Instituto, profesor del Colegio de Francia, estaba en su despacho preparando la conferencia semanal que debía dar en el Colegio de Sociedades Distinguidas.

Un criado le anunció la visita de un caballero que deseaba hablarle con urgencia.

—Que pase.

Entró un señor afeitado. Le Hutin le indicó una butaca.

—¿A quién tengo el honor...?

—Soy el señor Williams, secretario del señor Chewing Gum, rey de...

—¡Ah! ¿El multimillonario americano Chewing Gum? ¿Y en qu puedo servirle?

—¿Es usted el señor Le Hutin, que ha dado el sábado último una conferencia sobre los lunares de los elefantes?

—En efecto, yo soy el señor Le Hutin, el ilustre conferenciante.

—¿Cuánto quiere usted por repetir la misma conferencia en casa del señor Chewing Gum?

—¿Hay recepción?

—¿Cuánto quiere usted? Su precio será el nuestro.

—Diez mil francos.

—Perfectamente. Vendré a buscarle en "auto" a las diez menos cuarto. El dinero le será entregado a usted después de la conferencia.

—¡Ah!

El secretario salió.

Al día siguiente, el conferenciante, en traje de etiqueta, en el que había numerosas condecoraciones, aguardaba.

—Voy a dar mi conferencia—se decía—ante un público tan numeroso como selecto. ¡Habrá que ver la clase de concurrencia que habrá en casa de Chewing Gum! Mis colegas van a morirse de envidia. Y guardo una nota inédita de erudición: un lunar de Cleopatra en un sitio...

Llamaron. Era el secretario. El académico le siguió. Ambos subieron a un "auto" soberbio. Al poco tiempo llegaron frente a una casa sombría. El "auto" se detuvo.

—¿Es éste el hotel de Chewing Gum?

—Sí.

—¡Qué sombrío! ¡Son curiosos estos americanos! ¡Una conferencia dada en la obscuridad!

El señor Le Hutin y el secretario Williams atravesaron varias habitaciones, en las que dormitaba una numerosa servidumbre. Al llegar ante una puerta, el secretario llamó.

—Adelante.

En lugar del salón lleno de gente, el señor Le Hutin se vió en una alcoba y junto a un lecho, en el que estaba acostado Chewing Gum.

Le Hutin saludó.

—¿Es éste el que dió la conferencia el otro día?

—Sí.

—Pues que empiece.

—Es hombre de gusto—pensó el académico.—Una fantasía de multimillonario. Quiere oír solo mi conferencia, como Luis de Baviera quiso escuchar a Wágner.

Empezó a discursear. Durante cinco minutos su voz, lenta y monótona, elogió el lunar de Cleopatra.

De pronto oyó un ronquido. Chewing Gum dormía.

—Basta; sígame—le dijo el secretario.

—Pero...

—Le digo que me siga.

Y lo arrastró fuera de la habitación.

—Tome sus diez mil francos.

—Pero...

—Mañana, a la misma hora, aquí, y el resto de la semana, que estaremos en París. Se le pagará cada noche el mismo precio.

—Pero, no comprendo...

—Pues es muy sencillo. El señor Chewing Gum logra muy difícilmente conciliar el sueño. Ningún remedio ha sido eficaz para su insomnio: ni los baños calientes, ni el veronal, etc. Por casualidad asistió a la conferencia que dió usted la semana pasada, y a los cinco minutos de escucharle estaba dormido. Por eso, en vista del buen resultado, ha querido que venga usted a dormirlo a domicilio. Hasta mañana.

Georges DOLLEY.

SI ALGÚN DÍA FUERAIS CONTUSIONADOS...

Daros inmediatamente fricciones con aceite de oliva, que constituyen una especie de masaje, el cual debe ser tanto más prolongado cuanto más extensa sea la contusión; después se coloca una compresa empapada en el propio aceite.

Con semejante tratamiento el paciente se alivia, se evita el estancamiento de la sangre y se obtiene una rápida curación de las escoriaciones superficiales. Esta medicación se puede seguir sin modificación durante varios días.

Son igualmente útiles los baños locales con agua fría, a la cual es conveniente añadir un poco de tintura de árnica (10 por 100), siempre que no haya escoriaciones o heridas, en cuyo caso produciría una pequeña irritación.

En lugar de baños, se puede rodear la parte enferma con una vejiga llena de pedacitos de hielo y envuelta exteriormente con tela; de esta manera se obtiene la sensación de frío sin necesidad de mojar la parte dañada, lo cual es ventajoso cuando se trata de una cura prolongada.

CEMENTO CHINO (SCHIO-LIAO)

A tres partes de sangre fresca cuajada añádase cuatro de cal muerta y un poco de alumbre, y se obtendrá una pasta fina que puede emplearse inmediatamente. Las materias que se emplean para hacer los impermeables se barnizan dos veces con esta substancia, o tres a lo más.

El doctor Scherzer vió en Pekín una caja de madera que después de hacer largos viajes por mar, estaba impermeable y en magnífico estado de conservación. Hasta las cestas que se hacen de paja y que son barnizadas con este cemento, sirven para contener aceite. El cartón, tratado con esta substancia, recibe la apariencia y fuerza de la madera. La mayor parte de los edificios públicos de la China, que son de madera, están barnizados con el "schio-liao", y aunque les da un aspecto desagradable por su color encarnado, tienen, en cambio, mucha duración.

Este cemento fué ensayado en el edificio destinado a la escuela de Agricultura en Austria, y también lo empleó la Asociación de Industrias de Viena. En ambos casos los datos suministrados por el doctor Scherzer han resultado perfectamente exactos.

PLATA OXIDADA

Hace tiempo que para ciertos objetos artísticos se viene aceptando la imitación de la plata oxidada por la acción del tiempo. Cuando el objeto es verdaderamente de plata, no hay necesidad de tocarlos, pero siendo de bronce o de cinc plateados, se consigue la oxidación artificial con la disolución siguiente:

Sulfidrato amónico	100 gramos
Agua común	1.000 „

Este líquido se calienta hasta llegar casi a la ebullición, entonces se introduce el objeto, que deberá estar plateado recientemente. En el primer momento la plata toma diferentes coloraciones y reflejos irisados, pero a los pocos minutos se cubre de un color negro violáceo, que es el sulfuro de plata. El objeto, después de seco en serrín, se frota con un cepillo fuertemente, para dejar en descubierto la plata en los sitios que hagan mejor efecto artístico.

PASTA DE ALMENDRAS PARA LAS MANOS

Almendras amargas	180	partes
Harina de arroz	60	„
Lirio en polvo	15	„
Carbonato de potasa	8	„
Alcohol de jazmín (o, en su defecto, unas gotas de esencia)	12	„
Esencia de rosas	10	gotas
Idem de azahar	10	„

Machdáquense las almendras mondadas en mortero de mármol; añádaseles poco a poco algo de agua para hacer pasta blanda; únase la harina de arroz, el lirio de Florencia, y mézclese todo; y se hace una disolución del carbonato de potasa con un agua de rosas y se echa sobre la pasta, e incorpórase el espíritu de jazmín mezclado con las esencias y después se guarda en frasco apropiado.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

ARTISTAS NACIONALES



Carmen Lemus, por Lili Bortini.

"NOCHE DE ALMA", DE VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO, EN EL ATENEO.

Era esperado con interés el debuto de la compañía de Camila Quiroga, una de las figuras más interesantes de la escena nacional. Se agregaba a este interés la circunstancia de que la presentación tendría lugar con el estreno de una pieza de Vicente Martínez Cuitiño, de notoria autoridad y prestigios bien cimentados.

Sin desconocer que "Noche de alma" es una obra bien resuelta y escrita en buen estilo teatral, tenemos que apuntar como primera observación, el defecto capital de haber sido concebida desde un punto de vista tan parcial y restringido que le resta veracidad y emoción al asunto. Se ha preocupado casi exclusivamente el autor de presentar una simpática y dolorida figura de mujer, a cuya bondad y generoso espíritu de sacrificio sólo responden sus más allegados parientes con el sórdido egoísmo de los buscadores de felicidad. Hay en esta producción escenas emotivas, pero como la emoción ha sido lograda a costa de la veracidad de los sentimientos y de los actos de los demás personajes que rodean a la protagonista, falta en la pieza ese soplo de vida que da la realidad y que no puede substituírse con razonamiento ni con alegatos. Podríamos transigir con la debilidad y el sentimentalismo de una esposa abnegada que en situación especial perdonara tácitamente una infidelidad accidental del marido, pero el reconocimiento expreso de una situación de bigamia espiritual en la paz de un perdón que reconoce el derecho a otro amor simultáneo, es completamente absurdo en un sano corazón de mujer. Por lo demás, un marido que confiesa a su mujer una situación de adulterio, y ante la transigencia de la esposa altruista, responde luego consolidando su desliz y encauzando su vida al margen del legítimo hogar, sin energías tampoco para adoptar una actitud extrema, resulta una figura que tiene tanto de inmoral como de improbable realidad.

Fuera de esta falla primordial y que, sin duda, ha obedecido al propósito de dar a Camila Quiroga un papel de lucimiento, "Noche de alma" tiene valores literarios estimables, aunque nunca podrá citarse entre las buenas producciones de su autor.

La inteligente actriz Camila Quiroga demostró, una vez más, su gran temperamento, y con su bella labor artística nos hizo ver que no fué en vano el intento de Martínez Cuitiño. Fué secundada eficazmente por Ana Arneodo, Milagro de la Vega, Blanco, Olarra, Bouhier, Pérez y Scarsella, quienes demostraron haber puesto todo su empeño en contribuir eficazmente al éxito de la obra. La presentación escénica, muy cuidada.

EN EL NUEVO FUÉ ESTRENADA "¡TRÍPOLI NOSTRA!"

Atrajo mucho público a la sala donde actúa la compañía Casaux el estreno de la pieza cómica "¡Trípoli nostra!", de los señores Malfatti y Mertens. Su asunto tiene puntos de contacto con el de "Mustafá", de Discépolo, que tuvo un largo cartel en el Nacional al ser estrenada años atrás. Como éste, "¡Trípoli nostra!" es un sainete más bien que una comedia, ya que sus personajes principales aparecen con rasgos de caricatura.

Se trata de la rivalidad mercantil entre dos propietarios de mercerías, la italiana doña Teresina y el turco Omar Selim, que tienen instalados sus comercios calle por medio. Escuchando solicitaciones de su contador, el otomano hace la corte a la italiana. El amor pone término a la rivalidad y la inteligencia sentimental de los padres facilita también la vinculación afectiva de un hijo de Teresina con una hija de Omar, que conciertan su boda.

Pintorescos incidentes entre turcos e italianos ponen notas festivas en la pieza de los señores Malfatti y Mertens, quienes por cierto no han agotado su ingenio al escribirla, bien que técnicamente esté bien realizada, como cuadra a autores avezados.

Pierina Dealessi reeditó el tipo de italiana que tantas veces se ha visto obligada a interpretar y Casaux encarnó, con su habitual maestría, el personaje de Selim, sacando el mayor partido del pintoresco sujeto. Los demás intérpretes colaboraron al éxito de la pieza, que proporcionó al público dos horas de regocijo.

"EL RUMBEADOR", DE ANTONIO BOTTA Y ANTONIO DE BASSI, EN LA COMEDIA

Como anunciamos oportunamente, la empresa de la Comedia se propone alternar en su cartel la revista criolla con producciones de otra índole, y a la segunda de esta clase de espectáculos corresponde "El rumbeador", últimamente estrenada.

Sería difícil expresar a qué género teatral definido pertenece esta obra, que es heterogénea y presenta aspectos de comedia, sainete, cuadros de costumbres y otros menos caracterizados. Esta ambigüedad no le resta, sin embargo, interés y amenidad, sino que, al contrario, contribuye a dar una impresión animada, quitándole la pesadez que pudiera tener por el asunto elegido como tema de la obra. En ella se nos presenta la tradicional figura del gaucho bueno, que desinteresadamente se impone un programa de propaganda altruista, evangelizando teórica y prácticamente entre la peonada de las estancias, a las que quiere infundir, con su prédica sencilla y bien intencionada, un credo de amor humano y de mutua tolerancia para todos. Con buen acuerdo los autores no han pretendido realzar con rasgos exagerados esta figura un tanto utópica y simbolista, encuadrándola dentro de un marco realista y dándole perfiles sobrios que la hacen menos extravagante de la que podría creerse en otro caso.

Amenizan el desarrollo de la pieza, frecuentes números de canto y baile de carácter regional, que poderosamente influyen para que el público no eche de ver la poca substancia del argumento.

Los elementos de la compañía de la Comedia pusieron toda su buena voluntad al servicio de esta obra en forma que obtuvieron un discreto éxito.

"AQUÍ ESTOY CON TODO EL MAZO", DE JUAN HELVIO Y ADOLFO SUAREZ, EN EL PORTEÑO

La compañía del Porteño nos tiene acostumbrados a la presentación de revistas lujosas, pero en la estrenada últimamente ha superado sus anteriores esfuerzos, dándonos un espectáculo verdaderamente suntuoso como pocas veces puede contemplarse en los escenarios nacionales. Pero todo lo que tiene esta revista de meritorio en su parte decorativa, le falta en cuanto al mérito de los diversos número que la componen. Poca originalidad y muy relativa gracia, aparte de cierto abuso en la coreografía que a veces resulta monótona. Con todo, la nueva revista estrenada en el Porteño tuvo un gran éxito y puede anticiparse que perdurará largamente en el cartel, por constituir un espectáculo que, desde luego, resulta poco común. Animan los cuadros y los avaloran notablemente las destacadas figuras con que cuenta este conjunto, tales como la simpática Carmencita Lamas, Sarita Watle, Iris Marga y las bailarinas bien disciplinadas y que constituyen un armonioso y bello conjunto.

Entre los cuadros más destacados figuran "La gruta de los diamantes", de un efecto soberbio y deslumbrador, "El tesoro de los piratas", el cuadro inicial y un "sketch" graciosísimo de Alberto Vaccarezza, todo ello muy aplaudido.

La nueva revista del Porteño "Aquí estoy con todo el mazo", fué recibida por el público con grandes muestras de entusiasmo y ha de perdurar largamente en el cartel.

"LO QUE GUSTA A LAS MUJERES", DE CAIRO, CAYOL Y DE BASSI, EN EL MAIPO

A la larga serie de éxitos que registra en su temporada ininterrumpida la compañía del Maipo, hay que agregar uno nuevo, tan rotundo como los anteriores y que hará de esta revista un nuevo ejemplar raro de longevidad en el cartel.

Alegre, vistosa, feliz en casi todas las ocurrencias de la letra de los cuadros, bien vestida, bien alhajada, numerosa en bailes agradables tiene esta revista todas las características que pueden elogiarse en el género. La pareja de bailes rusos, Rafael Arcos, las bailarinas yanquis, Gloria Guzmán, la Llopis, Simari y todos los demás elementos de la compañía contribuyen a dar a la revista el colorido que ofrece, suscitando continuamente el aplauso del público.

EL JUEVES DEBUTARA GOVI

Para el jueves 15 está anunciado el debut en el Marconi de la compañía dialectal genovesa de José Govi, que dará una nota nueva en nuestro mundo teatral.

LOS RATTI

No acusa novedad alguna la cartelera de los hermanos César y Pepe Ratti, cuya temporada en el Smart se ha iniciado y prosigue con el mejor de los éxitos. Las piezas con que reaparecieron, "Por mi Dios y por mi dama" y "¡Qué noche de bodas!", son cada vez más aplaudidas.

SE ENSAYA EN EL SAN MARTIN

Una nueva, revista en la que se confía ampliamente, ensaya el conjunto que capitanea Alippi. Su título, "Mundial revista", no es definitivo.

LA COMPAÑIA DEL SARMIENTO

El discretísimo conjunto organizado por el empresario señor Reali, acaba de renovar totalmente su cartel, reprisando reducida a los límites de una sección, la interesante obra de Roberto Cayol, "El festín de los lobos", que fué muy aplaudida en la época en su estreno. Igual acogida tuvo la reducción hábilmente realizada.

También esta compañía estrenó "Florería las camelias", comedia del aplaudido autor Oscar R. Beltrán, que comentaremos en nuestra próxima edición, no sin anticipar que fué bien recibida.

"NADIE LA CONOCIÓ NUNCA" FUÉ APLAUDIDA EN EL IDEAL

Hubo bastante expectativa por la pieza del epígrafe, original de Samuel Eitchelbaum, que no estrenaba desde hace dos años. Conociendo anteriores producciones de dicho autor, podía descontarse un trabajo interesante, tal como ocurrió. Tal vez, en este nuevo trabajo, no triunfa el hombre de teatro sino en contados pasajes, pero triunfa siempre el escritor lleno de inquietudes artísticas.

La historieta de la judía Ivonne, prófuga de su país, Polonia, lo mismo que su padre, muerto en la semana de enero, era ignorada por todos, cuando un día la voz de la raza la lleva a los labios de la desdichada mujer, amante de un hombre de otra raza. No parece sino que la separación pueda ser el epílogo de aquella unión ilegal, ahora que se conoce la verdad del pasado de Ivonne. Pero hay algo en la vida que ata con amarras invisibles a los seres y lo allana todo: es el amor, que reúne de nuevo a la pareja y que pone un velo de olvido sobre el pretérito, ya que el amor vive del presente.

Bello final, muy humano, que pone una intensa nota de emoción en la obra de Eitchelbaum y que satisface por su verdad honda y pura.

Adolece "Nadie la conoció nunca" de exceso de escenas, que retardan su acción, desarrollada un poco lentamente, de suerte que el trabajo pierde un tanto su eficacia teatral. Empero, el trabajo que nos ocupa es una nueva muestra de las aptitudes de dramaturgo de su autor, llamado a obtener muchos éxitos en la escena.

La señora Carmen Lemus dió realce a su papel y sobresalieron en los suyos los señores Enrique Arellano, muy sobrio, Gómez Bao, muy discreto, y Argentino Gómez.

La pieza fué muy aplaudida por el público y agasajado el señor Eitchelbaum.

EN EL AVENIDA

Para esta noche está anunciado el debut de la compañía de operetas "Plus Ultra", de la que es estrella la primera tiple cantante Inés Berutti y primer actor y director Paco Meana.

Este conjunto, integrado por conocidas figuras, se presentará con "El país de las campanillas", de Lombardo y Ranzato, que estrenó la Lidelba en la ópera, opereta que se dará en sección doble, completando el cartel "La mascotita", de Gilbert, en sección sencilla.

PARRA SIGUE VOLANDO

El dirigible construído por el popular bufo continúa ensayando todas las noches su vuelo del balneario marplatense a la bella ciudad de Sevilla. Es un vuelo teatral, sin peligros ni gastos de nafta, que entusiasma al público tanto como el raid de Franco.

LA HOGUERA DEL LICEO

La danza ígnea que sirvió para debut de Blanca, prosigue quemando el cartel del Liceo. La pieza de Acasuso alcanza ya un buen número de repeticiones, sin que se vislumbre cuándo se apagará el incendio.

"EL SONAMBULO"

Es el título de una pieza de Muñoz Seca y Pérez Fernández (los dos Pedros), señalada como la primera novedad de la compañía Juárez-Sanjuán, que actúa con éxito en el Mayo.

Es probable que al salir esta noticia haya sido ya estrenada, pues sus ensayos estaban muy adelantados al escribir nosotros estas líneas.

NOVEDADES DEL NACIONAL

La compañía de Carcavallo, tan pronto como se agote el éxito de "El rancho del hermano", dará a conocer las piezas "Café con leche", de Vicente Martínez Cuitiño, y "Patria nueva", de Armando Discépolo, cuyos ensayos se vienen haciendo con cuidado, ya que se confía en la buena acogida de ambas producciones. "Café con leche" se pondrá en escena antes, posiblemente en esta semana.

ARATA Y MORGANTI

La temporada de género chico criollo que por primera vez efectúan unidos los aplaudidos actores cómicos Luis Arata y Carlos Morganti, se viene desarrollando con fortuna, por cierto merecida.

A la buena acogida de los últimos estrenos, hay que agregar la reprise de la reducción de "Los genoveses somos así", de Weisbach y Doblas, que como se recordará se dió a conocer en el Liceo hace tres años, al inaugurarse una temporada de género grande encabezada por Arata, actor que se luce en esa obra.

Otra novedad próxima será el sainete "Los distinguidos reos", de Contursi, que se señala como el primer estreno.

GRAND SPLENDID

Para la semana en curso, la empresa ha formulado un cartel que atraerá numerosa concurrencia selecta, renovándose los éxitos de las primeras funciones desde que se inauguró la temporada oficial, que este año ha de ser más importante que la pasada.

CAPITOL

Alternando con bellas películas, esta sala tendrá en lo sucesivo una sección dedicada a las variedades y cubierta por artistas contratados en Europa. Es una mayor atracción que el público sabrá valorar.



De Mar Chiquita



Señoritas de Balbín y Servat y señores Salustiano Carranza Carlos Fasoli, Juan Ruibol Rey y José C. Balbín.



Señora Mercedes de Servat y señoritas de Balbín.



Señora Amelia A. Arijon y señorita Raquel Zinny.



Señora Josefina L. de Sosa.



Señor H. Yaspan y su esposa.



Señorita Margarita Provensal.





Señorita Esmeralda C. Providenti.





Señorita Aida Antonietti.



Señoritas Otilia y Celina Balbín y Celsa Prieto.



Señor J. Soriano e hijo.

Fots. Jordán.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA

SU SECRETARIO SOCIAL
PARA TODA LA VIDA

En la manera de saludar se conoce a las personas cultas. Todo el mundo saluda, pero no todo el mundo sabe saludar. En el Manual Mignon de Normas Sociales encontrará usted interesantes indicaciones al respecto.





En la recepción con que una novia celebra su compromiso, ¿cuál es la obligación del novio? ¿A quiénes se invita y en qué forma se distribuyen los invitados? El Manual Mignon le enseñará confidencialmente estos y otros detalles de importancia.



El arte de saber comer es más difícil de lo que parece. Por ejemplo, ¿quién desenvuelve primero la servilleta en una mesa donde hay invitados? ¿Cómo se comen los espárragos? Estas y otras indicaciones valiosas las encontrará usted en el Manual Mignon de Normas Sociales.



Regalamos este práctico breviario de normas Sociales



Todo hogar, por modesto que sea, tiene necesidad de un breviario de normas sociales que resuelva confidencialmente cada dificultad y enseñe lo que se ha de hacer, decir, escribir y usar en cada ocasión, para estar en ese difícil término medio de las buenas maneras que da facilidad y confianza en sí mismo.

Con el fin de satisfacer esta necesidad y corresponder al creciente favor de sus millares de favorecedores en una forma práctica, y original a la vez, Bágley ha editado especialmente el Manual Mignon de Normas Sociales en 64 lujosas páginas, y lo obsequia **ABSOLUTAMENTE GRATIS**, enviándolo franco de porte a cualquier punto.

El Manual Mignon de Normas Sociales le evitará a usted, por ejemplo, esos mortificantes minutos de duda en circunstancias imprevistas de su trato con una dama o caballero de distinta posición social. El le enseñará a discernir con rapidez y aplomo en tales momentos.

Para recibirlo a vuelta de correo, sólo necesita usted remitir a Bágley el cupón de esta página, adjuntando la etiqueta grande de una botella de Hesperidina, el famoso Aperitivo y licor nacional, y la parte superior de la cápsula que cubre el tapón de la misma.

Enviamos sólo un ejemplar a cada interesado.

CORTE Y REMITA HOY ESTE CUPÓN

S. BÁGLEY & Co. Lda., Casilla de Correo 210, Bs. Aires

Sírvanse enviarme el Manual Mignon de Normas Sociales que obsequian. Adjunto la etiqueta grande y la parte superior de la cápsula de una botella de *HESPERIDINA*.

NOMBRE...

DOMICILIO...

CIUDAD...

F. M.

BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR
DESDE 1864